

JOSE MANUEL G. Y GARCIA DE LA TORRE

Leyendas guanches

de las

Islas Canarias

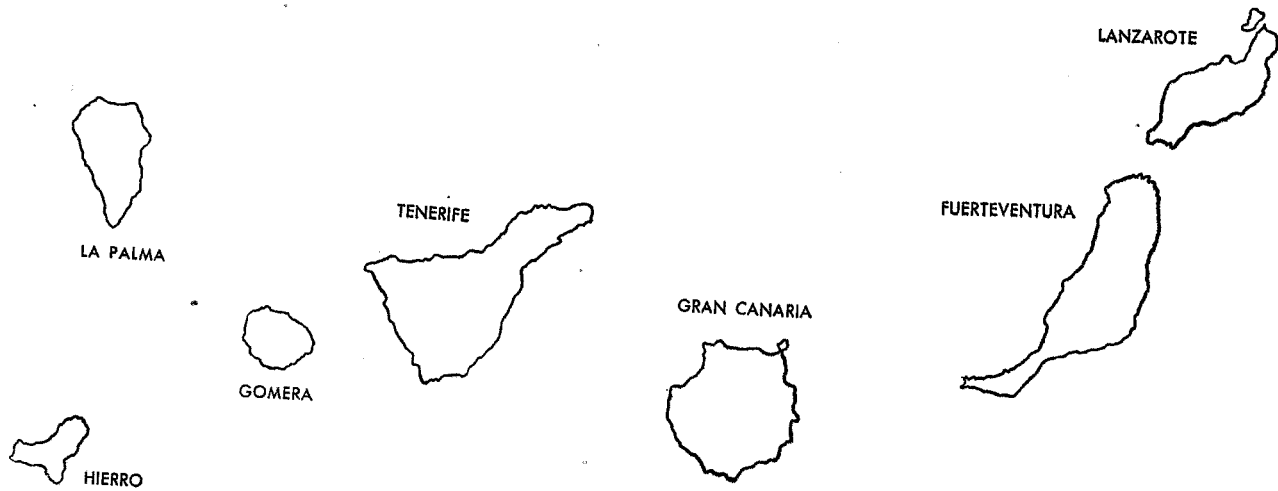
(PRIMERA RECOPIACION)





**Leyendas guanches
de las
ISLAS CANARIAS**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>336747</u>
N.º Copia <u>420779</u>



LA PALMA

GOMERA

TENERIFE

HIERRO

GRAN CANARIA

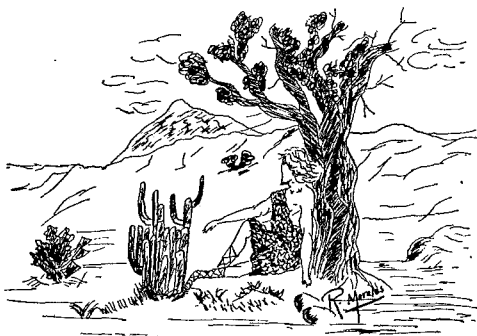
FUERTEVENTURA

LANZAROTE

ISLAS CANARIAS

JOSE MANUEL G. Y GARCIA DE LA TORRE

**Leyendas
guanches**
de las
ISLAS CANARIAS
(Primera recopilación)



*Los dragos de Tenerife,
hoy lloran gotas de sangre
por una Raza que ha muerto,
que fue la Raza Guanche.*

(Canto popular)

© José Manuel G. García de la Torre
Primera edición: mayo 1969
Reservados todos los derechos

Para mis amigos Isabel y
Saulo Toron, con todo mi
afecto y simpatía
El Autor.

Dr. Imbert ~~ESTUPIÑÁN~~ ^{ESTUPIÑÁN} ~~CASTRO~~ ^{CASTRO}

*A mi esposa Carmen Estupiñán Castro,
descendiente del Conquistador Bartolomé Es-
tupiñán, verdadera inspiradora de esta obra
y sin cuyo concurso, no se hubiera podido es-
cribir este libro. Y con ella, a la mujer ca-
naria.*

EL AUTOR

Las Palmas marzo 1970

AL LECTOR

La presente obra no tiene otro propósito, ni pretende otros alcances que llevar simplemente al lector una noción generalizada de la temática universal de las tradiciones canarias. No se pretende, pues, hacer Historia, ni mucho menos enjuiciar, aunque no fuera más que literalmente, el contenido intrínseco de lo que bien pudiéramos demonimar Epopeya Guanche.

Motiva la aparición de este libro la desolada ausencia en los escaparates de las librerías de obras, más profundas o más superficiales, sujetas al rigor y a la seriedad del investigador histórico o surgidas de la pluma fácil y festiva del popular glosador, sobre temas canarios, ausencia más inexplicable aún, teniendo en cuenta el carácter cosmopolita y universal que el turismo, con su vasta afluencia, imprime a nuestra geografía isleña.

Si con la presente obra conseguimos sacudir de su inercia a los indudables valores artísticos y literarios, de estas islas, daremos por bien empleado el esfuerzo hecho para publicar estas páginas.

Las Palmas de Gran Canaria, 1969

LA ATLANTIDA

Es la leyenda sobre la Atlántida o desaparecido Sexto Continente una de las más bellas y apasionantes tradiciones del mundo occidental.

Afanoso el hombre de ubicar sobre la Tierra los predios del extinguido Paraíso, han ido surgiendo a través de la Historia multitud de lugares y de leyendas que tratan de explicar al socaire de algunas características geográficas o históricas de la región, sus naturales condiciones de primitivo Edén.

Es lógico pensar que si la cultura universal en un principio se polarizó en el Este y se vino corriendo paulatinamente hacia occidente, la localización que por presunción histórica se vino haciendo a través de los tiempos, corrió la misma suerte de este desplazamiento.

Y así, del ombligo del mundo o de los Edenes chinos o japoneses, o más allá aún, de los inefables Paraísos polinesios, de los tiempos más antiguos, llegamos a esa encrucijada judía de la Mesopotamia y Babilonia que por unos milenios pretendió la paternidad del Paraíso.

Naturalmente, a través de la tradición griega, faro orientado hacia el mundo occidental moderno, que entonces comenzaba a ser, no podía faltar el intento de una nueva localización, que esta vez, a través de la leyenda sobre la Atlántida, tuvo por escenario los confines del mundo conocido.

La Atlántida o Sexto Continente no existió nunca como tal, aunque naturalmente se pueda admitir, que por la misma teoría migratoria de los continentes, de Wagner, la tierra de Groenlandia, por ejemplo haya podido estar situada más al sur, permitiendo en cierto modo el paso a su través, de esas especies

animales, o vegetales llevadas por los vientos y las aves, de la costa occidental de Europa y África a la oriental americana. Y admitiendo también que en alguna época prehistórica las aguas oceánicas pudieran haber tenido una distribución distinta a la de hoy.

Pero dejemos estas complicadas elucubraciones para los aficionados y peritos en la materia histórica y arqueológica y sigamos nosotros con la tradición.

Cuenta la leyenda que la Atlántida era una comarca floreciente y feliz, situada en el Océano Atlántico, a modo de gran isla o valle, entre Europa y América y parte de África del Norte. En esta comarca habitaba un pueblo noble y fuerte, compuesto por gigantes, que llamaron Atlantes, y su rey Atlas, los gobernaba con sabiduría.

Pero un buen día el genio del mal hurgando en la conciencia de este rey le inspiró un soberbio deseo de eso que hoy hemos dado en llamar imperialismo y sin otra razón que la de creerse invencible, se propuso invadir Europa.

Por aquella época estaban los griegos en su apogeo y siguiendo la tradición guerrera de su pueblo se aprestaron a combatir al coloso y comenzó la guerra, que fue antes de la de Troya, precisamente.

Habitados como estaban los griegos a exigir a sus dioses la ayuda directa y personal intervención en sus frecuentes escaramuzas, esta vez lo exigieron con más insistencia y perentoriedad que otras veces, así que todos los dioses del Olimpo decidieron alinearse al lado de los griegos y dar la batalla decisiva a los atlantes.

El resultado no se hizo esperar y Atlas y los suyos fueron derrotados y exterminados e incluso Zeus, habitualmente iracundo, esta vez se encolerizó aún más y decretó no sólo la muerte de los atlantes, sino la desaparición de su reino.

Y aquella hermosa ciudad, que canta la leyenda, brillante y refulgente al sol del mediodía desapareció para siempre. Y por la intervención de otros dioses apiadados del infortunio de Atlas ante Zeus, éste condenó al rey atlante a sostener sobre sus hombros el peso del mundo, que hasta entonces gravitara sobre las Columnas de Hércules, que constituyendo el Estrecho de

Gibraltar eran sujetadas por el mismo Hércules, sufriendo una condena que anteriormente le hubiera sido impuesta, viéndose así relevado de tan pesado trabajo. Por esta razón el uso de la palabra Atlas, ha quedado consagrado para múltiples aplicaciones y así en Arquitectura, se usa muchas veces como sinónimo de columna, designándose igualmente con esta palabra a la primera vértebra cervical que se articula con el cráneo, en su base occipital.

Pero Atlas no resultó tan fuerte e infatigable como su nombre quería indicar y un buen día no sabemos si agotado por el cansancio o aburrido por la monotonía de su ocupación, se murió y su cuerpo fue enterrado en campo abierto, sin ninguna clase de miramientos, y sobre su tumba se agruparon después por veleidades geológicas, esas montañas, que son los Montes Atlas.

El lugar que ocupara la Atlántida quedó cubierto por el mar, que por tal motivo, recibió el nombre de Atlántico y cuenta la leyenda que en muchas de estas islas de la antigua Atlántida, como son algunas del Caribe, Cabo Verde, Madeira, pero especialmente en las Canarias, muchos Atlantes quedaron convertidos en roques y montañas y que en memoria de lo que antaño fuera el maravilloso continente y como eterno pregón a todos los yíentos de su grandeza, quedó ese Teide gigante, orgullo y ornato de nuestras islas.

En esta ocasión, para la Historia, los dioses del Olimpo no contaron con la capacidad recreadora del Hombre, quien por medio de su arte y de su ingenio, transtornó las intenciones de aquellos, llevando a la morada de la inmortalidad la epopeya de este pueblo y de su rey, plasmando en obras inmortales su leyenda, como lo hiciera el gran poeta catalán Jacinto Verdaguer, con su Poema a La Atlántida, y mil obras más que podrían citarse de todo tipo de expresión artística, como la Sinfonía de este nombre, otros trabajos literarios en prosa y verso, pintura, escultura, etc.

Y parodiando la conocida frase de un gran político y escritor francés, librepensador y adelantado a su tiempo, podríamos decir cambiando el contenido de su histórica frase, que esta leyenda de La Atlántida será falsa, ¡pero es tan bella...!

ORIGEN DEL NOMBRE DE LAS CANARIAS

Ha sido tanto lo que se ha escrito sobre el origen del nombre de estas islas que tal pareciera que intentar abundar en el mismo tema fuera cosa pesada y molesta, cuando no monótona e innecesaria.

Sin embargo, es precisamente por el hecho de haberse discutido tanto sobre el tema y no haberse llegado a ninguna solución, que nos vemos hoy impulsados a escribir estas líneas porque entre tanta opinión y entre tanta teoría, que hasta la fecha han tenido una relativa validez histórica, la nuestra no dejará de ser una de tantas.

Creo con sinceridad que si nos hemos de atener rigurosamente a la cronología de la Historia, no nos queda otra alternativa que dar preferencia en cuanto a la denominación de estas islas se refiere, a los historiadores griegos, por la simple razón de que éstos fueron anteriores a los latinos e incluso, para nuestra cultura occidental, los primeros en tejer Historia.

Así, pues, el nombre de Afortunadas, como nombre genérico de estas islas, es uno de los primeros conque nos topamos al iniciar nuestras pesquisas históricas, pasando por el simbólico Hesperión, del cuál se derivara el legendario jardín de las Hespérides, o ninfas de la antigua mitología griega.

Pero como lo que nos interesa es el nombre conque definitivamente fueron bautizadas para la posteridad, intentaremos abordar el asunto a través de los pocos datos que hemos podido recoger.

Algunos escritores pretenden derivar el nombre de Canarias, de tierra de "Cam", cosa con la que no estamos de acuerdo, por razones que no podemos pararnos a discutir aquí, estando basada esta teoría en que la parte africana fuera poblada en su día por los descendientes de Cam, el hijo maldito de Noé, y que de esta descendencia derivara la población de estas islas, pues todos los autores parecen estar de acuerdo en que sea de origen africano.

Han pensado otros que este nombre podría derivarse de la existencia en crecido número de perros o canes en estas islas, o si no de tal número, sí de una determinada raza o variedad muy estimada de los mismos, por los romanos, de cuya lengua se deriva este vocablo.

Los historiadores romanos denominaron estas islas con nombres latinos, como eran Canaria, Nivaria a Tenerife, Capraria a Lanzarote, Pluvialia a El Hierro, Planaria a Fuerteventura, Junonia Mayor a La Palma y Junonia Menor a La Gomera, ninguno de los cuales se ha podido conservar en uso, excepto el de Gran Canaria.

Tenemos que pensar entonces que el nombre de Canaria, como denominación genérica de estas islas fue aplicado a posteriori o bien si su uso fue simultáneo, tuvo que ser debido a alguna razón, a algún motivo que viniera representado por alguna condición o característica que impresionara de una manera universal al viajero, por encima de las características locales.

Se me ha ocurrido pensar sobre un curioso detalle que nos cuenta el Padre Abreu y Galindo. En una de sus páginas de la Historia de la Conquista de las siete islas Canarias, al hablar del islote de Lobos.

Aunque esta narración, a fuer de histórica, requeriría un ulterior y profundo análisis, da pie para pensar en la posible relación que pudiera tener lo que aquí relata el Padre Abreu sobre los lobos marinos y el nombre de Canarias.

El lobo marino de estas latitudes es en un todo semejante a la foca, o sea, de la misma familia, con la única diferencia de que se trata de una variedad que se adapta mejor a los climas cálidos tropicales y sub-tropicales.

He tenido oportunidad de comprobar personalmente la existencia de estos perros de agua en algunas zonas del río Orinoco y en varios de sus abundantes afluentes. Estos animales son anfibios y se reproducen en tierra y sus crías son tempranamente adiestradas para su vida futura en el agua, sea de río o de mar. Tienen el cuello y la cabeza parecidos a los del perro y sus aullidos o chillidos, desde la lejanía, semejan a veces al de los canes.

La desaparición de esta fauna en las islas, no sería, pues, debida como algunos entendidos pretenden hacernos creer, por el hecho de que alguna corriente fría que aquí los hubiera mantenido, hubiera llegado a desaparecer.

Más bien para explicar esta desaparición hemos de atenernos a razones prácticas derivadas de la propia vida y costumbres de estos animales.

El perro de agua o lobo marino, que es lo mismo, es un animal que gusta de los sitios apartados y tranquilos, especialmente agrestes, para proteger su cría. Es un animal alegre y retozón y un voraz devorador de peces.

Es lógico suponer que con anterioridad a la afluencia de marinos y mercaderes a estas islas, tales animales, se hallaran diseminados por todas ellas. Más como fueran objeto de codiciosa presa por parte de los hombres, fueron extinguiéndose y los supervivientes refugiándose en aquellas islas o islotes menos frecuentados y tal sería el islote de Lobos que bien pudo representar el último baluarte de estos inofensivos anfibios por tierras y mares canarios.

Y aquí viene mi humilde aportación al tema canario. Es de suponer que para aquellos navegantes mediterráneos o de las costas suribéricas o norafricanas, este tipo de animales fuera desconocido y les llamara poderosamente la atención y para ellos constituirían un episodio inolvidable y calificativo, el hecho de capturar estos animales, que por su semejanza con el perro, llamarían canes, canes marinos, y a la tierra que los producía, canaria. Así quedaría para la historia este nombre imperecedero, rubricado entre las sombras de la noche y en las nieblas del recuerdo por aquellos aullidos que indudablemente habían de identificarse con los ladridos de un can.

Al regresar, sobrecogidos aún por lo extraño de su aventura, al relatar su hazaña, pondrían por escenario aquellas tierras maravillosas de las islas Afortunadas, aquellas tierras de ensueño y de misterio donde se encontraban tan extraños perros, tan extraños canes, aquella tierra de canarias.

LA RAZA GUANCHE

Es un tema de frecuente discusión el origen de la raza guanche. En el ámbito popular, ciertos prejuicios de tipo social o etnológico dificultan la discusión serena e imparcial encaminada, con toda probabilidad a establecer un origen africano de dicha raza.

En otro sentido, y esta vez por parte de los estudiosos, tampoco hemos podido llegar a un acuerdo porque son muchos los que intentan establecer el origen y las características de esta raza en una época que coincidiría con la Edad del Bronce, cosa con la que nosotros no estamos de acuerdo, aunque anticipamos conocer el universal criterio de que tales Edades en la cronología de la historia del hombre no coinciden precisamente en cuanto a época y lugar en la evolución ontológica de un pueblo determinado. Quiere esto decir que los distintos pueblos que integran la Humanidad, no han pasado a la vez por los mismos períodos y así cuando un pueblo está en la Edad de Bronce queremos decir que se halla en un estadio determinado de su evolución y cultura, sin relacionarlo con el tiempo, pudiendo otro pueblo en ese mismo instante, hallarse en otra Edad de desarrollo.

Por razones de tipo geológico, consideramos que la aparición de las islas Afortunadas, así como otras, integrantes de ese cinturón atlántico que va de las costas europeas a las americanas, debidas en muchos casos a accidentes volcánicos y otros cataclismos de la plataforma submarina, es posterior a la

posibilidad de una cultura o aparición del Hombre paleolítico o antropomorfo, en estas islas.

Por otra parte seguimos pensando que la población isleña jamás ha sido autóctonamente originaria de este suelo, sino más bien importada y originaria, como hemos apuntado, del continente africano.

Ahora bien, admítase o no este supuesto, queda por resolver la ubicación cronológica de esta raza, que como hemos dicho, algunos sitúan en la Edad del Bronce, cosa que nosotros dudamos.

Todos sabemos que la Edad del Bronce no es más que la misma Edad del Cobre, un poco más adelantada y un poco más atrasada a su vez, que su inmediata seguidora la Edad de Hierro y de otros metales.

Colócase la Edad del Cobre a continuación del período neolítico y precisamente esta denominación un poco alterada, o sea, como eneolítico, da nombre a una fase previa a la Edad del Cobre, o fase de transición, equivalente geológico hacia la Edad del Hierro, mucho más posterior.

Si tenemos en cuenta que las primitivas culturas que cronológicamente superaron la Edad de los Metales, cuando nuestro occidente estaba aún en la prehistoria, son de origen oriental, fácil nos será imaginarnos su trayectoria.

Por esta razón es lógico suponer que la llegada de los primeros moradores a estas islas tuvo que ser anterior a la difusión de la cultura oriental por el mediterráneo y sus costas occidentales, pero también pudo haber ocurrido, como más adelante apuntamos, que tal difusión se hubiera llevado a efecto para la época de la venida de los primeros pobladores a estas islas, pero que la naturaleza o grado de desarrollo de estos fuera más atrasada o anterior, perteneciendo a un pueblo sojuzgado por otro más adelantado que los traería como esclavos o desterrados o simplemente para colonizar sus fundaciones.

De acuerdo con esto creemos que el guanche, típico hombre Cro-Magnon pertenece al neolítico y no conoció el metal. Nos apoyamos en esto porque es imposible admitir que los primitivos moradores hubieran llegado a estas islas sin llevar consigo objetos o armas de metal, que fue típico de aquellas Edades.

Razonan algunos autores que el guanche no podía trabajar el metal por carecer de estos yacimientos en la isla. Pero repito que aun cuando aceptamos esto queda sin explicar la falta absoluta de objetos y testimonios que hubieran venido acompañándoles.

Pero aún quedarían más problemas por resolver. Por ejemplo, averiguar de qué manera o de qué medios se valieron para llegar a estas islas.

Si tenemos en cuenta los conocimientos geográficos posibles en una época que ha de remontarnos por lo menos a unos 2.000 a. de J. C., es lógico admitir que la existencia de tales islas fuera desconocida y que la llegada a ellas de algún grupo de navegantes no fuera una cosa premeditada, como lo fue posteriormente, sino casual.

Así las cosas tenemos que pensar en arribos fortuitos de despistados navegantes, o contactos, más o menos rutinarios, establecidos con otros motivos, como la pesca, por ejemplo.

Hallándose estas islas próximas a la costa noroccidental africana, igualmente es lógico suponer que los primeros contactos hubieran sido establecidos por los vecinos más próximos a ellas.

En efecto, algunas características etnológicas y algunas posibles relaciones lingüísticas y religiosas, nos inclinan a aceptar este origen norafricano del neolítico.

Es posible que algunas características apuntadas por algunos autores, relacionados con otros tipos humanos, u otras razas, por ejemplo, con la nórdica, tengan su origen real en llegadas o arribos accidentales o forzosos de algunos grupos navegantes, como pudo haber ocurrido con los vikingos, aunque tampoco estamos muy inclinados a admitir estas hipótesis, por cuanto, repetimos, no se tiene conocimiento de unos u otros, habiendo pertenecido a Edades más avanzadas no hayan dejado testimonios tradicionales.

Cierto es que si nos atenemos a una confrontación estricta de algunos caracteres que pensamos pudieran ser comunes a los guanches y a sus antepasados norafricanos, resultaría difícil aceptar tal dependencia. Se alega, por ejemplo, sobre las diferencias características entre el lenguaje guanche y el árabe. Pero

esto es absurdo porque para la época, el árabe no existía aún en el norte de África, sino que fue muy posterior. Y así ocurriría con otras cosas.

Sin embargo, el uso de las cuevas para enterrar a los muertos y el recurso típico de los monumentos de piedra o megalíticos, nos hace afianzarnos en esta tesis de la Edad Neolítica, anterior a la del Cobre.

Antes de agotar el tema, quiero hacer constar aquí, que conozco las divergencias existentes entre los estudiosos de la Historia Canaria sobre los distintos criterios que se pudieran tener respecto al uso de las palabras “guanches” y “canarios” al emplear estos gentilicios como calificadores de los habitantes de la pre-conquista.

A nuestro modo de ver la palabra “guanche” simboliza las características y la denominación, no de una raza en la dimensión exacta y científica de la palabra, sino de una variante lógica y por otra parte esta palabra es universalmente aceptada y empleada para designar a los aborígenes de estas islas, por más que la Historia nos intente demostrar que tal denominación la dieron los españoles exclusivamente a los habitantes de la isla de Tenerife. Y por ello hablamos de raza guanche y no de raza canaria, palabra esta que nada tiene de autóctona y es de origen latino.

Sin embargo, con la denominación de las islas, nos pasa todo lo contrario, pues decimos islas canarias y así son conocidas por todo el mundo y no islas guanches. En resumen, pues, ambas palabras tienen para nosotros una semejante vigencia histórica y su empleo nada prejuzga en pro o en contra de cualquier criterio regionalista que se pretendiera dar modernamente a tales vocablos.

PRIMEROS PLOBLADORES CANARIOS

Dijimos al hablar de la raza guanche que la suponíamos de origen norafricano y cronológicamente ubicamos su llegada a estas islas hace unos 2.500 años y añadíamos que creíamos en esta época porque ella correspondía históricamente al último período del neolítico en que suponemos se desarrollaron los hombres nauris y audaghostes, de origen bereber, a los cuales remontamos esta ascendencia. Repetimos que no conocían el metal y tenían muy escasos conocimientos de la agricultura, siendo fundamentalmente un pueblo nómada y pastor.

Es muy importante de tenerse en la consideración de la existencia de estos dos pueblos que, aunque derivados de un mismo tronco, tenían vida y costumbres diferentes, habitando los mauris la zona más occidental del norte africano y los audoghostes la parte oriental más próxima a Berbería.

Estos pueblos, como hemos dicho, nómadas y pastores, no conocían o al menos, no practicaban la navegación, tradición esta que conservaron los guanches primitivos, por cuya razón las comunicaciones entre las distintas islas eran muy precarias y ello contribuyó a que ulteriormente navegantes y conquistadores encontraran notables diferencias de todo tipo entre los reducidos grupos etnológicos que las habitaron y en esta diferencia de origen principalmente establecida entre estos dos pueblos, es donde podemos apoyarnos para explicar algunas diferencias raciales que nos relatan los historiadores, como por

ejemplo las existentes entre los habitantes de la isla de Tenerife y los de Gran Canaria.

Reflexionando sobre los distintos acontecimientos históricos que conmocionaron el mundo por la época a que hacemos referencia, nos encontramos con que dos episodios, entre otros, tuvieron especial significación para determinar el origen y la trayectoria del pueblo canario.

En primer lugar, el apogeo cartaginés. En segundo lugar, el nacimiento del Imperio Romano que culminó, en su inicio, con la destrucción de Cartago, después de las guerras púnicas.

Pero antes de desarrollar nuestra tesis es necesario hacer algunas aclaraciones.

Al hablar de los primeros pobladores de estas islas, varios interrogantes surgen simultáneamente exigiendo respuesta a problemas fundamentales. ¿Cómo llegaron a estas islas los primeros pobladores? ¿Cuándo? ¿Por qué? Trataremos de aclarar estas cuestiones.

Tuvieron que llegar en algún tipo de embarcación y tenemos que descartar dos cosas: la embarcación pequeña y la llegada fortuita. Hay que tener en cuenta que estando habitadas todas las islas no podemos inventar una arribada forzosa para cada una de ellas. Y pensemos también que estando algunas tan pobladas, sus primeros moradores no pudieron limitarse a una pareja o dos, llegadas en un pequeño esquife y distribuidas geométricamente.

Sobre cuándo llegaron, nos reiteramos en la época que apuntamos más arriba, o sea unos 500 años, más o menos, antes de J. C., por las razones que en otro trabajo apuntamos, relacionadas con su cultura, refiriéndonos naturalmente, a la llegada de la masa verdaderamente colonizadora y descartando para esta consideración cualquier arribo fortuito o anterior.

¿Por qué? Este es otro problema que tenemos que examinar cuidadosamente.

Al descartar la arribada forzosa, lo hicimos también pensando en que la tripulación normal de un barco, tanto en aquellos tiempos, como en los tiempos modernos, no suele estar integrada por mujeres, y mucho menos, por niños. O sea que la población de estas islas tuvo que llevarse a cabo con elementos

integrantes de una población normal. Hombres, mujeres y niños. Pero además tenemos que pensar que, salvo en los casos de una colonización dirigida y auspiciada por un Poder público, en estos casos tal población representa un grupo de prisioneros o deportados y, en todo caso, de condición distintas y sojuzgada a sus conductores, cosa esta que en este caso nos refuerza el hecho de tener que admitir que los llegados no poseían la cultura de sus aprehensores, pertenecientes, sino a otra raza, sí a una cultura más evolucionada y, por lo tanto, al ser los primeros abandonados en estas islas, hubieron de seguir una evolución dirigida por su propia cultura y no por los adelantos de aquellos que les abandonaran a su suerte.

Pero aún hay más. Como hemos dicho, entre estos mismos primitivos pobladores, cabe distinguir, al menos en líneas generales, dos tipos distintos, correspondientes a distintos pueblos con distinto lenguaje y distintas costumbres.

Deducimos entonces que los encargados de conducir aquí a estos primeros pobladores, tuvieron que tener un carácter más que aventurero o comerciante, militar y que en sucesivas razias o incursiones hechas por las costas que venían recorriendo, tomaron prisioneros grupos de gentes que luego abandonarían en estas islas en la forma que vamos a explicar.

Relatan algunos historiadores que los navegantes cartagineses, allá por los siglos v y iv a. de J. C. se hallaban en el auge de su esplendor y su expansión se orientaba hacia Occidente, sobrepasando los límites de las Columnas de Hércules, hoy Estrecho de Gibraltar.

Ahí tenemos los testimonios históricos sobre el llamado Peplio de Hannon, 500 años a. de J. C. Este famoso navegante, que tuvo varios homónimos en la historia cartaginesa, circumnavegó la costa occidental del continente africano, en un intento de contornear toda la geografía continental. Algunos historiadores han pretendido hacerle doblar el cabo de Buena Esperanza, pero parece que esta afirmación carece de todo fundamento y la mayoría estima que no pasó de lo que hoy se conoce con el nombre de Río de Oro.

En este período cabe suponer la toma de contacto de los navegantes cartagineses con las islas canarias, así como también el

comercio que después se estableció con la púrpura recogida en las islas que podían competir con las mejores de las famosas púrpuras de Tiro y de Sidón.

Entre los antiguos tenía un gran valor el mercado de los tintes y colorantes, sustancias estas que se extraían de distintas fuentes naturales, preferentemente animales o vegetales.

En las islas canarias, abundan dos de estos colorantes, de origen animal uno, la púrpura, obtenida de las excreciones de un molusco gasterópodo o caracol marino llamado del género *Misex*. Resulta un polvillo amarillo que toma color verde en contacto con el aire y más tarde se torna en un rojo púrpura brillante, tan hermoso, que tal color aún se conserva hoy como símbolo de realeza y dignidad.

El otro colorante era de origen vegetal y se conocía con el nombre de Orchilla, que es un líquen, que resulta de la asociación o simbiosis de un hongo y un alga.

Posteriormente y después del descubrimiento de América, también se cultivó mucho en esta isla la cochinitilla que proliferaba maravillosamente en las tuneras y cardones de la tierra canaria.

Sea cual fuere el motivo, el caso fue que el gobierno cartaginés, algunos años después del periplo a que nos hemos referido, encargó al experto navegante y general cartaginés Galah, que explorara la costa occidental del continente africano a la búsqueda de nuevas áreas de expansión. Púsose este general al frente de una flota y partió de Cartago rumbo a Occidente, a cumplir su misión.

Corría el año 483 a. de J. C. En diferentes incursiones realizadas por tierra bereber y mauritana tomaron muchos cautivos, que siguiendo la costumbre de la época, pensaban utilizar como esclavos.

Mas al hacerse al Atlántico y avistar las islas canarias, que posiblemente ya conocían, debido a la larga duración de la travesía, pensó el general Galah organizar en ellas una base de avituallamiento que le sirviera para futuras empresas a lo largo de la costa suroeste africana y para ello desembarcó los cautivos, repartiéndolos por las distintas islas, para que se hicieran cargo del cuidado de las sementeras. Esta costumbre de sem-

brar en lugares alejados era muy usada entonces, debido a los largos períodos que comportaban los viajes por mar, tanto como por tierra, atendiéndose así el avituallamiento de la gente, que en este caso era mucha.

Desembarcáolos, pues, y procediendo a sus respectivas instalaciones y siembra, retornó a Cartago con idea de regresar más tarde para continuar su obra.

Queda, pues, en principio, explicado cómo aquellas gentes llegaron a estas islas y cómo fueron abandonadas en ellas.

Pero la suerte de Galah y de su flota iba a ser muy distinta. A su regreso a Cartago hubo de tomar parte en el conflicto de los cartagineses con los griegos establecidos en la isla de Sicilia y en la batalla de Himera, muere Galah y es derrotada su flota a manos del general griego Gelón, tirano de Siracusa. Más tarde Cartago habría de empeñarse en las guerras púnicas que culminarían con su total derrota y destrucción, por obra de Escipión Emiliano.

Esta batalla de Himera tuvo lugar tres años después del episodio que acabamos de relatar, o sea hacia el año 480 a. de J.C. Esto explica por qué Galah no pudo ocuparse más de sus proyectos sobre las Canarias.

El resto ya es más fácil de explicar. En cada isla fueron depositados grupos más o menos numerosos y a veces distintos, aunque siempre afines entre sí por su origen común norafricano. Durante el viaje aquellos cautivos observarían absortos y admirados el atuendo y las armas de los cartagineses que más tarde habrían de rememorar con sus espadas de tea y rodelas o escudos de cuero y otras insignias y adornos, que posteriormente habían de ostentar y utilizar nuestros guanches. De cualesquiera otras observaciones que hicieran por el camino poco les pudo quedar y únicamente se salvaron para la Historia aquellos animales domésticos que tanto habrían de proliferar y aquellos puñados de semillas que aventados sobre la tierra fértil dieron origen al substrato de una nueva epopeya para la humanidad, rindiéndose para siempre a los pies del majestuoso Teide las ambiciones imperiales de un general Cartaginés.

EL LENGUAJE DE LOS GUANCHES

Nos apresuramos a anticipar que no existe un idioma guanche en el sentido estricto de la palabra, quizá porque, entre otros defectos, carezcamos de testimonios y documentos adecuados, no ya sobre la forma de expresarse de los individuos de esta raza, sino tan siquiera de su propia naturaleza y cultura.

Es tradicional la división de las lenguas universales en tres grandes grupos principales, que son: lenguas monosilábicas, lenguas aglutinantes y lenguas reflexivas, refiriéndonos principalmente al aspecto fonético de los mismos, o sea al lenguaje oral.

No podemos explicar aquí el método tradicional de considerar cronológicamente cada una de estas agrupaciones como una variante evolutiva a la par que progresiva, de la anterior. O sea que de un lenguaje monosilábico no podemos derivar uno aglutinante, ni considerar al reflexivo como el más moderno o completo y así vemos cómo en la vida moderna, pueblos con lenguaje monosilábico presentan un grado de cultura y desarrollo mucho más avanzados que otros pueblos con lenguaje reflexivo, que yacen sumidos en el mayor atraso y pobreza.

De la misma manera, un lenguaje como el chino, característicamente monosilábico, llega a nuestros días plétórico de vigencias y de matices, más enriquecido aún si cabe que otros tipos de lenguaje aglutinante o reflexivo que no han sobrevivido a los tiempos.

Un sánscrito, por ejemplo, padre o madre de muchas lenguas reflexivas de hoy, un latino universal e imperialista, padre de vigentes lenguas romances, no viven ya.

En lo que al lenguaje guanche se refiere, por la ubicación cronológica que hemos hecho al hablar del origen de esta raza, creemos que se trata de un lenguaje aglutinante, en el que las imágenes más complejas, las ideas más abstractas, son expresadas mediante una aglutinación, una yuxtaposición de palabras o sonidos elementales representativos a su vez de conceptos simples que ulteriormente se trataban de relacionar.

Naturalmente, decir que el lenguaje guanche era una lengua aglutinante es poco. Y por otra parte quizá lo más importante no sea tanto inquirir sobre su propia naturaleza, tanto cuanto sobre su posible origen, puesto que hemos sentido que el guanche arribó a las islas procedente de otros territorios.

Un somero examen del vocabulario más o menos correctamente conservado hasta nuestros días, de la lengua guanche, nos muestra evidentes características muy dignas de tenerse en cuenta y entre las principales tenemos un detalle que llamará mucho nuestra atención: El enorme uso, casi abuso, de los sonidos con "t" y de los sonidos con "g", bajo distintas combinaciones silábicas.

Antes de pasar a analizar estos fenómenos que coinciden con los encontrados por nosotros en otros lenguajes de diversas regiones de África del norte, España y países latino-americanos, estimo interesante apuntar algunas ideas que se me ocurren en cuanto a la propia semántica de los vocablos que comienzan con las consonantes más arriba apuntadas.

Da la impresión que si bien en principio podemos considerar el lenguaje rudimentario como un conjunto de valores fonéticos onomatopéyicos, originarios del propio carácter fonético, gráfico, aparente, del objeto que queremos expresar, no podemos dudar de que en un grado más avanzado de perfeccionamiento del lenguaje esta onomatopeya va desapareciendo, para dar origen a otros mecanismos típicos de formación del lenguaje, como son la relación y la derivación, entre otros.

En lo que se refiere al sonido "t" y al sonido "g", que con frecuencia pueden ir precedidos por la vocal "a", estimamos que el primero se aplica por lo general a nombres femeninos y a todo aquello que represente o entrañe maternidad, raíz, permanencia, origen, cualidades femeninas, o sensibles, toda deli-

cadeza, mansedumbre, paz. Y que el sonido “g”, es todo lo contrario y simboliza la fortaleza, el valor, la agresividad, la violencia, la dureza, la virilidad, etc.

Hay que admitir que hemos de encontrar frecuentemente mezclados ambos sentidos, y así un guerrero se llamará Atomatoma y una mujer Guayarmina. Pero esto nada significa y podemos compararlo al José María o al María Jesús de nuestros tiempos.

Por lo general en el lenguaje guanche los nombres femeninos, los nombres de los lugares considerados como lares patrios, de nacimiento, como tales gentilicios, abundan en la “t” y por el contrario en los nombres masculinos, de montes o de ríos, muchas veces precedidos, como hemos dicho, por la vocal “a”, llevan el sonido “g” unas veces en la sílaba inicial o bien en sílabas medias o finales, generalmente bajo la forma “gua”.

Este sonido “gua” lo encontramos diseminado a lo largo y a lo ancho de nuestra Historia. Pero abunda muy especialmente entre las palabras aborígenes de latino-américa, coincidencia que no ha dejado de llamarnos poderosamente la atención, pensando en un trasiego de origen árabe, del sur de España por la ruta colombina. Nombres de naciones como Guatemala o Paraguay, de montes y de ríos y de multitud de localidades, los encontramos frecuentemente en la geografía americana. Pero no perdamos de vista la verdad histórica que nos confirma que en estos países latinoamericanos muchas palabras de este tipo al que nos estamos refiriendo, ya existían antes de la llegada de los conquistadores, para denominar caciques, ríos y otras lugares o accidentes geográficos y también para otros usos.

En resumen ,tenemos un lenguaje aglutinante de origen norafricano característico de la “t” y la “g”, que tanto influyó en el mundo árabe.

Por último apuntaremos que es característica de estos lenguajes, como dijimos más arriba, la palabra compuesta, que por otra parte encontramos en el origen de algunas lenguas centroeuropeas del pasado, derivadas quizá de una primitiva expansión de la lengua monosilábica oriental, siguiendo rutas de conquista, que, con Atila llegaron hasta el mismo corazón de la Europa moderna.

COSTUMBRES DE LOS GUANCHES

Es un dato curioso el hecho comprobado de que pese a la poca distancia de las distintas islas entre sí, que componen este archipiélago y teniendo en cuenta por otra parte las semejanzas entre sus moradores, que nos hacen pensar en un tronco u origen común, hubiera, sin embargo, grandes diferencias no sólo físicas, sino también de otros tipos sociológicos y culturales entre los guanches.

No podemos naturalmente tipificar en los habitantes de tal o cual isla los rasgos más característicos de esta raza. Y esto por muchas razones.

Hemos de tener presente que abiertas estas islas a los cuatro vientos y situadas estratégicamente en la boca de una encrucijada de los mares más navegados en la antigüedad, fueran visitadas con mayor o menor frecuencia, bien de una manera fortuita o bien premeditada, por un sinnúmero de extraños que al arribar a sus playas y a sus costas, una vez habituados al uso y al disfrute de este clima singular y siendo siempre bien acogidos por sus naturales, fueran absorbidos rápidamente, dando origen a cruzamientos etnológicos, a los que nos hemos referido anteriormente.

Ya en otro tema dijimos que el guanche pertenece al neolítico y que no conoció el metal. A este respecto quiero hacer hincapié en la curiosa coincidencia de que hallándonos seguros de que tales desembarcos se hubieran efectuado en estas costas, en tiempos anteriores a la época pre-hispánica, pero siempre

posteriores al neolítico, a la Edad del Cobre, a la Edad del Bronce, e incluso a la Edad del Hierro, no se haya conservado de la época guanche ningún testimonio o monumento de estas culturas.

Achacamos a estos esporádicos desembarcos algunos caracteres etnológicos con que algunos autores pretenden especular para derivar la raza guanche de otras latitudes, caracteres estos a los cuales no les concedemos aquí más que un valor simplemente anecdótico y si tales contactos existieron, tenemos que reconocer que no tuvieron la consistencia y la fuerza necesarias para influir sobre el ambiente.

Hemos de achacar a la característica de aislamiento de estos núcleos de población diseminados por el archipiélago, el motivo fundamental de su poco desarrollo.

No olvidemos que para la época grandes civilizaciones habían sobrepasado con creces el grado de cultura guanche, no sólo a este lado del Atlántico y en torno al Mare Nostrum, sino también allende el mar, pues cuando estas islas comienzan a dibujarse en el perfil histórico de nuestra época con su pequeño acerbo tradicional, ya en América había desaparecido la civilización maya, y la chichimeca había sucumbido a manos de los aztecas y la civilización incaica tocaba a su fin.

Aun así resulta un poco inexplicable la carencia de la práctica de la navegación en el pueblo guanche, pues en las civilizaciones a que nos hemos referido hacía muchos siglos que la venían platicando por mares, ríos y lagos, en embarcaciones menores, si nos referimos concretamente a los indios americanos.

Por esta característica, pues, de aislamiento, se desdibuja un poco el bosquejo de una forma de ser y de vivir homogéneos, entre los isleños y los rasgos costumbristas encajan más bien dentro de la descripción de cada isla, pero como por otra parte, como no nos cansaremos de repetir, el origen es en cierto modo común y paralelo su grado de desarrollo, podemos hablar de semejanzas comunes a todos ellos, semejanzas que describimos a continuación.

Pero conviene advertir al lector que existen razones de tipo biológico y social que independientemente de las condicio-

nes naturales de un pueblo o raza, imprimen carácter a una colectividad, como son las características geográficas, el clima, las condiciones del suelo y muy especialmente el número o masa de población, siendo este último factor tan importante que es decisivo, encontrándonos con que en las pequeñas agrupaciones humanas la evolución es mucho más lenta, cosa muy fácil de comprender, dado que el número de posibilidades de la especie proyectadas hacia el futuro es mucho menor.

La raza guanche era pacífica por naturaleza, y no otra cosa debemos imaginarnos de unas gentes que prácticamente vivían en un Edén.

Existía entre ellos una especie de comunidad primitiva y en un todo semejante a la del hombre de la época en otras latitudes e incluso en la propia vivienda encontramos características de transición que van de la vida en caverna a la vida más moderna e individual de períodos posteriores.

Sin embargo, el guanche, en términos generales, no vivía en caverna y únicamente lo hacía en cuevas individuales o familiares en circunstancias especiales o en ciertas épocas del año, obligado por el mal tiempo, el frío o las lluvias intensas, muy raras en estas islas, variando igualmente el uso a que se destinaban estas cuevas con las costumbres y diferencias geográficas de cada isla.

Era más frecuente la vivienda fabricada con piedras y aunque no empleaban mezcla o argamasa para unirla, lo hacían con tal primor y seguridad que sus edificaciones tenían una apariencia elegante y acabada y esta ocupación daba origen incluso a un gremio diferenciado de trabajadores que se dedicaban a la construcción.

A veces estas viviendas eran colectivas, pero de un colectivismo particular, de un colectivismo en el que lo único de común era la pared exterior, de piedra y en estos casos esta pared contorneaba circularmente un recinto de regular extensión, dentro del cual, los diversos miembros de la familia o clan construían o preparaban, a su vez, sus viviendas particulares, basándoles para ello apoyar sobre la cara interior de la pared unos troncos de árbol a corta distancia unos de otros, que luego eran cubiertos con pieles o palmas y servían de habitación o

vivienda para dormir, haciéndose al aire libre, en medio del recinto, el resto de la vida comunal. De estas viviendas apoyadas en la pared se hacían tantas como elementos de familia fueran.

En otros casos la casa se hacía independiente, con cuatro paredes y solían excavar el piso para dejarlo más bajo que el nivel del suelo con objeto de conseguir un ambiente más templado, especialmente en la noche fría. El suelo era cubierto con esteras o con pieles o cueros, como así mismo los lugares que destinaban a lecho o dormitorio. Los techos eran bajos y las puertas peculiarmente bajas y angostas, razón esta que se puede explicar en el sentido de que haciendo pequeña la abertura conseguían tapparla o protegerla con más facilidad. Estas entradas tenían un dintel alto en la parte baja para proteger la vivienda de la entrada de animales domésticos.

Hablamos antes de la familia o clan y en realidad así fue en un principio. Pero después llegó a establecerse una diferenciación entre los más caracterizados o jefes de cada clan y los descendientes de ulteriores matrimonios o cruzamientos entre miembros de familias o clanes distintos, lo que dio origen a que entre los guanches hubiera dos castas o especies de individuos, a las que se puede denominar con las conocidas palabras de nobles y plebeyos.

Entre ambas castas había notables diferencias que iban desde un distinto aspecto y atuendo físico hasta una distinta ocupación social y diferente ostentación de autoridad y poder.

El noble, por lo general, constituía la parentela más allegada al rey y una característica de esta cualidad de nobleza era que la misma podía perderse si el individuo se casaba con una mujer plebeya o ajena a su clan, aunque fuera noble en el clan de origen, salvo en el caso de que en el propio clan no hubiera elemento adecuado para el matrimonio.

El noble tenía derecho nato al mando y por ello cuando cumplía la mayoría de edad exigía ser reconocido como tal y para entonces se reunía el Sabor o Consejo, ante el cual comparecía el candidato. En este Sabor cualquiera podía comparecer, aún cuando perteneciera a la casta plebeya y exponer las quejas o agravios que hubiera sufrido del solicitante. Si de todo esto

resultare que el Sabor encontrara culpable al candidato de haber cometido alguna falta grave contra las costumbres o leyes consuetudinarias de la nación, le era negado el acceso a la nobleza y en aquel mismo acto se le cortaba el cabello al estilo plebeyo, pues el noble usaba cabellera más o menos larga.

Como es lógico, los nobles no podían trabajar, pues ello le era rigurosamente prohibido y al estilo de los patricios romanos, pasaban su tiempo en los recintos destinados a las competencias deportivas entre las que se hallaba la lucha cuerpo a cuerpo, hoy lucha canaria, o la sostenida valiéndose de sus garrotes o tezoneses y de otras armas. Competían en otros deportes, como la carrera, el salto, la natación, lanzamiento de piedras, etc. y en otros mil recursos de habilidad y destreza que su propio ocio las hacía concebir.

En la guerra estos nobles jugaban papel preponderante y responsable y tenían la obligación de ir a la cabeza de su gente y eran tenidos por cobardes los que rehuían algún desafío o planeaban ardidés guerreros, sin intervenir ellos personalmente en la ejecución de los mismos.

Las querellas personales solían ser zanjadas directamente entre sí, bien mediante luchas deportivas concertadas o bien mediante el uso de la violencia o de la fuerza, aplicada de cualquier manera. En este último caso si el agraviado mataba a su ofensor, no era castigado, siempre que para ello se hubiera valido de métodos considerados como honrosos.

Otras veces se dirimían las querellas ante el rey, el cual, en días señalados, otorgaba justicia, pudiendo ser o no asistido por sus notables o edecanes, y sus sentencias eran inapelables.

Y así como la justicia era administrada de esta manera, en el aspecto político y social lo que pravalecía era el Sabor, integrado por los llamados Guayres o lugartenientes del rey, por otros notables y por las jerarquías religiosas con el Gran Faycan o Sumo Sacerdote a la cabeza.

Entre la clase plebeya no existía ninguna distinción apreciable y en general, trabajaban tanto los hombres como las mujeres, pues las tareas solían ser colectivas y excepto el pastoreo, ejercidas indistintamente. Podían diferenciarse en que algunas profesiones, como las de los embalsamadores eran ejercidas al-

ternativamente por hombres o mujeres, según el sexo del muerto.

Esta costumbre de embalsamar, aunque en la mayoría de los casos no se pudiera llamar a la manipulación que hacían con el cadáver, verdadero embalsamamiento, sólo se hacía con las personas nobles y aún dentro de éstas, no con todas, como veremos en otra oportunidad.

Entre los trabajos de la plebe estaban en primer lugar los encaminados a obtener el sustento, como eran la pesca, la caza, la agricultura, pastoreo, recolección de frutos y de otros productos vegetales, acarreo de agua, etc.

Algunas profesiones eran consideradas como inferiores, como acontecía con la de verdugos, sepultureros y la de carnicero, que llegaba a ser considerada en algunas islas como infame.

Para finalizar el presente tema y una vez que hemos hablado no sólo de las diferencias sociales existentes entre los guanches, sino también de sus distintas ocupaciones que daban origen a una especie de gremios o profesiones, más patentes en aquellas islas habitadas por una población más numerosa, tenemos que considerar que esta misma diversificación de actividades originaba un cierto comercio o mercado interno que se regía por la primitiva ley del trueque.

Ya supondrán los lectores que no existía la moneda y que en muchos casos era motivo de pago en trueque el mismo trabajo o esfuerzo humano.

Los plebeyos tenían que trabajar a título gratuito para los nobles, por el simple hecho de ser plebeyos y de estar radicados en tierras o predios pertenecientes a los distintos señores.

Pero en el mercado de la clase baja influía notablemente el hecho de vivir agrupados en pequeños clanes o familias, lo que facilitaba tanto la adquisición como el pago de los artículos, productos o prestaciones objeto del mercado.

Mas de todo esto, así como de las distintas profesiones, hablaremos en otros temas.

LA PESCA ENTRE LOS GUANCHES

Era la pesca una de las principales actividades del pueblo guanche.

Esta preferencia debíase naturalmente a la propia conformación de sus tierras, que, como islas, presentaban ininterrumpidos contactos con el mar, y sus playas y costas ofrecían mil lugares propicios para esta ocupación.

Además la pesca constituía uno de los puntales básicos de la alimentación canaria por la sencilla razón de que, poco desarrollada la agricultura, que en alguna isla era desconocida, su alimentación se basaba principalmente en algunos frutos silvestres y sobre todo en la carne de ganado menor, que abundaba en las islas y de sus derivados, como el queso, la leche o la manteca, pero en muchos casos al escasear este tipo de alimentos, el pescado y el marisco constituían la base principal de su sustento, aportando a la frugalidad del guanche la frescura y la facilidad de su captura.

Conviene advertir que, como dato curioso, ya apuntamos que los guanches no eran navegantes y, por lo tanto, sus actividades en lo que a la pesca se refiere, se limitaba a la llamada pesca de bajura o costera, en las mismas orillas o a muy cortas distancias, que ganaban a nado. Incluso nos relata el historiador Viera y Clavijo que los habitantes de la isla de Tenerife no sabían nadar, cosa esta que nos resistimos a creer, pues si bien es cierto que las costas de la isla de Tenerife son en gran parte abruptas y difíciles, también es cierto que la isla cuenta con hermosas playas en otras regiones.

En el arte de la pesca se distinguían dos modalidades preferentes. La captura de mariscos, operación que denominaremos “mariscar”, que se realizaba preferentemente en aquellos parajes de orillas pedregosas y abruptas. La otra operación consistía en la caza y captura del pescado y este era ya un espectáculo más digno de ser contemplado y descrito.

Sentaremos, pues, que en general, los canarios eran por naturaleza grandes nadadores y avezados submarinistas y tanto el baño como la pesca era para ellos su distracción favorita.

Habían los que se llamaban buceadores, cuya misión no era otra que la de localizar los cardúmenes. Para ello estos ágiles y notables nadadores se lanzaban al agua, adentrándose en el mar, en varias direcciones, sumergiéndose con frecuencia, para localizar mediante el oído la situación del cardumen o su existencia. De todos es sabido que los bancos o cardúmenes de pescado, al moverse en la forma característica en que lo hacen, de bloque o masa, producen ruidos o vibraciones que en el agua se transmiten perfectamente, pudiendo ser escuchados por una persona sumergida a cierta distancia.

De todos es conocido que el sonido se transmite mediante la propagación de lo que llamamos “onda sonora”, y que esta transmisión se realiza mucho mejor a través de cuerpos sólidos que de cuerpos gaseosos. Es tradicional el ejemplo de los habitantes de tierras llanas que aplicando sus oídos al suelo pueden percibir las vibraciones de un galope lejano, inaudible en actitud normal. De la misma manera, el agua es mejor conductora que el aire, de la onda sonora y esto se aprovecha para emplear explosivos y detonaciones para la pesca submarina, pues al producirse la explosión o la detonación, la onda se propaga con mucha mayor rapidez y produce la muerte de los peces dentro de un área determinada.

Modernamente los cardúmenes se localizan por medio del “sónar” a grandes distancias, lo que permite a los barcos un mayor radio de acción y una mayor seguridad en la captura.

Los ruidos o vibraciones que producen estos cardúmenes tienen características propias a cada especie y al ser recogidos, sea por medio de aparatos o sea por el oído humano, se puede precisar sobre su naturaleza, volumen, o cantidad, y distancia.

Esto hacían los buceadores guanches. Otras veces el cardumen era observado desde puestos de vigías estratégicamente colocados en la costa. En estos casos el oteador acostumbrado, distingue perfectamente la proximidad de un cardumen, su volumen, dirección e incluso por cuales peces está compuesto, por la forma característica de comportarse éstos. Otras veces el oteador localiza el cardumen por los vuelos de algunas aves cazadoras que le acompañan.

Una vez localizados los peces, un grupo de nadadores, integrado por hombres, mujeres y niños, nada, mar adentro, por fuera y en dirección al cardumen y una vez llegados a la posición requerida, con grandes palmadas y gorgorismos dados debajo del agua impulsan al cardumen hacia la orilla en donde es aguardado por la multitud armada de palos y piedras, o de toscas redes fabricadas con lianas o bejucos e incluso con toscos recipientes. Entonces comienza la captura.

El botín se repartía entre todos por igual, grandes y chicos y nos cuenta la Historia que hasta las mujeres embarazadas tenían derecho a doble ración, intervinieran o no, en la pesca.

El marisqueo era una labor más sencilla y más propia de niños y de mujeres, pues aunque no dejaba de entrañar algún peligro, por lo general se reducía a la captura de pequeños canchales y conchas o almejas y burgados.

Entre estos últimos hallábase una variedad de caracol marino, gigantesco, que después era empleado como instrumento musical, aunque de muy limitada aplicación y que hasta hace pocos años se vino utilizando por los vendedores ambulantes de pescado en las calles de nuestras ciudades y pueblos.

También se destinaban a esta finalidad musical las valvas de ciertos tipos de conchas o almejas gigantes y por lo general casi todos estos crustáceos eran empleados con fines ornamentales, tanto por las mujeres como por los hombres para sus atuendos en el vestido o en sus emblemas de dignidad.

Como colofón al relato de estas actividades piscatorias de los guanches, narramos a título de anécdota un suceso extraordinario inmortalizado por la pluma del historiador Abreu y Galindo, que pone en evidencia la destreza y la bravura de los pescadores guanches.

Cuenta el padre Abreu que en cierta ocasión un grupo de pescadores guanches nadó desde la orilla a un roque próximo en donde pensaban capturar algunos animales. Hallábanse, pues, muy cerca de su isla y no le daban importancia al desplazamiento.

Pero cuando llegó la hora de regresar se encontraron con que un grupo de escualos, que ellos conocían, o que posteriormente los conquistadores apellidaron con el nombre de marrajos, merodeaba por los alrededores, con el consiguiente peligro para los que se lanzaran al agua intentando regresar.

Uno de los más valientes nadadores, sin temor alguno, se arrojó al agua y rápidamente fue atacado por uno de los tiburones. El pescador se abrazó fuertemente a su enemigo y bajo la superficie sostuvo una desigual batalla, de la que, afortunadamente, salió ileso, consiguiendo con el fragor submarino de la lucha, ahuyentar al resto de la bandada, pudiendo así retornar sin peligro los guanches a su isla.

También podríamos referirnos a otros tipos de pesca o caza de peces, moluscos y crustáceos e incluso animales anfibios, como era el lobo marino, pero en realidad este tipo de actividades se salía un poco de lo normal y en lo que se refiere al posible comercio de ellas derivado, no podemos sostener la existencia de una explotación organizada, que apareció muy posteriormente, pues el teórico comercio sobre la púrpura, por ejemplo, de que nos hablan los historiadores, se refiere más bien a la propia captura de los moluscos que la producían por los navegantes que llegaban a estas costas, sin que mediara un concepto real de comercio con los nativos.

LA RELIGION ENTRE LOS GUANCHES

Como acontece entre los pueblos primitivos correspondientes a la Edad en que desde el punto de vista evolutivo hemos ubicado a la raza guanche, el sentimiento religioso de este pueblo se hallaba bastante desarrollado y ya nos encontramos con una creencia monoteísta, pero vinculada como era habitual a un concepto telúrico y mecanicista de Dios.

Es indudable que este concepto se hallaba íntimamente vinculado al cotidiano vivir de los isleños y si la posteridad no nos ha dejado mayor profusión de testimonios sobre sus ritos y creencias, débese en parte a que en este tipo de religiones mecanicistas, la actividad religiosa, esto es, su intensidad, se deja sentir tanto más cuanto que mayores y más variadas sean dichas actividades y muy especialmente si estas son bélicas, y como el pueblo canario vivía por lo general en un ambiente de paz y de bienestar, por esta razón aquella intensidad o necesidad de recurrir al auxilio divino era menos frecuente.

Siguiendo la tradicional evolución histórica de las religiones, las actividades religiosas estaban concentradas y dirigidas en la persona del Gran Faycan, especie de Sumo Sacerdote que gobernaba los aspectos espirituales y transcendentales de su pueblo.

Dijimos que eran monoteístas y así podemos afirmarlo con la sola excepción cuyo testimonio nos llega a través del padre Abreu y Galindo, cuando nos dice que en la isla del El Hierro, rendían culto a un dios y a una diosa, según narramos en el tema correspondiente.

De todos modos aceptamos este contenido monoteísta, que, por otra parte, no vemos reflejado en imágenes de culto, razón esta que ha impulsado a algunos estudiosos a aventurar la hipótesis de un panteísmo o al menos de un politeísmo natural con preferentes influencias astrológicas.

A este respecto conviene hacer notar que esta discriminación entre el concepto de la divinidad primitiva, aunque fuera monoteísta, y su relación con los astros y otros fenómenos atmosféricos o físicos, como eran los accidentes geográficos, montañas, ríos, volcanes, valles, etc., es muy difícil de separar si tenemos en cuenta que los hombres de aquellas épocas tenían tanto derecho como nosotros a hacer uso de los símbolos, como hemos podido encontrar en la herencia tradicional y universal de todos los pueblos, hasta nuestros días, vivos y vigentes, del totem y del tabú.

No tenían imágenes los guanches ni tampoco, que nosotros sepamos, adoraban ídolos y sus representaciones divinas venían dadas generalmente por megalitos u otras configuraciones naturales y geométricas de piedra, siendo la pirámide la más frecuente.

Hemos recogido la referencia de algún erudito que nos habla de la existencia de un ídolo, bajo la forma de pequeña figura hecha con barro cocido, encontrado en la Fortaleza de Santa Lucía de Tirajana, en la que por curiosa coincidencia colocamos el escenario de la llamada "Batalla de los quesos", pero esta referencia, sin dudar de la veracidad de tal información y existencia, no la consideramos concluyente, tanto como para admitir la presencia de imágenes en la religión guanche.

El Gran Faycan solía ser pariente o allegado en un grado muy próximo del jefe político de la tribu o clan, que en algunos casos se gobernaba por un sistema autoritario y despótico y otras veces con la mediación de un Sabor o Consejo del cual formaban parte los individuos más caracterizados y estimados por sus distintas cualidades o virtudes y que, también por lo general, pertenecían a la clase noble.

Dado este parentesco y esta relación entre el jefe religioso y el jefe político, era frecuente que las decisiones de este último tuvieran que ser refrendadas o confirmadas por aquél, como

acontecía en el caso de la investidura de la nobleza, concierto de alianzas, etc.

No tenemos entendido que los Faycanes ni las Sacerdotisas fueran célibes, aunque no cuesta ningún trabajo admitir que por lo que se relaciona especialmente con las mujeres y siendo los canarios monógamos por tradición, al abundar en exceso el sexo femenino, nada tiene de particular que algunas mujeres, al retirarse o consagrarse a la vida sacerdotal o monástica, permanecieran solteras. Pero nos encontramos con que en muchas ocasiones estas comunidades estaban presididas por una vieja "magada" que contaba con una o más hijas entre sus subordinadas.

Así como el oficio de Faycan o de "magada" estaba reservado a la nobleza, también la clase llana tenía acceso al desempeño de ciertos menesteres religiosos que complementaban las actividades del culto u otras de tipo auxiliar y más prosaica o servil. Recordemos al guanche Antón, perteneciente a la clase llana y apresado en las costas de Tenerife por Diego de Herrera que lo llevó consigo a Lanzarote, y que más tarde al ser liberado y regresar al suelo patrio, fue nombrado curador de la gruta o cueva donde se veneraba la imagen de nuestra Señora de Candelaria, o también el caso del curador que atendía los cuidados y vigilancia que merecía a los habitantes de la isla de El Hierro, el árbol Santo o Garohe de Tigulae, que les abastecía de agua.

Tanto el culto en general, como las ofrendas en particular o el mantenimiento de las comunidades religiosas, casi siempre femeninas, eran atendidos o sufragados por los fieles y entre los individuos de la clase llana eran elegidos voluntariamente o contra su voluntad, aquellos que deberían desempeñar los trabajos más rudos y necesarios, amén de las siembras, pastoreo y construcción de locales destinados al culto, que en algunas islas recibían el nombre de efequenes.

Para ingresar en lo que pudiéramos denominar oficio u orden sacerdotal no existían condiciones determinadas y lo más común era que este desempeño quedara entre los individuos de una misma familia o casta, excepto, repetimos, los oficios más bajos o populares.

Los ritos variaban considerablemente de una a otra isla, aun-

que predominaba el carácter general de la ofrenda o sacrificio que variaba en forma y contenido según el uso y los recursos de cada localidad o región y así vemos cómo en unos casos la ofrenda se basaba fundamentalmente en leche, grasa o manteca, en aquellos lugares donde estas abundaban o bien consistía dicha ofrenda en partes de algún animal o en las entrañas de los mismos, como también de peces, que sacrificaban sobre la piedra destinada al efecto.

Las magadas eran las encargadas de conservar o almacenar aquellos frutos o productos alimenticios que les eran entregados como donativos por los fieles y se encargaban de la vigilancia y administración de las sementeras y rebaños, aunque el oficio de pastor era específicamente desempeñado por varones.

En la isla de Tenerife la idea de un Dios mecanicista hallábase mucho más evolucionada que en el resto de las islas y apuntamos aquí una curiosa tradición que recoge el principio de organización social y económica que tenían los guanches, principio atribuido al Todopoderoso. Sostenían que Dios había repartido las riquezas y los rebaños entre la gente de su pueblo, pero que como era tanta y había crecido, aumentado grandemente su número, había dispuesto que aquellos que no hubieran sido favorecidos en el reparto hecho en el principio de los tiempos tendrían que trabajar para los que en lo sucesivo serían sus jefes y señores. Aquí tienen ustedes una sencilla pero ingeniosa concepción del principio de poder y de prosperidad, expuesta bajo la forma de una simple teoría religiosa que nadie osaría rechazar.

Por último pasamos a considerar cual era el concepto que los guanches tenían del genio del mal y cómo lo representaban.

Naturalmente su concepto del mal se derivaba de un simple contraste con el concepto que a su vez tenían del bien y, por lo tanto, les era fácil interpretar el lado adverso cuando éste se presentaba bajo la forma de sequía, de tormenta, de enfermedad o de otro contratiempo cualquiera.

Solían representar al mal bajo la forma de un animal inmundo, como era el cerdo, que no sabemos por qué misteriosa razón, siempre ha cargado con el sambenito de la maldición humana. En otros casos este genio del mal era representado por un

animal fiero, hosco y lanudo que algunos nos identifican como si de un perro se tratara, el perro negro y lanudo, el perro infernal que recoge la tradición.

Es muy importante resaltar aquí las favorables condiciones que esta conformación religiosa de los guanches representaron para la penetración y aceptación de la fe cristiana traída por los conquistadores y que siempre hubo en el pueblo canario hondo arraigo y profunda veneración que se confirmó con las milagrosas apariciones de la Virgen en diferentes islas, alguna de las cuales recogemos en este libro.

VENTA DE LAS ISLAS

Es este capítulo de la venta de las Islas Fortunadas, uno de los más largos y borrascosos de la historia de la Conquista.

Comienza con una denuncia presentada por don Mendo, obispo de Rubicón, al rey de España, refiriendo los abusos y desmanes del entonces gobernador de estas Islas, Masiot de Betencour, caballero francés, sobrino del conquistador de las cuatro islas Juan de Betencour, que se había retirado a Francia para no volver. Termina con el matrimonio de Diego de Silva, noble portugués, enviado por el soberano de Portugal, para someter estas islas a su corona, con María de Ayala, hija del Diego de Herrera, señor de Lanzarote y gobernador de dichas cuatro islas, Lanzarote, Fuerteventura, Gomera y Hierro, en nombre de su majestad el rey de España.

Comencemos pues el relato. La denuncia de don Mendo, hizo mella en el ánimo de su Majestad quien ordenó de inmediato abrir la correspondiente investigación. Pero dándose la coincidencia de que Masiot, además de ser francés, estuviese casado con la princesa Teguisse, hija del rey Guadarfia, de Lanzarote, de cuya rebelión tratamos en otro lugar, y nieta a su vez de aquella famosa princesa Icó, también objeto de otra leyenda, creyó oportuno hacer lo posible para apartar a Masiot del mando de las cuatro islas, para evitar el nacimiento de una estirpe sin solera hispana, que en un futuro trajera fatales consecuencias.

Para ello el rey castellano encargó al Conde de Niebla, de Sevilla, que tomara las providencias adecuadas. Pensólo éste y se

decidió por la estratagema de una compra de los derechos de Masiot, enviando con tal fin a la isla a uno de sus capitanes llamado Barba de Campo, con cinco navíos de gente armada. Atemorizóse Masiot y ante las razones expuestas por el capitán, accedió a vender sus derechos al Conde de Niebla en cinco mil doblas de oro, pero reservándose de por vida el derecho de seguir gobernando sus dominios. Aceptó arteramente Barba de Campo, quien desde aquel mismo instante, comenzó a intrigar entre sus paisanos, causando a Masiot todo género de oposiciones y contrariedades, hasta el punto en que viendo éste en peligro su propia vida, decidió abandonar la plaza y enrumbar hacia nuevos horizontes, que no fueron tan nuevos, porque en la isla de Madera se quedó.

Lo primero que hizo a su llegada a dominios portugueses, enfurecido y despechado por el despojo a que había sido inducido, fue vender, esta vez por propia iniciativa, sus derechos al infante don Enrique, hijo del rey don Juan I de Portugal, por la módica cantidad de 29.000 doblas de oro y otras sinecuras y prerrogativas que aquél le concediera.

Y aquí surge, como es lógico, el gran pleito de la Historia.

El conde de Niebla las retuvo once años, pero sin ánimo para seguir con ellas, las cedió mediante justo precio, a su amigo Guillén de las Casas, ya viejo también, pero que ambicionaba una gran empresa para su primogénito, también llamado Guillén. Pero el mozo no parecía tener inclinaciones por las grandes aventuras y prefiriendo la vida cómoda y regalona de su primogenitura en la Península, trasladó la ardua empresa a su querido cuñado Hernán Peraza, casado con su hermana Inés.

No hubiera recaído la elección en personaje más indicado, pues el Peraza era cachorro de raza de conquistadores y descendía de aquel gran Hernán Peraza, héroe de anteriores jornadas gloriosas para las armas españolas.

Mientras tanto el infante don Enrique exigía al rey español que le reconociera los derechos adquiridos de Masiot. Pero el monarca, como es lógico, se negó y entonces don Enrique decidió tomar la justicia por su mano y envió varias expediciones a la conquista de Lanzarote. Pero quiso el hado de la Historia, que tales expediciones fracasaran y no precisamente ante Lan-

zarote, sino ante la isla de Gran Canaria. Con toda seguridad, estos enviados al verse dueños de crecido número de soldados y recursos, soslayaban Lanzarote y se creían capacitados para empresas más elevadas, de ahí su fracaso.

Ante estos fracasos, don Enrique dejó hacer a su padre Juan I, quien llevó el pleito a Roma, contra su homónimo II, monarca español, ante el papa Eugenio IV, quien después de larga demora, dio la razón al hispano. No es necesario decir que los portugueses masticaron, pero no tragaron el fallo y siguieron en sus trece.

Hasta que en 1466, el infante don Fernando de Portugal, envió al noble caballero, joven y esforzado guerrero, don Diego de Silva, a conquistar las islas. Sucedióle a Silva lo mismo que a sus predecesores, y maltrecho y desengañado de que no era fácil invadir las tres islas que quedaban, a la sazón La Palma, Gran Canaria y Tenerife, regresó a Lanzarote en son de paz.

Regía las islas para esa época don Diego de Herrera, hombre prudente y ducho en el arte de la conquista, quien vio en Silva y sus hombres la posibilidad de un refuerzo de gente nueva, a la ya un poco cansada tarea conquistadora y conocedor por amarga experiencia del difícil carácter de canarios y tinerfeños. Así que no nos puede sorprender que un buen día el alegre tañido de jubilosas campanas anuncien el enlace del caballero Silva con María de Ayala, una de las hijas del conquistador.

Los deseos de Diego de Herrera se cumplieron y tuvo en su yerno y homónimo de Silva un fuerte brazo en quien apoyar futuras tareas de lo que aún faltaba por conquistar. Pero en lo que se relaciona con el dominio de las islas que faltaban por incorporar a la corona de Castilla, el destino le tenía reservado a Diego de Herrera un más triste papel, pues tuvo que asistir impotente a la llegada de otros capitanes para aquellas conquistas y, por fin, un día le sorprendería la muerte sin haber conseguido, como su antecesor, Juan de Betencour, conquistar la bravura de canarios, tinerfeños y palmeros.

Es conveniente aclarar antes de finalizar este singular capítulo, que según los historiadores, las vicisitudes de esta histórica venta, siguieron a veces caminos más tortuosos y dilatorios, que no reseñamos aquí por no alargar innecesariamente la na-

rración, y únicamente hacemos hincapié en que la venta, tan famosa, nunca se refirió al aspecto material de las islas, ni a su contenido, tanto en riqueza material, como en habitantes y servidumbre, sino a los derechos, desde el punto de vista jurídico y desde el punto de vista político de gobierno de las islas.

EL TRABAJO ENTRE LOS GUANCHES

Me referiré en este tema al hablar sobre el trabajo de los guanches, más que a una actividad de tipo socio-económico, a una simple y habitual ocupación, que intentaremos exponer de una manera genérica, pues al no existir entre la población de las distintas islas un concepto de mercado o comercio, la actividad laboral se limitaría en cada caso y en cada isla al desarrollo de aquellas actividades tradicionales, conducentes al sustento y conservación de la especie y al cumplimiento de sus expansiones y ritos.

Así, pues, hay que comenzar por advertir que en algunas islas, en las que el sentimiento social se hallaba más desarrollado, el trabajo era tarea de la clase inferior o plebe y, por lo tanto, la categoría del mismo vemos cómo a veces desciende hasta el límite de lo infrahumano e incluso infamante.

Según los casos y condiciones climatológicas de cada isla, la ocupación fundamental era la relacionada con su inmediato mantenimiento, dedicándose principalmente a la agricultura, al pastoreo y a la pesca o caza.

En principio, hemos de admitir que tanto la agricultura como el pastoreo no se hallaban muy desarrollados y que fue solamente en una época posterior, en la que podemos encontrar cierto grado de desarrollo en estas primitivas ocupaciones.

Ya hemos dicho en otra parte que la llegada a estas islas de pequeños grupos de población integral, dispersados por el archipiélago, tenía una finalidad fundamentalmente colonizadora y

junto con tales grupos, integrados por familias enteras, llegaron también animales domésticos, semillas y métodos de cultivo rudimentario que en mayor o menor grado habrían de adaptarse posteriormente en una aclimatación definitiva.

Sin embargo, la presencia y a la vez la limitación, de los recursos naturales, de los cuales los nuevos pobladores podrían disponer, imprimió carácter orientador a muchas nuevas actividades que dieron origen, repetimos, según los casos, a nuevas profesiones o al menos a cierta diferenciación en sus tareas diarias.

Nos vamos a encontrar con que esta diferenciación será lógicamente más notable entre aquellos grupos de población más numerosa, por un lado, y por otro entre aquellos grupos más homogéneos y menos fragmentados en el orden político.

A esto tenemos que añadir esa falta, ya indicada, de sentido económico en lo comercial, y también recordar que en muchos casos la prestación de ciertos trabajos era considerada como obligatoria en obsequio de la nobleza.

Por ello no existía la moneda y las transacciones y prestaciones de servicios se hacían sobre la base del trueque o cambalache, circunstancia ésta favorecida por el hecho de la existencia de grupos familiares o clanes.

Comenzamos haciendo una distinción entre las dos principales trayectorias de la actividad de los guanches, marcada una por el aspecto civil y otra por el religioso.

En otro tema será tratado el aspecto religioso de los guanches. Aquí, sólo vamos a enfocar dicho aspecto desde el punto de vista profesional.

La actividad religiosa estaba representada en su grado máximo por el gran Faycán, que venía a ser algo así como el Sumo sacerdote o Jefe religioso de la comunidad.

Este cargo, que era considerado como noble solía recaer en algún familiar del jefe o caudillo del clán familiar o en un mayor grado, del rey de la comunidad.

El gran Faycán era secundado en sus actividades por algunos ayudantes, nobles y representantes suyos unos, y plebeyos otros, encargados de la ejecución de algunos ritos y servicios.

También las mujeres participaban en las tareas religiosas

y tomaban distintos nombres según la isla a que pertenecieran. En general esta especie de monjas o sacerdotisas hacían una vida más retirada, monástica, colectiva, pero en estas pequeñas colectividades solía prevalecer cierto nexo familiar y la sacerdotisa mayor o Superiora, solía ser la más caracterizada dentro del grupo familiar.

Pues bien, todas estas actividades estaban mantenidas por el pueblo a través de contribuciones directas y de ofrendas que los nativos hacían a sus respectivos dioses. Pues no es necesario aclarar que por su carácter no sólo de jerarquías religiosas, sino también por su propia estirpe o nobleza, estos profesionales no podían dedicarse a trabajos rudos o comunes, que les estaban prohibidos.

Hay que destacar en el resto de las actividades que pudiéramos denominar ciudadanas, las que entran dentro de la categoría artesanal, que eran muchas, como luego veremos. Y, naturalmente, tenemos que revisar aquellas otras encaminadas a los trabajos y servicios comunes.

La actividad agrícola era desarrollada indistintamente por hombres y mujeres y casi siempre en forma colectiva. Generalmente los hombres eran los encargados de roturar y de sembrar la tierra y las mujeres de cuidar las sementeras y recolectar los frutos.

En cuanto al pastoreo, era ésta una actividad propia y exclusiva de los hombres, tanto adultos, como de los niños, que les auxiliaban en tal menester.

En cuanto a las mujeres, existían diversas profesiones en relación con las habituales tarea femeninas. Había costureras que se dedicaban a la confección de las prendas de vestir y de adorno más usadas, como eran los tamarcos y los corpiños y capotillos, así como, posteriormente, cierto tipo de adornos para la cabeza.

Las agujas las fabricaban con huesos de animales, espinas de pescado y otras de tipo vegetal, y los hilos empleados para sus costuras los solían obtener de la badana fina, tripas, crines, etcétera.

Para teñir los objetos y las ropas y para su propio uso cosmético, empleaban generalmente productos vegetales, como la orchilla y otras raíces y cortezas de algunas plantas y árboles.

Una profesión singular, que nos ha llamado mucho la atención, era la de carnicero, tenuta como oficio infamante, así como las de verdugo y embalsamador.

El carnicero era obligado a portar una vara, con la cual tenía que señalar los objetos que deseaba adquirir, pues le estaba terminantemente prohibido tocarlos con las manos, ni tampoco se le permitía el trato si no era con los de su profesión. A las mujeres y a los niños les estaba prohibido entrar en los lugares usados como mataderos, ni podían manipular con los residuos ni entrañas de los animales, cosas éstas, que en muchos casos, se dedicaban a la ofrenda o al rito.

Los embalsamadores, que en realidad no eran tales, puesto que se limitaban a eviscerar los cadáveres y untarlos con sustancias grasas y aromáticas, y envolverlos posteriormente en cueros o fibras vegetales, podían ser de ambos sexos, según que se dedicaran a embalsamar cadáveres de hombres o de mujeres.

Existían las comadronas, cargo desempeñado por las mujeres más ancianas de la familia o clán, asesoradas generalmente por las sacerdotisas, pues se daba el caso curioso, en algunas islas, de que las deidades supremas estaban encarnadas por un dios y por una diosa, presidiendo esta última todo lo que se relacionaba con la fertilidad y la maternidad.

Otros trabajos estaban desempeñados por los constructores de casas y otros edificios destinados a usos públicos, especie de albañiles que era muy estimada y que ejecutaban en muchos casos trabajos verdaderamente primorosos.

Tenemos después a los fabricantes de armas y otros utensilios, que empleaban para ello los más diversos materiales. En primer lugar estaba el garrote o tezeze, que era compañero inseparable del guanche. Era algo así como un bordón de los empleados por nuestros peregrinos, y del cual se servían para múltiples usos, por ejemplo, para sus largas caminatas, para realizar algunos deportes y luchas o competencias deportivas y también para emplearlo como arma contundente en sus luchas y propia defensa.

Su arma preferida, en cuanto a tal instrumento, era una especie de vara fina, a modo de lanza, aguzada por un extremo y bien tostada para que resultara más dura. El uso de la piedra era

igualmente muy frecuente, tanto en los trabajos domésticos, como artesanales, empleándose también preferentemente como arma, tanto como para ejecutar sentencias, como para emplear en las batallas, y aún quedaron para la historia testimonios vivos de las famosas “tabonas”. En otros casos usaban la piedra para erejir monumentos megalíticos y para uso religioso. Por último, en lo que al uso de la piedra se refiere, la empleaban también como instrumento musical, haciendo sonar unas contra otras, o contra otros objetos.

Ya hemos hablado de la pesca y de los buceadores, por lo que no necesitamos volver sobre el tema.

También existían los llamados “heraldos del rey”, individuos encargados de llevar la vara de mando o estandarte real en los casos de desplazamiento de un lugar a otro del monarca, adelantándose al mismo y anunciando su llegada o paso.

No tenemos noticia de que existieran profesionales de la justicia, salvo los verdugos, pues la misma era ejercida por el propio rey o por sus lugartenientes, cuando no por el propio agraviado.

Se conocían los lugares públicos, y aparte de las casas o recintos destinados al culto, teníamos lo que pudiéramos denominar plaza o recinto popular, en donde se reunía el Sabor y se desarrollaban las justas o torneos, y en donde se aplicaba justicia. Estos recintos solían ser descubiertos y circulares o cuadrangulares y en el centro se disponía de una gran losa o de un empedrado, sobre el cual se realizaban muchas de aquellas actividades.

El verdugo, que era considerado como hemos dicho como un oficio infamante, ejecutaba las sentencias, que, en caso de ser de muerte, realizaba bien despeñando al reo por algún precipio previamente señalado o bien golpeándole la cabeza con una pesada piedra. Alguna vez se procedía a otros tipos de muerte, pero eran muy raros, citando aquí el caso de la princesa Icó, condenada a morir por asfixia, de la que se libró casi milagrosamente.

En otros locales celebraban fiestas y reuniones a las que podían concurrir libremente hombres y mujeres.

También empleaban locales para cárceles, que eran custodiados por individuos profesionales.

Tampoco tenemos constancia de que hubiera empleo u oficio relacionado exclusivamente con las actividades de expansión o de holganza, tales como danzarines o músicos o cantores profesionales.

A este respecto es interesante señalar que estas expansiones o actividades artísticas y folklóricas, tenían dos aspectos distintos, pues en unos casos resultaban del ejercicio de algún rito y eran dirigidas por los profesionales religiosos, como acontecía en las fiestas de rogativas y en otros casos derivaban de fiestas mundanales, como acontecía con la danza de plenilunio, de primavera, de esponsales, etc...

Estas últimas danzas han sido poco estudiadas, y en el moderno folklore canario no están recogidas, como tampoco lo están los cantos primitivos, cuyos testimonios no han llegado hasta nuestros días y sólo podemos conjeturarlos por comparación con los testimonios que nos han llegado de otras islas próximas, como por ejemplo, de la isla de Madeira.

Pero de todo esto hablaremos en otro lugar.

Hemos dejado para lo último el considerar uno de los aspectos artesanales más desarrollados del pueblo guanche, que fue la alfarería.

Son estos los testimonios más abundantes con los que nos tropezamos en nuestra labor de investigación. Los alfareros fabricaban recipientes de barro denominados generalmente "gánigos", que empleaban para multitud de usos.

Utilizaban para su elaboración tierra arcillosa de diferentes colores y daban distintas formas y acabados a los recipientes así contruidos, que unas veces eran cocidos y otras secados al sol. Se han encontrado vasijas y recipientes de muy diversas forma y capacidad, y por su acabado y perfección da la sensación de que pertenecieran a culturas posteriores.

LA MEDICINA ENTRE LOS GUANCHES

Es lógico que al hablar de medicina guanche estemos sintetizando un concepto un poco vago, vaguedad que derivaría de la dificultad de unificar un criterio determinado ante la postura del guanche frente a las enfermedades.

Si tenemos en cuenta el hecho de que haya sido una población importada o migratoria la que llegó a estas islas, tenemos que reconocer que es característico de estos movimientos humanos que la cultura o grado de civilización que se desarrolla va a depender entonces más que nada de las condiciones ambientales que, al ser distintas de las de su origen ancestral, obliga a los individuos a adoptar nuevas actitudes que incluso pueden llevarles a posturas y conclusiones completamente antagónicas a las anteriores. De aquí deducimos que los individuos abocados a un nuevo medio no pueden aferrarse deseperadamente a sus anteriores experiencias y, por lo tanto, lo que van construyendo se puede considerar totalmente nuevo.

Esto que acabamos de decir es perfectamente válido, repetimos, para los casos de migraciones rápidas y relativamente recientes y aplicables a todos los aspectos o actividades de los componentes de las mismas. Entre estas actividades que integran sus costumbres, tenemos por ejemplo, las relacionadas con su postura ante la enfermedad.

Para comprender la formación médica del antiguo habitante de las islas, es preciso echar una mirada a su modo de vida y condiciones ambientales.

La medicina entre los guanches era practicada o al menos dirigida por las personas dedicadas al culto religioso. Pero era frecuente encontrar entre las clases populares algunas personas que sin participar del carácter profesional médico, tenían ciertas experiencias que eran aprovechadas por la colectividad.

Entre este tipo de personas teníamos en primer lugar a las comadronas, que por extensión, proyectaban sus cuidados, además de a la madre, a sus recién nacidos hijos, y sus consejos y prácticas eran muy estimados en todo hogar guanche, especialmente en lo que se relacionaba con las enfermedades de las mujeres y de los niños.

Pero aún en estos casos, por encima de estas populares comadronas, estaban las sacerdotisas o "magadas", consagradas al culto. Ellas conocían los secretos de hierbas y de plantas, y de otras sustancias y sus mezclas y muy especialmente del valor medicinal de las entrañas de algunos animales, entrañas que también eran ofrecidas como sacrificios a sus divinidades.

En general la práctica de cualquier tipo de medicina rudimentaria tiene que circunscribirse al empleo de los recursos más abundantes y existentes en el medio.

Por esta razón y teniendo en cuenta que en varias de estas islas había poca agua, hasta el punto de que alguna de ellas, como la isla de El Hierro, fue llamada Pluvialia u Hombrión, porque sólo se abastecía, con el agua de la lluvia, no puede extrañarnos que el agua no fuera en muchos casos la base fundamental de la medicina o higiene del pueblo guanche. Sin embargo, veremos como la grasa, manteca o sebo, obtenido de los animales, era empleado generosamente con fines medicinales.

En cuanto al empleo del agua salada del mar, ésta tenía aplicaciones muy limitadas, siendo muy poco usada.

También según los casos y según el desarrollo agrícola, usaban plantas y raíces en cocimiento o maceración para curar sus dolencias, echando mano en otros casos de hojas y cortezas y frutos de los árboles y plantas silvestres.

En lo que pudiéramos denominar medicina interna, prevalecía, como hemos dicho, el uso de la grasa o manteca, sola o agregada a otras sustancias, generalmente en cocimiento, que se administraban al paciente.

Con la miel del mocán, preparaban un arrope, que administraban en los casos de pulmonía y otras afecciones catarrales, con el añadido de envolturas a base de pieles y de aplicaciones externas de unturas y fricciones, para que el paciente sudara abundantemente.

No es necesario aclarar que, por lo general, entre los nativos no existía una morbilidad tan variante y acusada como podríamos encontrar en otros grupos etnológicos de otras partes. Predominaban aquellas afecciones estacionales, las enfermedades habituales de la vejez y las derivadas de la maternidad y embarazo en las mujeres, y de los accidentes y heridas en los hombres.

También por vía interna eran usadas las entrañas de algunos animales y peces, con preferencia el hígado y el corazón, a parte de otros órganos que se utilizaban para proporcionar vigor y poder.

Consolidaban las fracturas con reposo, pero no conocieron la práctica de la extensión, como se puede comprobar en los huesos largos de algunos esqueletos que han sido hallados.

No es cierto, o al menos, no se tienen evidencias, de que hayan usado o practicado la trepanación, aunque sí sabemos que en muchos casos el género de muerte aplicado a los condenados era utilizando gruesas piedras con las que hundían los huesos del cráneo.

En los casos de contusiones empleaban la aplicación de emplastos calientes, a base de hojas y de grasa o manteca y también las fricciones.

Para algunos tipos de perturbaciones gastro-intestinales empleaban la ceniza y en otros casos, al revés, usaban purgantes, mezclando agua salada con manteca o con el cocimiento de raíces de helecho, raíces estas, de forma bulbosa que en otros casos empleaban cocida y machacada, mezclada con leche, para restablecer a los convalecientes y a los niños. Éste fue quizás el origen primitivo del posteriormente tan conocido "gofio casario".

Lo que sí está demostrado era su conocimiento de la sutura en caso de heridas y desgarros, empleando para ello finas agujas de espina de pescado e hilos hechos de tripa o cuero finísimo.

En muchos casos aplicaban la cauterización para contener la hemorragia y limpiar o proteger las heridas anfractuosas.

No tenemos conocimiento de que se aplicara la cesárea, como algunos pretenden sostener, ni tampoco de que se empleara la sutura en los casos de desgarros vaginales en los partos, por cuya razón era frecuente la aparición de las habituales complicaciones en estos casos.

La práctica de la sutura les era bien conocida porque la empleaban generalmente en el embalsamiento de los cadáveres, primero evisceraban y luego rellenaban con preparados a base de manteca y hojas o hierbas aromáticas, con las que además ungían el cadáver, envolviéndolo después en pieles o cueros. Pero tengamos presente que estos embalsamientos no se hacían nada más que con la gente noble y en muchos casos tampoco con todos, sino con aquellos que más fama o respeto hubieran alcanzado o bien ostentaran alguna dignidad real o religiosa.

Para los dolores de cabeza empleaban un sistema que me ha sorprendido encontrar entre los usos y prácticas de medicina popular de algunos pueblos americanos, o sea ciñéndose a la altura de la frente hojas de ciertas plantas, empapadas en manteca de origen animal, en este caso, como siempre, de cabra, de oveja o de cerdo, aunque la manteca de cerdo la solían emplear los herreños más bien para sus trabajos de talabartería y para alisar sus bordones.

Como sus indigestiones eran frecuentes usaban como purgante los frutos o bayas de algunas plantas, parecidas al cerezo montés y empleaban también la manteca diluida, mezclada con leche e incluso con agua del mar, pero con esta última, más bien como vomitivo.

Conocieron el vendaje y la ligadura en las extremidades para los casos de hemorragia, que como hemos dicho cauterizaban en los casos más apremiantes.

También tenemos referencias de que entre ellos existió la práctica de una psicoterapia rudimentaria, ejercida principalmente por los profesionales del culto, fueran sacerdotes o sacerdotisas.

La práctica de la amputación también era frecuente, no sólo en la de origen traumático, sino también en las practica-

das como castigo impuesto a los delincuentes y empleaban para ello una fuerte ligadura y luego cauterizaban el muñón con manteca caliente, empleando para cortar conchas afiladas y piedras de lajas, así como también algunos huesos planos especialmente preparados.

EL TEIDE, PADRE DE LAS ISLAS

Al hablar de las Islas Canarias, lo primero que se nos viene a la imaginación es el *Teide*. Sería pueril pretender resaltar aquí las cualidades y los valores que tan maravillosa conformación orográfica encierra, para prestigiar el archipiélago postrado a sus pies. Bástenos saber que es el pico más alto de España, con sus tres mil setecientos quince metros y su manto de armiño real sobre su majestuosos hombros.

Es, pues, más tarea de geógrafos o de pintores tratar de expresar aquí sus características y su belleza.

Lo que sí nos interesa es tratar de penetrar en la enorme importancia semiológica que ha tenido el *Teide*, para caracterizar este grupo de islas hasta tal punto de haber dado origen a una de las más hermosas leyendas de la Historia, la historia o leyenda de la Atlántida.

Es sin duda el Teide el antiguo Atlante, montaña de la cual nos hablan los antiguos y el gran teatro en el que Virgilio, en su Eneida, coloca al dios Mercurio, lazándose a las aguas para llevar su mensaje a Cartago.

Los antiguos moradores de la isla lo llamaron *Echeide* porque por su boca, esto es, por su cráter en la cima, vomitaba fuego y dentro de sus entrañas se dejaban sentir los fragorosos rumbos de ígneas tormentas.

El espectáculo del *Teide* nevado dio origen a distintos nombres que recibiera la isla y así, los latinos, la llamaron Nivaria, y otros indígenas habitantes de las islas vecinas, que algunos his-

toriadores ubican en la isla de La Palma, la llamaron Tener-Ife, que quiere decir monte blanco.

No podían faltar los disidentes con esta última denominación de Tenerife, derivada de lo apuntado, alegando que el nombre de la isla deriva del gran Tinerfe, que fue el nombre que, de uno de sus más famosos reyes, nos haya llegado hasta hoy. De todos modos esta aseveración nada aclara al respecto, pues el nombre de este rey, por su majestad y grandeza, bien podría haberse originado al compararle con la montaña, o pico, coronado de armiño, objeto de este tema.

Pocos lugares en el mundo habrán sido cantados y celebrados por tantos poetas, literatos y artistas de toda clase, como lo ha sido el *Teide*.

Pero insistimos en que lo más importante de su presencia es su estratégica ubicación en medio del archipiélago y por contraste con las islas vecinas, en la zona en que se halla, templada y cálida y en la que indudablemente, la nieve es un contraste supremo con el sol y con el paisaje canario.

La presencia del *Teide* unifica geográficamente el contorno canario e imprime un decisivo carácter a esta agrupación geofísica, en la que incluso nos vamos a encontrar con una distinción neta etnológica, lingüística y cultural, sin parentesco con otras agrupaciones continentales de su misma época.

Muchas veces he pensado que el carácter tranquilo y apacible, dulce y sosegado, de la gente canaria, es un símbolo telúrico de la mansedumbre con que las islas se dejan regir por este coloso, meciéndose en las aguas atlánticas, dormitando en medio de una eterna primavera.

Por otra parte, justifica el *Teide* la creencia de que estas islas no pudieron surgir como la simple consecuencia de una erupción volcánica submarina, sino que supone la existencia de una plataforma continua que en algún tiempo tuvo necesariamente que estar unida al continente africano, pues resulta muy difícil admitir que un movimiento volcánico submarino pudiera proyectar por encima de la superficie del agua masas y alturas de este tipo de formaciones geológicas.

Hay que agregar a esto, el dato cierto y comprobado de que en dirección a la parte oriental de estas islas, mar adentro, nos

encontramos frecuentemente con profundidades que no corresponden a las habituales en otras regiones marítimas, a la misma distancia de las costas, dato que, como es lógico, apoya la teoría de la plataforma.

Esto da pie para conjeturar que bien pudo haber sido muy cierta la existencia de esta plataforma atlántica emergida, de la que la fantasía popular y las hipótesis científicas más fantásticas sacaron la leyenda de la Atlántida.

Sea lo que fuere, el *Teide* está ahí, designado con ese lugar común y tantas veces repetido de “Celoso guardián” de las islas Afortunadas, y la verdad es que lo primero que hacemos cuando, desde otras islas atalayamos el horizonte, es buscar con la mirada la compañía del coloso tinerfeño y el día que, con cielo claro, lo vemos erguirse majestuosamente, parece como si todos estuviésemos más contentos. Y nada digamos de la alegría con que se nos llena el pecho ante la contemplación de su imagen, cuando en el último amanecer, nos asomamos a la barandilla de la borda del barco que nos acerca a estas tierras privilegiadas. Sí, allí está el *Teide*, allí están “ellas”, hemos llegado ya.

ISLA DE TENERIFE

Aunque el nombre de Islas Canarias, vino a quedar perpetuado en la denominación que después de la de Islas Afortunadas, se diera a las integrantes de este archipiélago y fuera una de sus islas la que se adjudicara como nombre propio el apelativo de Canaria, que posteriormente habría de ser bautizada por lo empecinado de su resistencia, con el nombre de Gran Canaria, por Diego de Herrera, es, sin duda alguna, al menos desde el punto de vista geográfico, la isla de Tenerife la reina y señora del archipiélago.

Asentada en ella la majestad de ese *Teide* que culmina la orografía española con más de 3.700 metros de altura y dotada de abundante cantidad de agua, incluso por su propia y peculiar topografía y contorno geográfico es esta isla, indudablemente, la más caracterizada de todas.

Es posible que en otras de sus hermanas encontremos motivos históricos, geográficos, étnicos, para fundamentar en ellos primigenias características canarias que indudablemente hayan sido responsables de una parte especial, de una faceta genuina de la epopeya guanche.

Desde el punto de vista épico, nadie podrá poner en duda que la motivación de Gran Canaria preside insoslayablemente la temática histórica de estas islas por la dureza y el encono con que sus naturales defendieron el suelo, ganando para ella la universalidad de ese calificativo de Grande que el heroísmo de sus hombres legó a la posteridad.

Otras islas, como la de Lanzarote, por ejemplo, presentan igualmente características que les son propias y que por sí pueden imprimir inusitado valor a ese conjunto de elementos que condiciona el interés que hoy se concentra por el mundo entero, en este archipiélago.

Podríamos hablar también del dromedario de Fuerteventura, mal llamado camello, que ha aportado a la representación canaria el simbolismo telúrico de su joroba, trillando perezosamente el paisaje. O hablaríamos de ese segundo Edén que es la isla de La Palma, maravillosa perla, engastada en esta joya afortunada.

Pero, repetimos, que para todos, para propios y extraños, siempre la isla de Tenerife, con su *Teide* gigante, presidiendo los horizontes canarios, por cielo, tierra y mar, es la que ostentará la representación simbólica y genuina, en el aspecto geográfico y universal de estas islas.

Fue la última en ser dominada por los españoles y esta demora no fue debida, como algunos pretenden, a una consecuencia derivada de las dificultades que los hombres de la Conquista encontraran en la isla de Gran Canaria, sino a que en los muchos intentos de desembarco por los conquistadores llevados a cabo con anterioridad, como había ocurrido en La Palma, habían sido rechazados, y en la conquista de esta isla intervinieron igualmente factores distintos, que pasamos a considerar.

En primer lugar, creemos que fue de gran importancia el hecho de este mismo retraso en el intento final de su dominación, porque cuando Fernández de Lugo llegó a la isla para someterla, ya los contactos habían sido múltiples y en realidad ya la conciencia de un dominio o expansión de otros reyes o señores poderosos, había llegado a oídos de los guanches tinerfeños, quienes ya habían tenido contacto directo anteriormente en tal sentido con Diego de Herrera.

Sabían los de Tenerife de la invasión española en otras islas y vieron con sus propios ojos y contemplaron en su propia carne cómo sus otros hermanos de raza, al ser sometidos, eran inducidos a colaborar con los invasores, cosa que, por otra parte, aceptaban de buen grado, por no existir entre los guanches para entonces un sentimiento de nacionalidad al estilo moderno. Esto

no pudo dejar de ejercer un influjo definitivo en la ulterior actitud del guanche tinerfeño, porque entre aquellos que acompañaban a los invasores venían hombres reputados con fama de honrados y valientes entre su raza, fama que se había extendido por todas las islas. De la misma manera que había influido la presencia de Fernando Guanarteme en la definitiva pacificación de la isla de Gran Canaria.

Relata la Historia que esta isla era conocida con el nombre de Nívaría, debido a la estampa de su pico *Teide* orlado de nieve, que allá, en el horizonte confundía los cielos con el mar. De aquí su nombre posterior de Tenerife, que significa Montaña Blanca.

Los nativos llamaban a esta isla Achineche y entre sí se denominaban bincheníes, aunque posteriormente fueron bautizados por los españoles con el nombre de guanches.

Hemos de reconocer que la primera toma de posesión de esta isla por los españoles fue harto simbólica y desde el mismo punto de vista del derecho universal, de eterna vigencia, un poco dudosa. Porque los acontecimientos se desarrollaron así. Allá por el año de 1464, Diego de Herrera, acompañado por el obispo Illescas, desembarcó en esta isla por el puerto que denominaron *Bufadero*, y en presencia de un escribano, que al efecto llevaban, y ante testigos escogidos entre aquellos que le acompañaban, pluma en ristre, levantaron un acta de toma de posesión en nombre del Rey, sobre cualquier mesa que improvisarían con algunas de las muchas piedras que no dejarían de abundar por el lugar.

Nos imaginamos que los guanches que accidentalmente presenciaron el acto, poco pudieron llegar a comprender sobre el contenido y alcance del mismo, y desde luego podemos asegurar que no pudieron estampar su firma en dicho documento por la simple razón de que no sabían escribir.

Pero para Diego de Herrera y los suyos la cosa fue suficiente y considerando que la campaña no había podido salir mejor, tornaron a sus naves dejando clavado sobre el suelo de la playa el pendón de Castilla, pero las cosas no pasaron de ahí.

Tendrían que pasar veinte años más para que, con la llegada de Lugo, se iniciara el sometimiento definitivo de la isla y se escribieran para la epopeya canaria las gloriosas páginas de la resistencia tinerfeña.

MENCEYES DE TENERIFE

Ya hemos dicho que el navegante y general cartaginés Hannón en su periplo por las costas africanas, 500 años antes de J. C., avistó las Islas Canarias y hasta es posible que hubiera desembarcado en alguna de ellas, aunque no fuera más que por simple curiosidad.

Desgraciadamente de este periplo parcial han llegado pocas noticias hasta nuestros días, solamente algunos trozos de una narración en lengua griega han sobrevivido a su hazaña que, contra la idea de algunos, no fue una circunvalación del continente africano, sino que en su excursión llegó hasta la zona conocida hoy con el nombre de Río de Oro. De aquí se regresó a Cartago y de la noticia de este viaje y del conocimiento que de estas islas tuvo fue de donde posiblemente se organizaría una década más tarde, poco más o menos, la expedición de Galah, a la que ya hemos aludido y que sólo podemos conjeturar.

Cuentan los historiadores, en lo que se refiere a nuestras islas, que después de haber pasado la isla de Tenerife por el poderío dividido de muchos señores, surgió uno más poderoso que aglutinó todos aquellos pequeños reinos o menceyatos en uno sólo y que este rey se llamó el gran Tinerfe, nombre éste del cual algunos pretenden que se derive la palabra Tenerife.

Podemos ubicar la existencia del gran Tinerfe anterior al año 1360, fecha probable de su muerte, aunque bien pudiera haber ocurrido que ésta acaeciera algunos años más tarde.

Otros piensan que fue derrocado por sus hijos antes de fallecer, lo que nos parece poco probable, pues si bien entre sus descendientes hubo algunos que pudieron merecer amargos calificativos, hubo otros, sin embargo, que honraron con su nombre la historia guanche, lo que nos hace suponer que la sucesión del gran Tinerfe siguió la norma establecida en estas islas, que, como dijimos en otro trabajo, se basaba en el mayorazgo, y en caso de haber más hijos y serles a éstos asignado algún señorío, aunque en realidad se podían considerar como verdaderos reyes, siempre guardaban ciertos respeto al hermano mayor o en otros casos se repartían las dignidades dentro de un mismo reino, y así un hermano era rey y otros podían desempeñar el papel de jefes religiosos o grandes faycanes o de guayres, como pasó en la isla de Gran Canaria a la muerte del rey Artemi.

Prescindiendo de cualquiera otras incursiones anteriores llevadas a cabo por navegantes de distintos países, el primer documento histórico y oficial de desembarco legal en esta isla nos cuenta que en el año de gracia de 1464, Diego de Herrera acompañado por el obispo Illescas, arriba a las costas tinerfeñas, por los lados de Anaga, desembarcando en un puerto que llamaron Bufadero. Era señor de este término el mencey Beneharo I, hijo del gran Tinerfe, quien rechazó la actitud dominadora de Diego de Herrera, aunque en principio, por simple curiosidad, no le recibió hostilmente. En aquella playa, sirviendo de mesa una piedra cualquiera, el Escribano Real, llevado exprofeso, levantó un acto de toma de posesión de la isla, acto el cual es fácil admitir que hubieran asistido como simples e ignorantes espectadores algunos nativos que nunca supieron de qué se trataba. Retornó Diego de Herrera a Lanzarote y aunque posteriormente intentó otras incursiones, como la de Güümar, nunca tuvo éxito y fue Fernández de Lugo quien veinte años después vendría a someter esta isla, encontrándose en este señorío con la fuerte resistencia de Beneharo II, hijo del anterior mencey, que fue un guerrero valiente. Era este señorío el de Anaga.

Otro señorío fue el de Taoro, que para la historia de Tenerife, escribe la gesta más gloriosa de su resistencia, no sólo por las hazañas de sus hombres, sino por las grandes figuras que le presidieron, siendo Benchomo el personaje principal de ellas.

Este término que era el más importante, fue heredado por Bentenuhya, primogénito del gran Tinerfe, de cuyo reinado nos han quedado pocas noticias. A Betenuhya sucedió su hijo Imobach, el cual pretendió restaurar el reinado de su abuelo, erigiéndose en rey absoluto de toda la isla. Pero sus pretensiones no fueron aceptadas por sus parientes y después de haberse peleado con algunos de ellos, hubo de desistir. A Imobach le sucedió su hijo Benchomo, que en su juventud tuvo algún contacto amistoso con Diego de Herrera, pero que cuando se trató de tomar en serio la defensa de la isla se convirtió en el máximo caudillo tinerfeño, y si ella se perdió o si de otro modo su sometimiento fue más fácil para el invasor, se debió en gran parte a la falta de atención que pusieran a sus exhortaciones los demás menceyes, recordando quizás los ambiciosos planes de su padre que había pretendido subyugarles. Con Benchomo pasó a la historia en este señorío su hermano Tinguaro, valeroso guerrero, muerto en una batalla e intérprete de una hermosa leyenda que relatamos en otro lugar.

En tercer lugar tenemos el menceyato de Güimar, famoso porque en sus predios hiciera su aparición la Virgen de Candelaria, en época anterior a la Conquista. Es probable que esta aparición relacionada con algún contacto anterior con cristianos, en alguna arribada fortuita, influyera en el ánimo del mencey Acaymo, que se hizo cristiano o al menos simpatizó con éstos, por lo que era despreciado por los otros menceyes. Su hijo Añarterve siguió su trayectoria, colaborando con Diego de Herrera primero, y más tarde con Lugo, aunque parece que de poco le valió su actitud, pues algún historiador nos dice que murió pobre y olvidado, una vez sojuzgado.

En cuarto lugar citaremos el señorío de Abona, que heredó Atguaxana. A éste sucedió su hijo Atxoña, que fue uno de los que desconfiando de Benchomo hubo de rendirse sin condiciones a los conquistadores.

El quinto era el señorío de Adeje y su mencey Atbitocaspe, hijo del gran Tinerfe. Le sucedió su hijo Pelinor. Tenía este menceyato su sede en la que hoy es la capital de la isla, sin embargo, para la historia no correspondió a esta preeminencia y Pelinor se sometió sin pena ni gloria.

Ocupa Tegueste el sexto lugar, con su mencey Tegueste. Este mencey, ya en el ocaso de su vida, tuvo pacíficos contactos con Diego de Herrera, pero su hijo Tegueste II fue un fiel aliado de Benchomo contra el invasor y jugó un papel importante en la resistencia.

El séptimo es el señorío de Icod y su mencey fue Chincanayro, quien también tuvo en su día encuentros amistosos con Diego de Herrera. Pero su hijo Pelycar llevó más adelante esta actitud amistosa, capitulando sin lucha ante las huestes de Lugo. Más tarde este señorío se haría famoso por la feliz adaptación a su fértil terreno de las vides manchegas, conociéndose hoy esta región isleña con el nombre de Icod de los vinos, que la hicieran famosa en el mundo entero.

Era Daute el octavo menceyato, regido por Caconaymo y su descendiente Romén fue otro de los que tampoco escuchó a Benchomo, sometiéndose al invasor.

Por último tenemos en noveno lugar el señorío de Tacoronte, gobernado por el mencey Rumén, que también trató con Herrera. Sin embargo, su hijo Acaymo fue un valiente guerrero que solamente cuando se vio herido e imposibilitado para seguir luchando, se rindió.

Cita Viera y Clavijo como un señorío anexo al llamado Punta del Hidalgo, señoreado por Aguahuco, que se titulaba achimencey o mencey pobre, al cual achacan la calidad de hijo bastardo del gran Tinerfe. Cosa que nosotros no discutimos, cuando más que en la hermosa leyenda que aquel autor relata entre Zebensú, hijo de Aguahuco, y Benchomo, éste le llama primo.

No existe acuerdo en lo que se refiere al origen de achimencey Aguahuco, al que algunos suponen hijo bastardo del gran Tinerfe. De todos modos su existencia en tan peyorativas condiciones ha dado origen a la leyenda aludida, en la que se hacen resaltar la virtudes y la nobleza y prudencia de la raza guanche, personificada en Benchomo, quien por motivos relacionados con la conducta de Zebensú, se desplaza al señorío de Punta del Hidalgo y se entrevista con su primo para restablecer las buenas relaciones entre éste y sus vecinos.

Ésta es a groso modo la panorámica política del pueblo tinerfeño cuando su existencia comienza a ser conocida.

El origen geográfico de algunas poblaciones, en relación con estos menceyatos, es un poco confuso porque estos señores tenían por costumbre cambiar de habitación o vivienda, según la estación, y así en tiempo de verano se trasladaban a los lugares más altos y frescos y en el invierno a las costas y zonas menos frías.

Resaltamos aquí la diferencia lingüística entre los habitantes de Tenerife y los de otras islas, concretamente, los de Gran Canaria

Es característica la expresión que emplea el padre Abreu al decir que los tinerfeños “hablaban en el buche”, lo que quiere decir que su lenguaje era más gutural y en cierto modo más parecido a la lengua posterior de la familia bereber.

Por otra parte, también encontramos aquí una fragmentación, una atomización política del poder, que habría de redundar negativamente en el esfuerzo de la resistencia al conquistador, por el elemental principio de “divide y vencerás”.

Queremos reseñar igualmente las diferencias existentes entre la organización social del pueblo tinerfeño en relación con los demás isleños, en el sentido, de que debido probablemente a su propia fragmentación, su grado de desarrollo era en cierto modo inferior, desde todos los puntos de vista y este hecho es un principio general en el desarrollo de todos los pueblos.

Por último, también queremos aclarar que en relación con la existencia del gran Tinerfe, que según algunos dio origen al nombre de esta isla, tal aseveración no está comprobada y aún cuando se diera por cierto tal existencia y tal nombre, no quiere esto decir que dicho nombre no fuera tomado precisamente, como espejo y paralelo de grandeza, del mismo *Teide*, que podría ser designado, como ya hemos dicho, Tener-Ife, o sea, Montaña Blanca.

DIEGO DE HERRERA EN TENERIFE

Es inevitable resistir la tentación de comentar algunos episodios curiosos, cuando de la conquista de estas islas se trata, por la peculiaridad y forma un tanto convencional con que algunos conquistadores pretendieron llevar adelante sus designios.

Es un hecho notable el que la Epopeya de la Conquista canaria se haya desenvuelto históricamente de una manera que no deja de llamar la atención y ella es que tal conquista podemos suponerla dividida perfectamente, contundentemente, en dos etapas con actores, escenarios y límites perfectamente apreciables y caracterizados.

En primer lugar, o en un primer período, tendríamos la gesta que nos conduce a la conquista de las cuatro primeras islas que fueron Lanzarote, Fuerteventura, Gomera y Hierro. Al llegar aquí parece como si el tiempo se hubiera inmovilizado sobre el destino de los conquistadores, y a partir de este momento todos cuantos intentos se realizaron por dominar las tres islas restantes, fueron infructuosos.

Para salir de esta inercia, nuevos vientos tuvieron que sacudir las páginas de la historia y nuevos intérpretes hubieron de tomar su papel en el nuevo escenario que les aguardara. Así, las viejas y gloriosas figuras quedarían relegadas a un segundón y oscuro papel, con el cual no se habrían de resignar tan fácilmente, por cuya razón en muchos casos se vieron impulsados a realizar actos peregrinos, como el que vamos a relatar, en su afán de alcanzar aquella gloria que se les iba de las manos,

quizás sin comprender que su misión histórica ya había sido cumplida.

Uno de estos fue Diego de Herrera, a quien encontramos repetidas veces en diferentes temas de la presente obra. Así como Juan de Betencour bautizó a la isla de Canaria con el calificativo de Gran, por la fiereza de sus moradores y hubo de retirarse a sus lares nativos de la bella Francia, sin haber conseguido doblegar el espíritu de las tres islas más importantes, así Diego de Herrera vio extinguirse su vida sin haber conseguido su objetivo final: El completo sometimiento de las siete islas.

Ya con anterioridad, vemos cómo Diego de Herrera, en el año 1463 o 64, desembarcando en La Isleta, de la isla de Gran Canaria, entre un "llego" y un "ya me voy", levantó acta de posesión de la isla, sin los canarios tener arte ni parte en tal negocio.

Pero como todo iba en papel sellado, el asunto era válido y dos o tres años más tarde pensó que podía hacer lo mismo con aquella otra isla grandiosa e imponente solamente sometida a la soberanía del *Teide*.

Como lo pensó, así lo hizo. Hizose acompañar de su flamante yerno Diego de Silva, esforzado caballero portugués que había casado poco antes con su hija María. Hechos a la mar llegaron con sus navíos a las costas de Anaga, por un punto que algunos pretenden hacer coincidir con la ubicación actual de la capital tinerfeña.

Nada pudo percibir al desembarcar su gente, sino la tranquilidad más absoluta. Pero hete aquí que al poco tiempo comenzaron a surgir en lontananza, sobre los cerros y sobre los riscos multitud de naturales que poco a poco fueron creciendo en número hasta llegar a superar con mucho su propia compañía.

La situación era difícil, pero era Diego de Herrera hombre arrojado y de grandes empresas. Así que pronto concertó con los nativos una amigable conversación en la que les expuso que el objeto de su venida era buscar la paz y tratar con los meneces para concertar largos y provechosos acuerdos en mutuo beneficio.

A todo esto, en muy pocos días, se había corrido por la isla

su llegada y algunos menceyes habían acudido, comandados por Imovach, a la zona de peligro a ver como se desarrollaban los sucesos, acampando en el primitivo poblado sobre el que más tarde se fundaría La Laguna.

Pasóles aviso Diego de Herrera y acordaron aquéllos en recibirles y para allá se encaminó el castellano con casi todas sus huestes, llegando al poblado entre la algazara de los suyos y tras un recorrido triunfal.

Una vez reunidos, Diego de Herrera repitió el ceremonial de la isleta pero esta vez con mucha mayor pompa y solemnidad, repartiendo generosos abrazos entre todos los presentes y tomando posesión en nombre de su majestad Enrique IV de la isla, ofreciéndoles a los nativos toda suerte de venturas y generales beneficios que les había de acarrear tal sumisión.

Los menceyes que no comprendieron nada de lo que ante sus ojos se desarrollaba, sólo coligieron la existencia de otro rey o de otros reyes que habitaban lejos de allí, existencia que por otra parte, al carecer de presencia real, les traía sin cuidado y sólo a impulsos de la admiración que les producía el atuendo y el utillaje de los forasteros, accedían a tales actos de contemporización, siempre que vinieran, como es lógico, en son de paz.

Sin embargo, tenemos que reconocer que esta reunión tuvo una gran influencia para el futuro de la isla y ya hemos visto cómo llegado el día de la verdad, en algunos de aquellos menceyes persistía aún el abrazo y la sonrisa de Diego de Herrera con imborrable promesa de fidelidad, respeto y garantía y, como oculta esperanza de un mundo desconocido y mejor.

A partir de este momento, Diego de Herrera tratará de desarrollar en esta isla la misma política ensayada en Gran Canaria, y de la misma manera establecerá pactos, que después no respetará, con diversos menceyes, solicitará autorización para erigir torres de disimulado arte militar e incluso llegará al rapto de la imagen de la Virgen de Candelaria, acto este, completamente reprobable y objeto de otro tema en este libro.

Como hemos dicho, Herrera no vio cumplidos sus deseos y falleció muchos años más tarde sin haber hecho avanzar un ápice su autoridad de los límites que había heredado en su señorío.

LEYENDA DE TINGUARO

Es Tinguaro uno de los personajes más atrayentes de la gesta guanche en la isla de Tenerife, en su resistencia contra los conquistadores españoles.

Era este noble y valiente guerrero hermano de Benchomo, mencey de Taoro, quien como dijimos dirigió la coalición de los menceyes patriotas contra los ejércitos de Fernández de Lugo.

Tenía Tinguaro fama reputada de valiente y aunque en los combates se empleaba con grande temeridad y arrojo, era de sentimientos nobles y prudentes y no gustaba de derramar sangre inútilmente.

Fue el brazo derecho de su hermano Benchomo y puede decirse que este último confiaba plenamente a Tinguaro aquellas acciones bélicas más arriesgadas y de mayor responsabilidad, hasta el punto que la batalla más importante que se diera en estas islas, fue dirigida por Tinguaro y podemos añadir que cuando murió en una batalla contra el invasor, la fortaleza de Benchomo sufrió fuerte deterioro y mal comprendido por los otros menceyes y debilitado por las sucesivas escaramuzas, llegó al fin a la rendición de Taoro.

De todas las acciones en las que tomó parte Tinguaro, destaca la batalla de Centejo, en la que las huestes de Benchomo infligieron graves pérdidas a los castellanos, llegando incluso a malherir al mismo Fernández de Lugo, que hubo de ser socorrido y retirado por sus hombres del campo de batalla.

Esta batalla llevóse a efecto en la segunda entrada de Fernández de Lugo en Tenerife.

Benchomo encargó a su hermano Tinguaro que rechazara a los invasores.

La pelea fue dura pero era Tinguaro un gran conocedor del terreno y la falta de armas, estaba compensada con este conocimiento y la ventaja de las posiciones que ocupaban sus hombres desparramados por las cumbres.

Perdieron los españoles en esta batalla casi 600 hombres entre muertos y heridos y como hemos dicho más arriba el propio Lugo fue herido de una pedrada en la cara y hubo de ser auxiliado por el soldado Pedro Benítez apellidado El Tuerto y retirado de la lucha.

Dispersados los cristianos, Tinguaro, que como hemos dicho era de generosos sentimientos, no intentó perseguirlos ni aumentar en ellos la matanza, permitiéndoles que retiraran sus muertos y heridos, sentándose a descansar sobre una gran piedra.

Cuando llegó Benchomo, su hermano, avezado y valiente guerrero, le reprochó su conducta por no haber perseguido y terminado de destruir a los invasores.

Aquí es donde la Historia coloca en labios de Tinguaro aquella sublime respuesta: "He cumplido con mi misión, que era vencer, la matanza háganla los carniceros"

Ya sabemos que la profesión de carnicero era tenida como infamante y esto nos permite comprender mejor el sentido de las palabras de Tinguaro.

Prosiguió este caudillo su valerosa trayectoria hasta que en un combate nuevamente sostenido contra las fuerzas de Fernández de Lugo, en su tercera entrada, auxiliado por el capitán Bartolomé Estupinán, enviado con tres navíos de gente armada, por el Duque de Medina Sidonia, halló la muerte, pasando a la historia como uno de los más valerosos guerreros guanches.

Cuenta la leyenda que este guerrero estaba enamorado de una joven muy hermosa en la cual había puesto igualmente sus ojos su hermano Benchomo, pero llevado de su amor fraternal y por su natural y bondadoso carácter, había renunciado voluntariamente a aquellos amores, de los que su hermano nunca había llegado a enterarse.

Pero después de su muerte la joven rehusó las proposiciones de Benchomo pues, también ella, secretamente, amaba a Tinguaro. A partir de esta situación la tradición se torna confusa, y unos agregan que la joven se suicidó, despeñándose desde un alto risco, suicidio que otros intentan motivar por la prisión de Benchomo y su ulterior envío a la corte española.

Otros difieren de esta versión sosteniendo que la joven aceptó posteriormente el amor de uno de los expedicionarios de Lugo, que se estableció definitivamente y con repartimiento en esta isla.

Naturalmente, cualquiera que hubiera sido el desenlace de esta hermosa leyenda, nada mejor que la pluma de un consumado escritor, podrá dar para la posteridad, la versión más adecuada del suceso.

UN MILAGRO DE LA VIRGEN DE CANDELARIA

Aunque de una manera deliberada, hemos evitado tratar sobre temas religiosos relacionados con las tradiciones canarias y posteriores a la conquista, por la sencilla razón de no considerarnos capacitados ni autorizados para tratar sobre el tema, al modo que otras plumas mejor preparadas pudieran estarlo, traemos aquí esta tradición por la curiosidad y originalidad que encierra y porque, al tratarse de algo relacionado con la Virgen de Candelaria, estamos sin duda refiriéndonos a algo genuinamente guanche, por cuanto que la aparición data de bastantes años con anterioridad a la Conquista.

Corría el año de gracia de 1464, y el conquistador Diego de Herrera, señor de Lanzarote, regía los destinos de las cuatro islas dominadas por la Corona.

En 1390 hizo su aparición en Güimar, ante dos temerosos pastorcillos, Nuestra Señora de Candelaria, cuyo culto quedó consagrado en la isla, antes del advenimiento de los primeros conquistadores.

Mucho influyó posteriormente a la difusión de este culto un Guanche Antón, a quien encontramos, a la sazón, convertido en personaje medio fabuloso que se llamó Antón Guanche o El santero o curador de la imagen.

El guanche Antón había sido hecho cautivo en una de las incursiones de Diego de Herrera y llevado a Lanzarote, siendo todavía un joven de corta edad. Convirtiéndose al cristianismo y

fue educado según algunos autores en la misma casa o por parientes o allegados del mismo Don Diego y años más tarde, no sabemos si con previa autorización de sus amos, o porque consiguiera evadirse en alguno de los barcos que tocó Tenerife, regresó a la isla y su conocimiento del idioma y de las adelantadas costumbres españolas le sirvió para rodearse de una innegable aureola de sabiduría y respeto y como además era buen cristiano, contribuyó en gran manera a la difusión de la fe cristiana, siendo además encargado de la custodia del santuario donde se veneraba la imagen de la Virgen.

La situación cronológica del episodio de este milagro la colocan los historiadores por los alrededores de 1480. Diego de Herrera, según unos, o su menor y travieso hijo Sancho, según otros, acompañados por un grupo de gente armada y decidida, desembarcaron en Güümar y furtivamente se apropiaron de la imagen de Nuestra Señora y se la llevaron para Lanzarote.

Seguramente, la cosa hubiera quedado así, pues es difícil suponer que los canarios, que no eran grandes navegantes, hubieran osado desembarcar en Lanzarote para recuperarla. Por cuya razón la Señora de Güümar y Patrona de toda la isla, hubo de tomar por propia iniciativa las medidas adecuadas al caso, para regresar a sus lares.

Cuenta la tradición que pasado el regocijo natural de su recibimiento en Lanzarote, se comenzó a observar un detalle curioso: Todos los días al amanecer la Virgen aparecía vuelta de espaldas y mirando contra la pared. Al principio todos creyeron que se trataba de alguna broma de mal gusto o de algún acto de protesta por parte de cualquiera de los muchos siervos guanches que vivían en Lanzarote.

Mandó Diego de Herrera establecer la consiguiente vigilancia y nada pudo descubrirse que condujera a la explicación de tan insólito caso. Se corrió la voz, y todos comenzaron a temer. Hasta que por fin por consejo del obispo y por propia decisión y la de sus parientes, Diego de Herrera dispuso el regreso de Nuestra Señora a Tenerife.

Pero aquí viene la segunda parte maravillosa de este milagro. Cuando Diego de Herrera llegó a las playas de Güümar, y comunicó al mencey que le llevaba de nuevo la imagen, éste quedó

completamente sorprendido e incrédulo, pues en ningún momento la Virgen había faltado de su gruta.

Como insistiera Diego de Herrera y el mencey siguiera sin darle crédito, aquel subió a su barco, y desde cubierta les mostró la imagen. Inmediatamente el mencey y los suyos corrieron hacia la gruta y entonces vieron que, en efecto, estaba vacía, por lo que regresaron a la playa con gran algarabía y dando grandes alaridos, rogando al castellano que les devolviera la Santa Imagen. Éste así lo hizo de buen grado y fue trasladada con toda pompa y regocijo nuevamente a su cueva habitual.

Los guanches, en señal de agradecimiento, colmaron de regalos a Diego de Herrera y le dieron mucho ganado, por lo que sospechamos que el conquistador no pudo salir con mejor fortuna de empresa tan descabellada.

No sabemos que un hecho semejante se haya repetido ni antes ni después a través de la historia canaria aunque en un conquistador tan pertinaz como Diego de Herrera, no hubiera sido nada de extrañar.

Es este episodio un fiel reflejo de la tan conocida frase popular de "tener el santo de espaldas", que se suele aplicar en aquellos casos en que las cosas no nos salen bien y nuestros ruegos no son escuchados. Naturalmente no queremos decir que este milagro sea el origen de tal expresión, pero sí nos complace anotar aquí tal coincidencia.

Hay quienes en este milagro han querido entrever una cierta predestinación negativa en la obra conquistadora de Diego de Herrera, pues una vez reintegrada la imagen, éste conquistador no pudo continuar su obra, teniendo que limitarse a vegetar en su señorío.

LA FOLIA

Al tocar este tema es absolutamente necesario aclarar al lector que en relación con el folklore canario genuino, esto es, del pueblo guanche como agrupación autóctona anterior a la Conquista, nos han llegado muy pocos testimonios que permitan hacernos una idea clara y completa sobre la cuestión.

Influye notablemente en esta dificultad así mismo, el hecho de la misma dispersión y relativa heterogeneidad de la población guanche, la cual al variar sensiblemente sus usos y costumbres, acusaría una cierta diferencia entre sus distintos métodos de expresión de cualquiera índole.

Por otra parte, los historiadores no pudieron evitar una interpretación subjetiva y emocional de lo que veían y en este sentido fue como interpretaron el folklore canario.

En estos pueblos primitivos encontramos a través de la Historia que las primeras manifestaciones artísticas están representadas por la danza y el canto, existiendo entre ambas manifestaciones una virtual intimidad y dependencia que sólo muchos años después habría de transformarse en verdadero variante.

La música era poco conocida entre los guanches, que no disponían de variedad de instrumentos musicales, limitándose a algún que otro método de percusión, y también a rudimentarios instrumentos de viento, como fueron en su día los caracoles marinos y los caramillos o flautas silvestres.

Quiero anotar aquí una curiosa peculiaridad relacionada con el silbido.

Pensamos en un principio hacer de esta materia un tema, para informar de modo más completo al lector. Pero teniendo en cuenta que el silbido, en cuanto a sonido y modulación, no puede ser recogido de forma tal fiel por una descripción literaria, como lo sería por una demostración viva o magnetofónica, me limitaré aquí a reseñar su origen y sus posibilidades como existencia de un lenguaje silbado con que algunos han bautizado esta modalidad de expresión, atribuyéndola a los habitantes de la isla de La Gomera.

Por las investigaciones llevadas a cabo personalmente y recogiendo el testimonio de personas de edad avanzada, conocedoras de este llamado lenguaje silbado, hemos llegado a la conclusión de que, naturalmente, no se trata de ningún lenguaje, sino simplemente de un conjunto de sonidos emitidos mediante el silbido, que podían ser interpretados según los casos, con arreglo a una clave previamente establecida.

También pudimos constatar que esta expresión no fue sólo empleada en La Gomera, sino también en otras islas, como La Palma y especialmente, Tenerife.

Hay que tener en cuenta que el silbido es muy usado en general por los pastores y muy especialmente en aquellas zonas montañosas, que por sus muchas oquedades, se prestan para transmitir este sonido mediante el eco o especiales condiciones acústicas topográficas y las corrientes de aire.

Algo parecido lo tenemos en Europa en la región del Tirol, por ejemplo, en la que el falsete gutural, tiene el mismo valor y las mismas características de relación, que el silbido, en el caso que tratamos.

No ha quedado, pues, testimonio de que el silbido en estas islas haya sido concretamente una expresión musical, empleándose para otro tipo de comunicaciones.

Entre los bailes o danzas y cantos canarios, recordamos aquí la belleza y notoriedad de danzas como la folía, la danza de luna nueva, la llamada de primavera que se celebraba ritualmente antes de comenzar la siembra, la danza del viento y otras.

También existían otras más íntimamente relacionadas con el culto religioso en cada isla.

En cuanto a los cantos, éstos presentaban también sus dife-

rencias llamando principalmente la atención de los conquistadores, aquellos conocidos con el nombre de “endechas” cantos un poco melancólicos y tristes que se relataban con un ritmo algo salmodiado y monofónico, por lo que resultaban un tanto monótonas. Aunque no tenemos testimonios directos en el acervo canario sobre estas particularidades, se han recogido los testimonios de otras islas próximas a Las Canarias, entre ellas, concretamente, la de Madeira, que nos presenta pruebas curiosas y originales de su música autóctona.

Por la difusión universal que ha tenido trataremos aquí de la folía y su posible origen.

Tenemos referencias de que las danzas de los guanches eran acompañadas por cantos, en la mayoría de las veces y tan arraigada se hallaba entre ellos esta costumbre, que el hecho de bailar o cantar simplemente o de cantar sin acompañarse de la danza, era muy poco frecuente, salvo en aquellos cantos o exclamaciones musicales con que acompañaban el cuidado de los hijos, de las cuales según los entendidos se derivaría el moderno “A-ro-ro” y algunas ceremonias religiosas.

El nombre de folía es de origen francés. No olvidemos que los primeros viajeros que arribaron a estas islas con la determinación de conquistarlas, eran franceses o capitaneados por franceses.

La folía era una danza acompañada de canto en la que los participantes, dispuestos en dos hileras, unos frente a otros, cada hombre frente a una mujer, pero dispuestos alternativamente, comenzaban a cantar y a bailar, apoderándose de ellos poco a poco el frenesí de la danza que les impulsaba a dar grandes saltos y hacer mil cabriolas, entre grandes gritos, pero siempre acompasadamente. Este espectáculo, para un extraño, tenía la impronta de lo extravagante y frenético, y aquellos primeros espectadores lo calificaron así, de locura, de folía, que tal es el vocablo francés que esto quiere expresar.

Como todos ellos, franceses y castellanos, estaban al servicio del Rey de España, al regresar a ésta narraban sus fantásticas experiencias por las islas Afortunadas, y entre ellas estaría, sin duda, este baile de locura, que se castellanizó con el nombre de folía.

Esto ocurriría allá por los finales del siglo XIV e iría calando en el ánimo popular por lenta difusión durante todo el siglo XV, hasta que por fin los más renombrados músicos de la época, en el arte de la cuerda, los maestros de la vihuela, tales como Milán, Guerrero y Valderrábano y aún el mejor músico de todos ellos que fue Cabezón, el inventor de las “diferencias” o “variantes”, conceden un lugar preeminente a la instrumentación de la folía, contribuyendo con el aporte de sus compases rítmicos, pero apresurados, a la incorporación al acervo musical español de esta mundialmente conocida composición canaria. Naturalmente, esta folía nacionalizada no puede representar en absoluto lo que era la folía canaria, que, repetimos, era principalmente una danza. De la misma manera que aún hoy en su lugar de origen, es cantada con reminiscencias hispánicas, pero siguiendo una innegable trayectoria tradicional emparentada con aquellas endechas ya citadas.

A la misma altura de la fama de la folía, raya la de la Isa, expresión folklórica igualmente notable, aunque sensiblemente distinta de la primera. Otras composiciones como la malagueña, la seguidilla, las saltonas, etc., serán versiones de una adaptación y una aclimatación de la música hispana llegada a suelo canario, pero la folía corrió la suerte de esas materias primas de los pueblos subdesarrollados que las exportan a otros países altamente industrializados para luego recibir el producto final, como algo nuevo y acabado, muy distinto, como es natural, de como era en su origen.

Un antecedente muy elocuente de esta peculiar interpretación melódica de la folía, que imprimiéndole tanto carácter, resulta tan difícil de imitar, la encontramos especialmente en una variedad de la jota manchega en la provincia de Ciudad Real, variedad en la que el intérprete melódico le imprime un sello personal, emocional e inconfundible, del mismo modo que el cantor canario hace con la folía o con la isa.

LA ISLA DE LANZAROTE

Dentro de las incógnitas históricas que cada isla canaria nos presenta, relacionadas con cualquiera de los aspectos que popular o eruditamente pudiéramos considerar como más interesantes, la isla de Lanzarote, la primera y mejor conocida de todas, nos reserva, sin embargo, la incógnita de su propio nombre.

Mucho han discurrido sobre el particular los entendidos en la materia y cada historiador aporta su grano de arena y así se va acumulando esa pequeña playa que posteriormente es la Historia confusa y desdibujada que nos llega hasta nuestros días.

Atribuyen unos el nombre de esta isla al de un italiano llamado Lancelotto, que a primeros del siglo XVI la ocupó y le dio su nombre.

Los historiadores griegos y latinos tuvieron para ella denominaciones que nada tienen que ver con el nombre actual.

Otros atribuyen este nombre al de un caballero francés llamado o apellidado Lancelot, que acompañaba a Juan de Bethencourt.

Nosotros creemos que esta última teoría es la que más se aproxima a la realidad, y decimos "se aproxima", porque no creemos que Juan de Bethencourt bautizara una isla con el nombre de un amigo, por muy amigo que este fuera y máxime teniendo en cuenta que no suele ser ésta la costumbre de aquella época, en la que los conquistadores o bien conservaban los nombres indígenas, más o menos modificados, o les ponían el

de un Santo, el de un Rey, festividad o cuyuntura o accidente geográfico.

A nuestro modo de ver, la isla tenía que ser conocida en las cartas geográficas de la época y constar en ellas con algún nombre, probablemente de origen latino, nombre que tenía que ser conocido de Bethencourt, y que como hemos dicho era el de Capraria.

Éste, una vez dominada la isla, siguió rumbo al Sur y dejó en ella a un caballero de su confianza, que sería Lancelot.

Se sigue de aquí que cuando Bethencourt u otro cualquiera de los que le acompañaron al Sur, necesitaban de algún repuesto o socorro, enviaban a buscarlo " a donde Lancelot", a la manera que empleamos en nuestros días para referirnos a un lugar relativamente frecuentado o al cual nos dirigimos necesariamente, y usamos una denominación toponímica relacionada con el nombre o cosa que visitamos.

Lo demás es fácil de imaginar. Lancelot, como tal nombre francés, lleva consigo la pronunciación fuerte de la "t" final, al estilo de nuestro catalán de hoy y ello dio origen en primer término a la deformación por un fenómeno gramatical que conocemos con el nombre de paragoje, o agregación final a la palabra Lancelote, al pasar al castellano.

Más tarde esta palabra habría de sufrir otra modificación fundamental muy típica de la pronunciación andaluza. Hemos de tener en cuenta que por razones geográficas, los mayores contingentes de expedicionarios a estas islas los proporcionaban las tierras de Andalucía. En esta tierra es frecuente en la pronunciación popular, el cambio de la "l" por la "r" y así tenemos que de alma hace arma, de espalda hacen espardea, etc. y de Lancelote hicieron Lancerote que posteriormente por tipismo de la "z" de los mismos andaluces, corrompiendo un poco la sílaba, quedó definitivamente Lanzarote, como palabra castellanizada de la primitiva francesa.

No tenemos información sobre cómo denominaron la isla Martín Ruiz de Avendaño y sus compañeros, cuando en el año 1377 llegaron a ella, en arribada forzada a causa de un temporal.

Sin embargo, la Historia iba a tomar un rumbo bien distin-

to a través de esta casual arribada, pues Avendaño durante el tiempo que estuvieron en la isla se enamoró de Fayna, esposa del Rey Zonzamas, de cuyos amores nació la Princesa Icó, objeto de otro relato.

Esta princesa fue madre del rey Guadarfia, que gobernaba la isla cuando llegó en 1402, Juan de Bethancourt. Tiene significativa importancia esta ascendencia de Guadarfia por cuanto que este rey no hizo oposición violenta a Bethancourt y por otra parte permitió a los expedicionarios percibir ciertas reminiscencias de cristianismo entre los naturales, lo que, sin duda, fue resultado de lo que la princesa Icó, pudo conservar de su madre Fayna.

Resumiremos este trabajo relacionando cronológicamente los desembarcos conservados por la tradición histórica.

Prescindiendo de los contactos primitivos con navegantes griegos, cartagineses, latinos, etc., la Historia nos dice que en el año 1312, el genovés Lancelotto Malocelli, arribó y dio nombre a la isla.

Más tarde, en 1377, se reseña la llegada de Martín Ruiz de Avendaño, a quien como ya hemos dicho, se imputó la paternidad de la princesa Icó.

Por último anotamos la llegada en 1402, reinando en la isla el rey Guadarfia, hijo de la princesa Icó, del caballero francés Juan de Bethencourt, quien había de proseguir la conquista de las cuatro primeras islas. Desembarcó en el puerto de Rubicón, que ya era conocido, y con la ayuda de los nativos construyó una especie de torre o casa-fuerte, que se conservó muchísimos años. A su llegada fue bien acogido, por lo que en esta isla no hubo lucha inicial.

Posteriormente y con motivo de embarcarse con otros de sus capitanes hacia la isla de Fuerteventura, que se hallaba próxima, dejaría al caballero Lancelot al frente del gobierno de la isla.

LA PRINCESA ICÓ

El Guanarteme Zonzamas acababa de morir.

Todavía resonaban dentro de la casa real los sollozos de su esposa Fayna y de sus hijos y parientes, cuando ya los nobles lanzaroteños discutían sobre la sucesión.

Celebróse el entierro con gran pompa. Después de preparar el cadáver escrupulosamente, para lo cual los hombres encargados de ello habían procedido a eviscerar al difunto, lavándole después, ungiéndole con hierbas y substancias aromáticas, conservadoras, envolviéndole materialmente con largas tiras de cuero remojado, dispusieron el fúnebre cortejo.

Abría la marcha el gran Faycán acompañado por los más notables de la tribu y por algún familiar varón del finado, puesto que éste, no había dejado hijos varones en su sucesión. Otro guerrero portaba en sus manos el casquete o corona del rey, adornado con pieles y con conchas marinas. Otro llevaba el Tezzese (garrote de acebuche), que usaba en vida el difunto. Sobre unas toscas parihuelas, cuatro hombres con desacompasado paso portaban el cadáver. Un poco más atrás, mohínos y en silencio, los integrantes del lloroso duelo.

Dirigiéndose todos hacia una cueva no muy lejana, previamente designada para sepultura del rey. Aquella misma mañana había sido barrida con ramos de palma y en el suelo se había dispuesto todo lo necesario para la ceremonia. El cadáver fue depositado sobre una blanca laja de piedra y sobre él acumularon finas pieles curtidas. A un lado el tezzese y la corona o

bonete. Al otro lado en un cuenco o gánigo de barro una ración de leche y otra de manteca, viático fugaz y simbólico para el viaje postrero.

A la boca de la cueva se quemaron ramas y hierbas olorosas y un poco más tarde se tapiaba la entrada con pesadas piedras que ponían un rústico epílogo a la pacífica vida del rey Zonzamas.

Como no tenía hijos varones, heredaba el menceyato su hija Icó, puesto que las viudas no podían gobernar, según la costumbre.

Los canarios eran poco inclinados a dejarse gobernar por mujeres (véase la historia de Atidamana) y se oponían a que Icó llegara al gobierno alegando que esta princesa no era hija de Zonzamas, sino de un capitán español llamado Martín Ruiz de Avendaño, que veinte años atrás había llegado a la isla en un arribaje forzoso de su nave, marchándose una vez reparada ésta, mas no sin antes haber tenido amores con Fayna, a la sazón joven esposa de Zonzamas.

Era la princesa mujer muy bella y ciertamente distinta de sus hermanas de raza. Su piel blanquísima contrastada con su larga y finísima cabellera, evocando un plenilunio en tibia y hermosa noche tropical. Aunque permanecía soltera, estaba prometida a un joven notable, valeroso guerrero, llamado Guanarame, con quien habría de tener más adelante un hijo famoso que llamó Guadarfia, del cual hablamos en otro tema.

Dividiéronse los bandos en favor y en contra de la princesa, acordando por fin los Guayres y notables, reunidos en Sabor, someter a la princesa a la prueba del humo. Consistía esta prueba en encerrar a la persona en una cueva que luego se cerraba lo mejor posible, echando humo dentro por medio de algún artificio. Una vez el recinto lleno de humo se dejaba permanecer la persona por cierto tiempo. Si sobrevivía a la prueba era inocente. Si moría era culpable. Sostenían los adversarios de la princesa que si ésta era de raza pura sobreviviría y si no, moriría.

Mas quiso la suerte que una vieja aya de Icó, medio emparentada con el demonio y sus mágicas artes, le dio la solución para vencer la prueba, para lo cual bastaría que durante el tiem-

po que la princesa permaneciera encerrada, sostuvo en la boca una esponja marina empapada en agua.

Llegado el día de la prueba, la princesa fue encerrada en la cueva con dos sirvientas, que harían de testigos.

Cerraron la cueva. Echaron el humo, que obtuvieron de un montón de ramas verdes, que aventaron con cueros curtidos a través de un pequeño boquete que luego taparían bien. Previamente, habían quemado también ramas y maderas dentro de la propia cueva.

El resultado no pudo ser más sorprendente. Las dos indígenas murieron y la presunta culpable se salvó.

Entonces, como en el cuento, la princesa Icó fue declarada reina, y se casó con su valiente Guanarame.

Nos imaginamos la ansiedad de este último y la expectación con que el pueblo aguardaría el resultado de la prueba.

Cuando llegó el momento de abrirla de nuevo, Guanarame fue uno de los primeros en lanzarse a su interior, donde, junto con otros Guayres, con lo primero que tropezaron, fue con los cadáveres de las dos sirvientas. La princesa Icó yacía desmayada, pero viva, en un rincón, con su esponja entre los labios. Una vez que fue retirada de aquel infernal lugar, en brazos de su amado, surgiría su blanca imagen de entre la humareda gris y sofocante, como si de una aparición celestial se tratara y aquellas lágrimas que surcarían su bello rostro podrían ser la más vehemente manifestación de la angustia sufrida y del efecto que sobre sus hermosos ojos hubiera causado la irritación producida por el humo, por lo que no puede extrañarnos que el valiente Guanarame cayera rendido a sus pies ante la serena y majestuosa expresión de su brillante mirada.

Cuenta la tradición que Icó gobernó con mucha dulzura a sus súbditos y se deja entrever que hasta su corazón habían penetrado aquellos vagos sentimientos de una creencia superior que un día anidaran en el pecho de su progenitora la bella Fayna, indudablemente seducida por las artes y por las razones del aventurero capitán.

EL GIGANTE MAHA, VESTIGIO DE LA ATLANTIDA

Mucho se ha especulado en torno al origen atlántico de las islas canarias, recogiendo una bella tradición la leyenda de que las mismas formaron en otro tiempo parte del legendario sexto continente que se llamó La Atlántida, que en el presente libro es materia de un tema así denominado.

Es de todos conocida esta leyenda y quien más y quien menos es igualmente conocedor de fantásticas hipótesis y peregrinas teorías que intentan confirmarlas, hilvanando supuestos y tejiendo coincidencias más o menos apuradas, con las que ir pergeñando lenta, pero firmemente tan sabrosa historia.

Pero de lo que muy pocos son conocedores, es de que en nuestras islas y concretamente, en la isla de Lanzarote, conservó la tradición la tumba de un Atlante, o mejor dicho de un descendiente de estos gigantes, que una vez subyugados por el poder de Zeus fueron condenados, los escasos supervivientes de la castástrofe del hundimiento, a habitar las casi desérticas zonas del noroeste africano, relatándonos la tradición, que menguados en su poder y sufriendo toda serie de privaciones, su arrogante raza fue degenerando y reduciéndose hasta quedar convertida en raza de vulgares gigantes, que también terminó por desaparecer.

Algún grupo de esa degenerada especie, o restos de la misma, consiguió en un último intento de evasión y regreso, a sus ancestrales lares, llegar a estas islas, en donde vieron extinguirse los últimos días de su ciclópea existencia.

Dedicáronse los atlantes a corretear por estas islas. Uno de sus entretenimientos favoritos era construir volcanes y profundos valles. Para ello apilaban la tierra en masas ingentes y luego, valiéndose de sus largos dedos, hacían el cráter y después soplando por debajo con su cálido aliento impartían a las entrañas de la montaña aquel fuego abrasador, que en torrentes de lava, se desparramaría después por sus laderas, con la esperanza de mitigar su ardor en la presentida y próxima frescura del mar.

Así surgió el Teíde. Así surgieron cientos de volcanes, disseminados por todas las islas.

Y así también producto del hábil jugueteo de sus dedos gigantes, surgieron cuevas y barrancos por doquier.

Cuenta la tradición que tan enamorados estaban de su propia obra que decidieron permanecer eternamente al pie de la misma, contemplándola desde sus pedestales de piedra, convirtiéndose para la eternidad en riscos y roques, algunos muy famosos hoy en día y también en piedras sagradas a las que los guanches rendían culto, por creer que ellas encarnaban la naturaleza o alguna perfección de sus dioses.

Como efecto de esta actividad ingente e infatigable, surge la simpática leyenda o tradición que trata de explicarnos la singularidad de la conformación topográfica de la isla de Fuerteventura, que los latinos denominaron Planaria, por la lisura de su superficie en rotundo contraste con el aspecto que presentan sus hermanas.

Pues bien, la leyenda nos dice que los Atlantes después que realizaban sus obras, cuando al caer el día por el despeñadero del horizonte occidental se solían agrupar para relatar sus mutuas incidencias, sentábanse con sus cuerpos enormes y cansados, sobre la isla de Fuerteventura, jugueteando con sus pies desnudos en las aguas refrescadas por el atardecer. No nos puede caber la menor duda de que a consecuencia de esta costumbre de sentarse sobre ella, la isla haya quedado tan plana y llana como la palma de la mano.

Por fin, lo que es motivo de la presente historia, el documento verídico para la misma, que lo constituye la tumba hallada en los términos de la montaña de Cardones, en la isla de

Lanzarote, en la que se encontró un esqueleto de nada menos que de veintiún pies, medida que a todas luces nos induce a tener que admitir que dicho esqueleto tenía que soportar el peso del cuerpo, si no de un primitivo Atlante, sí por lo menos de uno de sus más caracterizados y pesados descendientes.

REBELION DE GUADARFIA

Es fácil comprender que por muy pacíficamente que una invasión se lleve a cabo, nunca han de faltar motivos para roces o fricciones entre nativos y extraños que den origen a situaciones bélicas como la que vamos a relatar.

Cuando Juan de Bethencourt llegó a la isla de Lanzarote, en 1402 aproximadamente, fue bien recibido, como ya relatábamos en otro tema y estableció un gobierno patriarcal, respetando la jerarquía del rey Guadarfia, hijo de la reina Icó, a quien ya conocemos. Las cosas parecían marchar sin mayores dificultades, pues el nativo era alegre, sencilllo, noble, leal y los invasores tenían ante sí la ingente tarea de la recién iniciada Conquista y no se esforzaban mucho en afincarse sobre el suelo lanzaroteño.

Pero como quiera que las exigencias de gobierno llevaron a Juan de Bethencourt a otras expediciones fuera de la isla, aún teniendo que viajar a la Península para procurarse navíos y personal para proseguir su obra, dejó a su primo Guillermo de Bethencourt como gobernador de la isla cosa que, como veremos dio malos resultados.

Eran los franceses no sólo aficionados al buen vino, sino también a las bellas mujeres. Aquel confinamiento isleño tenía que redundar en perjuicio de tan especiales inclinaciones. En cuanto al vino no había mayores dificultades, pues algún que otro navío se encargaba de suministrarles lo necesario. Además, en clima tan venturoso y en suelo tan fértil las viñas prosperaron rápidamente con gran alegría de los descendientes de Noé.

Pero con las mujeres no pasaba lo mismo. Eran muy contadas las que arribaban en las escasas carabelas y no quedaba más remedio que intentar el dominio y provecho de las nativas, cosa que, lógicamente, no era muy del agrado de los naturales.

Fuera porque Guillermo de Bethencourt lo creyó todo fácil, o fuera porque la ausencia de su jefe y pariente Juan, le dio oportunidad para exhibir sus innegables dotes de mando, el caso fue que los abusos se sucedieron, colmando la paciencia de los nativos de la isla, que no cesaban de quejarse a su rey Guadarfia.

Éste trató por todos los medios de aquietar a sus súbditos, pero un hecho incalificable vino a demostrarle que todos los intentos serían vanos. Habiéndose dirigido el rey de una manera prudente y comedida al gobernador Guillermo de Bethencourt, exponiéndole con suavidad, pero con entereza, las quejas de sus hombres, el gobernador, no sabemos si impulsado por su soberbia o por el vino, le trató con dureza, llegando incluso, según algunos a mandar azotarle, cosa que pudo ser evitada por la intervención de alguno de los presentes que no consideraban la medida muy política ni apropiada y menos aún con las relaciones que había entonces con los nativos.

Otros agregan estas motivaciones al hecho de haberse encaprichado el veleidoso gobernador de una hermosa lanzaroteña llamada Tibuna, de la cual se hallaba enamorado uno de los lugartenientes de Guadarfia, joven y animoso luchador, llamado Achagua. Como quiera que Guillermo de Bethencourt no reparara en medios para conseguir los favores de la bella, parece que intentó raptarla, encargando para ello a dos soldados de su confianza, pero algunos servidores nativos se enteraron de la conspiración avisando a la interesada que, por el momento, se pudo poner a salvo.

Mas no era fácil contender con la testarudez del gobernador quien al enterarse de la desaparición de la joven ordenó su búsqueda, siendo hecha presa y puesta a buen recaudo en el real de los cristianos, disponiendo ulteriormente el inefable Bethencourt, su matrimonio con la bella, única vía que parecía adecuada para dar salida a sus exaltados sentimientos.

Fijó a tal fin la fecha de sus esponsales y decretó la organización de grandes festejos para celebrarlos.

Con tal motivo pidió al rey Guadarfia que le enviara un grupo de nativos adiestrados en el arte del canto y de la danza. Guadarfia envió a varios de sus mejores hombres, que con el pretexto de realizar el baile llamado de los tezzeses, especie de garrote de acebuche, en combinación con otros que habían de figurar como animadores que ocultaban las armas bajo sus tamarcos, dieron un golpe mortal a los allí reunidos, siendo el primero en caer el propio Bethencourt y muertos o apresados sus más inmediatos seguidores, adueñándose del gobierno el rey Guadarfia.

Distinguióse especialmente en esta refriega el joven Achagua que dio muerte, por su propia mano, al fatídico gobernador.

Un episodio similar lo encontraremos repetido en la historia de estas islas, según nos relatan en la tradición de "el corral de Lázaro".

No se ensañó Guadarfia con el resto de los cristianos a los cuales dejó en sus fortalezas, permitiéndoles seguir desempeñando libremente sus diarias ocupaciones, limitándose a retirarles el servicio de sus hombres, reduciéndolo a lo estrictamente necesario, hasta que regresó Juan de Bethencourt.

Una vez vuelto éste de la Península se encontró con lo ocurrido. Hombre prudente y mesurado, después de escuchar con detenimiento los relatos por ambas partes, decidió perdonar al rey Guadarfia y disponer en lo sucesivo fueran más respetados los derechos de los nativos. Con un aporte que el rey Guadarfia le hiciera de 200 hombres voluntarios para proseguir la campaña de la conquista, todo quedó solucionado y jamás se volvió a producir en esta isla ninguna alteración o levantamiento. Guadarfia terminó tranquilamente sus días querido por sus súbditos y respetado por sus aliados.

La estirpe de Guadarfia se entroncó posteriormente con la de los conquistadores, pues una hija de este rey, llamada Tegueste, contrajo matrimonio con Masiot de Bethencourt, sobrino de Don Juan y su sucesor en el gobierno de las cuatro islas, cuando aquel se retiró a morir a su tierra natal del Mediodía francés. Después de la venta de las islas, Masiot se retiró con

su esposa a la isla de Madeira, donde el rey portugués le había concedido posesiones y señorío, pero más adelante sus descendientes tornaron a estas islas, en donde ejercieron señorío y cargos públicos, al servicio de los reyes de España.

ISLA DE FUERTEVENTURA

Es la isla de Fuerteventura una de las más características del archipiélago por el contraste que encierra su tamaño en relación con su escasa población y productividad, debido quizás a ciertas peculiaridades geográficas entre las que predomina su forma y topografía.

Denominóse esta isla en otros tiempos Planaria. Parece ser que en ella crecía abundante vegetación y se encontraba una gran variedad de árboles, por lo que había mucho ganado y sus moradores vivían felices y contentos.

De la tradicional denominación de las islas Afortunadas, fue únicamente Fuerteventura la que en principio conserva para sí sola este nombre, pues cuando Juan de Bethencourt y Gadifer de La Salle, en el año 1405, procedente de Lanzarote, llegaron al puerto de Valtarajal, o Valle de los Tarajales, por lo mucho que este árbol abundaba en aquellos predios, la llamaron Fortuite, en su lengua francesa, impresionados por la belleza y el esplendoroso verdor y lozanía del paisaje.

Eran los naturales de esta isla de Fuerteventura gente muy alegre, muy dados a los cantos, a los bailes. Encontramos entre los instrumentos usados para acompañarse con música, algunos característicos de la raza guanche, entre ellos el tarajaste, especie de tambor o pandero, que confeccionaban con cuero curtido, que golpeaban con la mano. También usaban conchas marinas, que empleaban golpeándolas unas contra otras. Conocían la folía, danza acompañada de cantos relacionados con temas triviales o amorosos, a veces festivos.

Tenían fama de ser los hombres más veloces del archipiélago. Eran experimentados lanzadores de piedras y de varas o dardos que ellos mismos confeccionaban, tostándolos para obtener una mayor rigidez.

En esta isla se recogía mucha orchila, producto que para la época de la Conquista tenía una gran aceptación comercial, por ser muy empleada en tintorería.

En el vestido eran sus costumbres muy parecidas a las demás islas, pero en el calzado tenían una peculiaridad que les dio nombre. Usaban los llamados mahos, confeccionados con piel de cerdo, a modo de las antiguas abarcas cartaginesas. De este nombre deriva el de "majoreros" que aún se da en la actualidad a los naturales de esta isla.

Eran unos grandes alfareros, fabricando variedad de vasijas o gánigos de barro cocido. Para recoger la leche del ordeño empleaban unos recipientes de aquellos llamados tabajostes, especie de ánfora mediana muy bien trabajada.

Pero aún no hemos explicado a nuestros lectores cual puede ser el origen del actual nombre de esta isla de Fuerteventura.

No es de este lugar repetir la variedad de conjeturas que los historiadores y especialistas en la materia, se aprestan a escribir, a la hora de intentar investigar en el origen de tal nombre.

Para nosotros, poco dados a las grandes tergiversaciones y elucubraciones más o menos eruditas de los entendidos y más dados a admitir la conseja y la práctica popular como fuente semántica en el lenguaje humano, pensamos lo siguiente, a este respecto.

Ya sabemos que por principio del más elemental arte militar, los conquistadores de estas islas, procedían de una forma generalizada, a fortificarse en aquellos puntos en donde desembarcaban y que una vez afincados en el nuevo suelo se aprestaban rápidamente a llevar adelante su tarea a la par que conquistadora, fundacional y como su carácter religioso era en cierta manera el principal pretexto para su expansión y para justificar la anexión de nuevas tierras tomadas a los infieles, en las cuales se habría de predicar posteriormente el Evangelio.

Era frecuente que en esta práctica fundacional, otra de las primeras cosas que en principio se hiciera sería la de levantar

un monumento religioso, capilla o iglesia, bajo la advocación de algún santo.

Tenemos que suponer que en tiempo de los franceses y sus coetáneos hispanos, la isla siguió llamándose Fortuite, como Bethencourt la había bautizado.

Pero cuando años más tarde y después del ya relatado episodio de la venta de estas islas, llegara con los sellos del rey el conquistador Diego de Herrera, que sentó sus reales en la isla de Lanzarote, nos cuenta la tradición y la historia que tanto él como su esposa Inés Peraza, eran muy devotos de San Buenaventura y que por tal razón fundaron una capilla o pequeño convento bajo la invocación de este Santo, lo cual dio origen posteriormente a cierta confusión, pues algunos pretenden que esta isla también se llamó de San Buenaventura. Pero nosotros creemos que la denominación actual se debe a una especie de síncope que se produjo al referirse los viajeros al Fuerte en ella construido, inmediato como estaba a la capilla o convento de San Buenaventura, surgiendo así una asociación automática con la consiguiente síncope ya dicha, apareciendo el nombre de Fuerteventura.

Para la época en que llegó Juan de Bethencourt a esta isla, se hallaba geográfica y políticamente dividida en dos señoríos o reinos, uno de los cuales capitaneaba Ayoze y el otro Aguize. Decimos dividida geográficamente porque según el Padre Abreu, una enorme pared de piedra atravesaba la isla dividiéndola en dichas dos partes o reinos.

Sin embargo, el capitán Bethencourt no encontró resistencia a su llegada a pesar del apercibimiento en principio hostil que le dispensaron los nativos, debido a la intervención de la sacerdotisa Tibiabin, de cuyo asunto tratamos en otro lugar.

Posteriormente, la conquista se desarrolló dentro de la mayor paz y mutua colaboración, pues los nativos eran por naturaleza pacíficos. Disponían de abundantes alimentos, dada la riqueza de la isla, y si alguna disputa había entre ellos, solía ser causada por cuestiones de pastos o linderos, que dirimían de manera personal o también mediante justas o torneos.

TIBIABIN Y TAMONANTE

Traemos a estas páginas la historia de estas dos mujeres porque ambas tuvieron una intervención decisiva en el sometimiento de la isla de Fuerteventura.

Ya hemos dicho que entre los guanches los asuntos religiosos eran dirigidos generalmente por alguno de los parientes nobles del rey, o en la mayoría de los casos por hermanos o tíos del mismo.

No tenemos razón de que entre los guanches existiera una especial organización agrupada en colectividad con carácter masculino y los conventos o cenobios de que tenemos noticias agrupaban a mujeres o sacerdotisas que en algunas islas se llamaron "magadas", que tenían a su cargo la ejecución de algunos ritos o cuidados del culto.

En cuanto a los llamados "efequenes" o lugares destinados como edificios para el culto, solían estar bajo la custodia de una especie de santero o curador, que muchas veces tenía junto a sí a la propia familia.

Era Tibiabin madre de Tamonante, mujer ya de edad madura, muy respetada en toda la isla por atribuírsele extraños poderes y la facultad de predecir el futuro. Ayudábala en estas labores su hija, la cual, por ser más joven, se encargaba de todo lo relacionado con el culto y las ofrendas, a la par que se iba iniciando en los profundos misterios de la religión que su madre dominaba.

Estas “magadas” o también “arimaguadas”, habitaban aquellos cenobios, que en ocasiones, no eran otra cosa que simples cuevas, adaptadas a la vivienda y culto. Estas colectividades eran mantenidas por donativos y aportaciones tanto de nobles como de plebeyos, siendo estos últimos los encargados de prestar las servidumbres, o trabajos habituales a las sacerdotisas, relacionados con las siembras u otras actividades.

Se dio el caso de que en más de una coyuntura, tanto los cenobios, como los alimentos en ellos almacenados para el sostenimiento de las magadas, sirvieron para la defensa de los naturales contra el invasor.

Pero sigamos con nuestra historia. La pitonisa Tibiabin, había predicho, a semejanza del Faycan de la isla del Hierro, que algún día hombres extraños, enviados por Dios arribarían a la isla para someterla y que todos debían aceptar este mandamiento de la divina voluntad.

No es de extrañar, pues, que una vez llegados Juan de Bethencourt a la isla y habiéndose impuesto de las diferencias existentes entre Ayoze y Aguize, motivadas en interminables litigios sobre los pastos de sus respectivos rebaños, encontrara en Ayoze un inicial aliado, dispuesto a dispensarle una buena acogida, disposición esta a la que en mucho hubieron de contribuir las persuasivas razones de Tibiabin, que había augurado tal llegada, interponiendo también posteriormente sus buenos oficios acerca de Aguize en favor de don Juan.

Cuenta la tradición que madre e hija se hicieron bautizar, resultando excelentes cristianas e incluso se corrió el rumor de que la propia Virgen María se les apareció en más de una ocasión bajo la forma de una hermosísima señora vestida de blanco.

No resulta desatinado admitir que en esta isla, como en todas la demás, se hubieran efectuado desembarcos de gente muy distinta, con anterioridad a la llegada de Juan de Bethencourt.

Entre todos estos arribos, destacamos el muy posible del caballero Ruiz de Avendaño, que ya conocemos por tradición lanzaroteña. Es muy probable igualmente que durante algunos de estos contactos que por cualquier circunstancia se hubiera pro-

longado por cierto tiempo, parte de los nativos hubieran tenido la oportunidad de recibir alguna prédica religiosa por parte de los frailes o sacerdotes que acompañaban a los expedicionarios, como tendremos ocasión de ver más adelante, al hablar de la isla de la Gomera.

ADAN CANARIO

Tuvo este personaje una vasta significación en la historia de estas islas, tanto por su propia personalidad, como por lo que posteriormente fue considerado por los conquistadores y su larga vida orlada de trabajo y fecundidad, cuando por los motivos que vamos a ver, pasó este personaje a la isla de Fuerteventura, donde fijó su residencia, dando origen al lugar que hoy lleva su nombre.

Adan Canario no era otro que el guayre o noble canario Nenedan, teniente del guanarteme de Telde, para la época de Diego de Herrera, llamado Ventahore, a quien luego veremos díscolo y violento con sus propios capitanes, hasta el mismo día de su muerte.

Después de varios hechos de armas notables y heroicos por parte de Nenedan, guerrero valiente, largamente astuto, sin que sepamos los motivos que hubieren tenido para ello, llegó a enemistarse definitivamente con Ventahore. Siendo hecho prisionero por Diego de Herrera en una de las escaramuzas libradas en suelo canario, se convirtió a la fe cristiana. Nunca quiso regresar a sus lares, por cuya razón el conquistador, regalándole tierras y ganados, lo afincó en Fuerteventura, consiguiendo así librarse definitivamente de uno de sus más valerosos enemigos.

Algunos historiadores imputan a este guerrero canario la acción conocida con el nombre de "El ardid de las gaviotas" que sucedió como relatamos a continuación.

Sobre las costas canarias sucedíanse casi sin interrupción los intentos de desembarco por parte de españoles y portugueses, pero con preferencia por el conquistador Diego de Herrera que, pese a sus denodados esfuerzos no pudo implantar su autoridad en aquella isla.

A la sazón hallábase este capitán enfrascado en un maduro proyecto de conquista muy esperanzador debido a la inyección de juventud y entusiasmo, no exenta de apreciable ayuda material, que le proporcionaba su nuevo hijo político, Diego de Silva, caballero portugués que había casado con su hija María.

Merodeaban, pues, los castellanos por aquellas costas. Un día se vieron sorprendidos por la aparente paz y quietud que a sus ojos presentaban la pequeña población indígena de Ayraga, próxima a Bañaderos.

En efecto, la población se hallaba desierta. Incluso los visitantes pudieron observar cómo las gaviotas, habitualmente ausentes de los parajes más habitados, habían tomado posesión de los aleros y tejados de las viviendas, que holgaban arrullándose suavemente bajo el cálido sol.

Parecióles a los castellanos propicia la ocasión de hacer un desembarco para apropiarse de cuanto bueno pudieran encontrar, pues pocas veces se les presentaba la oportunidad de hacerlo sin el riesgo de tener que librar alguna enojosa escaramuza con los canarios.

Seguramente aquel día, los pobladores, acompañados por sus mujeres e hijos se habrían trasladado a algún campo del interior a recoger sus cosechas y lo más seguro era que no regresarían hasta bien entrada la tarde, si es que regresaban el mismo día.

Tal como lo pensaron, lo hicieron. El desembarco se efectuó entre gran algazara y regocijo.

Irrumpieron en la población alegremente distribuyéndose en pequeños grupos hacia las casas por allí diseminadas.

Pero cual no sería su enorme y desagradable sorpresa, cuando de pronto se vieron sorprendidos por un enjambre de canarios armados con piedras y palos, que por todas partes les atacaban, en medio de una infernal gritería.

Pero si aparte del natural desconcierto algo les podría cau-

sar mayor asombro, fue el observar cómo aquellas tímidas gaviotas, permanecían en sus puestos en medio de aquella algarrabía, debatiéndose en inútiles aleteos.

Arregláronse como pudieron para rechazar el ataque y retrocediendo hasta la playa, tornaron a reembarcarse protegidos por don Diego de Herrera, abandonando tan arriesgada empresa mohínos, con las manos vacías.

Desde la orilla los nativos viéronles partir. Entre ellos estaba Nenedan, comentando con gran regocijo con los suyos, el resultado del ardid que ya se pueden imaginar nuestros lectores.

Nenedan había dispuesto que varias gaviotas capturadas fueran amarradas o sujetas a los aleros y tejados, para dar la sensación de abandono del pueblo por parte de sus moradores, los cuales se retiraron sigilosamente, permaneciendo escondidos, hasta que juzgaron el momento adecuado para caer sobre los confiados invasores.

Da este ardid idea de la talla o de la categoría de Nenedan y no puede extrañarnos que en aquella época en que las cualidades guerreras y la valentía eran tan admiradas por unos y por otros, Diego de Herrera, respetando la personalidad de Nenedan, le otorgara posteriores favores. .

No tomó parte Nenedan posteriormente en más acciones bélicas ni en pro ni en contra de conquistadores o conquistados, limitándose a llevar una vida plácida y tranquila, asegurándonos los historiadores que fue muy nutrida su descendencia, como también muy destacable su longevidad a la que debió este sobrenombre con el cual le apellidó la Historia.

ISLA DE LA GOMERA

Fue esta isla, por tradición antigua, guerrera y batalladora.

Refieren los historiadores que a principios del siglo XIV un marino gallego que hacía la travesía por el Atlántico, se vio desviado en arribada forzosa a esta isla, debido a un temporal.

Una vez atracado, creyó hallar la isla desierta, pues nadie se presentó a su llegada, cosa que, sin duda, fue debida al temporal reinante, pues al día siguiente, mientras sus hombres reparaban los desperfectos de su embarcación, fue sorprendido por un grupo numeroso de indígenas, que les acogieron recelosamente. Este caballero, llamado Fernando Ormel, relata que aquellos hombres venían casi desnudos, apenas cubiertos con una especie de taparrabos, llamados pañetes, que estaban confeccionados con cueros pintados. El que parecía Jefe usaba tamarco hecho de piel de cabra, que le llegaba desde el cuello a media pierna, ceñido a la cintura por una tira de cuero pintada de rojo. Sus armas eran largas varas tostadas y afiladas en sus puntas. Algunos eran portadores de gruesas piedras alargadas, dispuestas a ser utilizadas a modo de cachiporras o arrojadas al enemigo. Aunque en su mayoría iban descalzos, algunos calzaban a modo de los antiguos pastores, arrolladas a pie y pierna largas tiras de cuero curtido.

Para obtener las materias colorantes para teñir sus cueros y utensilios, fundamentalmente en dos tonos, rojo y azul, los gomeros se servían de la raíz de un árbol llamado taxisannte, que era colorada, que sometían a la maceración o al cocimiento. Para dar el color azul utilizaban unas hierbas que abundaban mucho en la isla, que se preparaban de la misma manera.

Encontróse apurado por salir el bueno de Ormel y nada más nos cuenta la historia. Pero años después llegó a la isla otro marino español llamado don Fernando de Castro, el cual desembarcó con sus hombres por la costa sur.

No fue menos afortunado que el anterior en cuanto al receloso recibimiento, pero habida cuenta que pensaba estar allí más tiempo, terminó por hacer amistad con los nativos y algunos tratos con ellos.

Pero un día, sin que sepamos el motivo, Castro, en una discusión acalorada con el capitán de los guanches, le dio muerte y aquellos huyeron despavoridos. Fueron a impetrar ayuda al hermano del muerto, que se hallaba en su señorío, al norte de la isla. Llamábase este guerrero Amaluige, bravo y noble, que inmediatamente salió dispuesto a vengar a su hermano.

Llegado que hubo al lugar donde acampaban Castro y sus hombres se trabaron en pelea y aunque éstos estaban mejor armados, su inferioridad numérica y el desconocimiento del terreno les puso en serio aprieto, viéndose obligados a refugiarse entre unas peñas, al borde de un acantilado sobre el mar, sin ninguna otra salida.

Púsoles sitio Amaluige y no sabemos el tiempo que ello hubiera durado ni cómo hubieran terminado las cosas, si Castro y los suyos, fiando en la palabra del rey, que prometió respetar sus vidas, no se hubieran rendido.

Así, en calidad de presos, pero con libertad de movimientos, convivieron los unos con los otros. Entre ellos fue naciendo una amistad y unas relaciones cada vez más profundas y afectuosas.

Castro y los suyos impusieron a los guanches de muchos conocimientos, enseñándoles el manejo de las armas y regalándoles muchas de ellas u otros objetos. A su vez un sacerdote que acompañaba la expedición fue convirtiendo al cristianismo a aquellos indígenas, encariñándose con ellos de tal modo, que cuando una vez perdonados por Amaluige, Castro y los suyos se hicieron de nuevo a la mar en sus naves, con la promesa de volver, prefirió quedarse en la isla, en la que acabó sus días, no sin antes haber realizado una profunda labor de cultura y evangelización.

He aquí explicado el origen o motivo de la extrañeza que le causó a Juan de Bethencourt, cuando a su llegada a la isla, sobre 1405, se encontró con que sus naturales conocían el uso de las armas, poseyendo algunas, así como otros vestidos y prendas al uso de la época, hasta conocían bastantes palabras de la lengua castellana.

A su llegada, hallábase la isla dividida en cuatro señoríos, por la muerte del rey Amaluige. No encontró mayor resistencia, pero dos de ellos, el de Mulaga y el de Orone fueron sus enemigos. En esta pasiva enemistad del principio, tuvo origen la trayectoria sangrienta que siguieran después las incidencias de la conquista, en la isla.

Los otros dos señoríos los ostentaban: El de Agana, Fernando Alguabozeque y el de Hupalán, Pedro Halhagal. Observamos que todos estos caudillos tenían el primer nombre cristiano, así el de Mulagua se llamaba Fernando Iberbequeze, y el de Orone, Masegue Conche.

Los latinos denominaban a esta isla Junonia Menor, reservando el nombre de Junonia Mayor para la isla de La Palma, en razón de su imponente y elevado aspecto.

El nombre de Gomera no ha sido todavía suficientemente aclarado en cuanto a su origen. Algunos autores pretenden que tal nombre se originó del mandato que de la isla tuvo un caballero francés llamado Goumier de La Salle, hermano o pariente de Gadifer, pero esto no pasa de ser una aventurada hipótesis.

Es más fácil admitir que tal origen fuera debido al árbol de la goma, de identidad no muy bien establecida, que existía en la isla, y del cual los conquistadores extraían un latex o producto parecido al caucho, con el que después comerciaban. Parece ser que este árbol abundaba mucho en la isla y nada tiene de particular que los navegantes o comerciantes al referirse a ella, la llamaran la isla de la goma o isla Gomera.

De todos modos, no hemos encontrados documentos o testimonios fehacientes que pudieran imponernos del nombre que a la isla diera Juan de Bethencourt y sus contemporáneos.

Dentro del desarrollo de las incidencias de la Conquista, muy similares en general a todo tipo de semejante acción, sufrió

esta isla los mayores rigores de la dureza conquistora. Sobre su suelo se desarrollaron hechos crueles y sangrientos, no faltando todos los ingredientes necesarios para pergeñar el mayor drama de la Epopeya Canaria, con las pinceladas heroicas y líricas de unas relaciones amorosas, sublimes que culminaron en uno de los hechos más relevantes, que narramos a continuación en el tema sobre la hermosa Yvalla.

Es curioso que siendo por lo general los habitantes de estas islas gente pacífica y acogedora, los gomeros arrastraron una tradición bélica que contrastó con aquellos caracteres que apuntamos a la raza guanche. En este sentido vemos cómo los historiadores nos cuentan que los gomeros adiestraban desde su más tierna infancia, a sus hijos, para la lucha y las competiciones de destreza y agilidad.

Primero les enseñaban a eludir las piedras que les eran arrojadas, comenzando por arrojarles pellas de barro que los niños tenían que esquivar, pellas estas que más tarde eran sustituidas por piedras. También les eran lanzadas varas a modo de lanzas, que en un período inicial del adiestramiento, eran cortas y romas, pero más tarde serían largas y aguzadas. Tenemos entendido que en este adiestramiento no escatimaron el rigor y que el mayor orgullo para un padre o jefe de clan era contar con los muchachos más adiestrados.

Llegó Juan de Bethencourt al puerto de La Gomera, uno de los mejores y más resguardados de estas islas, formando una amplia ensenada, protegida por una estrecha entrada, cuyas puntas, a cada lado, denominábase una Punta del Puerto y la otra Punta de Nuestra Señora del Buen Paso. En la playa se fundó el primer real, que recibió el nombre de Las Palmas por el gran número que de ellas había en el lugar y sobre la que más tarde Guillén Peraza, primer conde de La Gomera, construiría una torre o casa fuerte.

Sobre el terreno, Bethencourt procedió a los repartimientos tradicionales. Holgáronse mucho los conquistadores de la posesión de tal isla porque de entre todas ellas, de las ya conocidas, era la que mejores recursos ofrecía para el mantenimiento de sus gentes y la que con más bellos parajes y mejores condiciones de clima contaba.

YVALLA

Es esta tradición una de las más popularizadas de la historia canaria, aunque a nosotros se nos antoja que debido probablemente al interés comercial que se dio a la divulgación de este hermoso episodio, se difuminó en cierto modo el carácter trascendental del mismo.

Antes de entrar a considerar esta leyenda, que fue historia, hemos de recapacitar, para situarla mejor en el plano de los acontecimientos de la época, sobre las especiales condiciones en que la Conquista se vino desarrollando sobre estas islas.

Así vemos que hubo muchas alternativas en cuanto a la violencia y a la dificultad que a tal conquista se refiere, en relación con la actitud de los aborígenes.

En algunos casos la invasión no encontró mayores dificultades y el sometimiento se produjo sin grandes complicaciones, pero en otros las cosas rodaron de distinta manera, la resistencia fue dura y la lucha sangrienta.

Pero la mayor dureza, los episodios más enconados y sangrientos de la conquista, los encontramos en La Gomera, en donde por especialísimas circunstancias confluyeron en un momento histórico sumamente desgraciado. Por un lado habituales sentimientos de conquistista que impulsan a todo conquistador y por otro a ciertas características personales, que al margen de lo relacionado con la conquista se desarrollaron caprichosamente, por dos hombres cuyas acciones imprimieron desgraciadamente este carácter sangriento a la epopeya de la isla de la Gomera.

Uno de estos hombres fue Hernán Peraza, voluble, caprichoso, valiente y arrogante guerrero, dominador, principal actor de esta leyenda. El segundo fue Pedro de Vera, cuya dureza con los gomeros bien puede pensarse que fue el resultado lógico de lo titánico de la contienda, pues cabe suponer que podemos considerar como cierto el hecho de que a las hazañas o grandes empresas de los hombres en la historia siempre acompañan hechos luctuosos y peyorativos que, sin embargo, no llegan a deslucir la brillantez de los hechos.

Es algo así como si habláramos de la gloria y de su sombra. Es la sombra compañera imprescindible de la imagen de todo lo real, y a mayor corpulencia y grandeza ha de corresponder una sombra de mayor magnitud que, paradójicamente, da más vida a lo real en sí mismo, realzándolo, complementándolo, proyectándose sobre esa otra dimensión inaccesible e inexistente que, sin embargo, matiza definitivamente la realidad, de la cual, como hemos dicho, es inseparable. Es un hecho universalmente aceptado, que a mayor esplendor, mayor contraste de tinieblas.

Habiase afincado en La Gomera Hernán Peraza, el cual, habiendo ido a la Corte, llamado por el rey para responder de la muerte de Juan Rejón asesinado en La Gomera por sicarios de Peraza, había regresado casado con doña Beatriz de Bobadilla, dama muy hermosa y, como después pudo comprobar la Historia, muy violenta y de mucho carácter.

Narra la historia que en este matrimonio de Peraza con la Bobadilla intervino de modo concluyente su Católica Majestad la reina Isabel. Todos conocemos las grandes virtudes que adornaron a esta reina trascendental, siendo quizá entre todas ellas, la de la prudencia y la de sagaz previsor, algunas de las más importantes.

El rey Fernando, hombre dado a los hechos de armas con ese ímpetu y esa nobleza, que a todo corazón esforzado empujan a las más asombrosas hazañas, era ciertamente sensible a los halagos de sus nobles y servidores, pero como buen castellano mucho más sensible a los halagos femeninos.

Nos apresuramos a hacer constar aquí que no hemos conseguido ningún testimonio real y suficiente que nos permita ha-

blar con entera libertad del carácter y los devaneos que esta debilidad del monarca pudiera traer aparejados a la tarea de la Reconquista.

Pero fuera como fuere, lo cierto es que la prudente reina en algún momento temió que la belleza y notoria simpatía, cabalgando sobre el voluntarioso carácter de su dama doña Beatriz, podía poner en peligro la estabilidad de la histórica coyunda castellano-aragonesa, y juzgó oportuno patrocinar el matrimonio de tan bella dama con aquel inquieto y apasionado caballero que tan inmortales páginas estuviera escribiendo para la Nueva Historia.

Así se llevó a efecto esta boda. Y así también nuestro conquistador regresa feliz y contento al teatro de sus hazañas, llevando en su compañía a una de las damas más bellas y atractivas de la esplendorosa Corte castellana.

Pero no sabemos por qué razón el inquieto Peraza, insaciable quizás, en beber aventuras, tuvo en poco más o menos la compañía y la presencia de su bella esposa, y una vez retornado a la isla, siguió sus escarceos amorosos con alguna bella nativa, lo que iba a traer para todos, desastrosos resultados.

Estaba prendado Peraza de los encantos de una gomera llamada Ivalla, hija de un notable guerrero fallecido en uno de los combates sostenidos contra los invasores. Parece ser que la moza no desdeñaba al galán, que contaba a la sazón 34 años, de marcial apostura, y el idilio a espalda de doña Beatriz, venía desarrollándose sigilosamente, más no lo suficiente para que varias personas, que fueron la clave de esta historia, no lo supieran.

Tenía la moza un pretendiente llamado Hautacuperche, que había sido bautizado poco ha, con el nombre de Pedro. Era Yvalla muy hermosa, con esa belleza que da la sencillez y la frescura de un vivir permanente en contacto con el sol y con la naturaleza. Era precisamente esta frescura y esta delicada sobriedad, encantos naturales, lo que había atraído a Peraza hacia la moza, un poco harto quizás de los afeites y severo carácter de su esposa.

Conocidos estos amores por Hautacuperche y llevado por un lógico despecho, alentó el plan de los del señorío de Mulagua,

que reunidos en Tagulache, decidieron apoderarse de Peraza, con el fin de obtener por la fuerza una promesa de mejores tratos de los que venían sufriendo.

El viejo Hapalulú, faycan de los gomeros, era una persona respetada y querida por todos. En diversas ocasiones había intervenido en favor de los nativos, ante Hernán Peraza, con el fin de que éste mitigara su rigor, pero sus intervenciones no habían dado el resultado apetecido, por cuya razón apoyó el plan de Mulagua con la condición de que no se hiciera daño a la persona de Peraza.

Planearon entonces tenderle una celada a Hernán. Para ello decidieron servirse de Yvalla, pues conociendo la afición a ella del señor castellano no dudaba de que caería en la trampa.

Recelaba como es lógico la joven sobre su intervención en el complot así fraguado, pero las razones del viejo Hapalulu, su tío, la convencieron para prestar a los suyos un servicio del cual le aseguraron que ningún daño se seguiría para su señor.

Por medio de una vieja aya de Yvalla, llamada Tana, enviaron recado a Peraza de que la joven le esperaría aquella noche en su cueva, distante del real unos cuantos kilómetros.

Llegada la noche de la cita, y pese al mejor consejo de algunos amigos, Peraza decidió acudir a la cita, con el pretexto ante doña Beatriz de tener que llevar a cabo una misión peligrosa y secreta para desbaratar una supuesta conspiración. Acompañado por dos de sus hombres se dirigió a la cueva de Yvalla.

Habíanse reunido los conjurados, quienes al mando de Hautacuperche acudieron con alguna antelación al lugar elegido. Mas retrasado, dirigiéndose también al mismo lugar Hapalulu, con la idea de estar presente en el momento de la captura.

Dejó Peraza a sus hombres en una cueva inmediata. Dirigióse resueltamente hacia la de Yvalla. Esperábale ésta, siempre acompañada por la vieja Tana, acurrucada en el fondo de la habitación, rumiando contrariados pensamientos y bien ajena al coloquio amoroso que ante su imposible presencia se desarrollara entre los enamorados.

Mas al poco rato, sintióse el ruido producido por la lucha entablada por los canarios con los dos acompañantes de Peraza,

que fueron reducidos inmediatamente. Pensando Peraza que el descubrimiento había sido casual, intentó salir de la cueva y alejarse, pero al hacerlo observó que por las inmediaciones circulaban algunas gentes y entonces, por consejo de Yvalla, tomando unas ropas de ésta, se las puso para intentar pasar desapercibido, disfrazado de mujer. Mas cuando se disponía a salir nuevamente la vieja Tama advirtiéndoles a los canarios, dando desaforados gritos diciéndoles cómo Peraza intentaba huir.

Descubierto, retrocedió Peraza a la cueva, pidiendo a la ya asustada Yvalla que le proporcionara nuevamente sus vestidos y armas, pues quería luchar y si fuera necesario, morir, como un caballero que siempre había sido. Y en atuendo guerrero plantóse a la puerta de la cueva.

Pero Pedro Hautacuperche, que como dijimos se había adelantado con un exaltado grupo de los suyos al viejo Hapalulu, acechaba sobre el techo de la cueva y al ver salir a Peraza le atravesó, desde arriba, con una lanza, hiriéndole mortalmente en el cuello.

Salió Yvalla a socorrer a su amado, mas sólo con el tiempo justo para verle morir en sus brazos.

A poco llegó Haupalulu, que muy de veras lamentó lo sucedido, pero ya no había remedio y una vez más intentó contener los exaltados ánimos de los conjurados. Éstos, impulsados por el ciego furor de Hautacuperche se dirigieron a la fortaleza de los castellanos con el ánimo de saquearla y de exterminarlos de una vez para siempre, objetivo que no pudieron cumplir, pues doña Beatriz de Bobadilla, mujer de gran carácter y energía, supo defenderse adecuadamente, resistiendo el asedio en el que perdió la vida el propio Hautacuperche, a manos de un capitán castellano.

Yvalla, transida por el dolor y con el remordimiento de su acción, cuyo alcance jamás imaginó, se retiró con el gran faycan a una vida de recogimiento y de oración que ya no abandonaría nunca.

Por su parte, doña Beatriz pidió auxilio a Pedro de Vera, gobernador de Gran Canaria. Del resultado de estos auxilios hablaremos en otro tema.

MATANZA DE LA GOMERA

He aquí el episodio sangriento más relevante que caracterizó ese aspecto negativo al que aludimos en otro tema, que contribuyó a ensombrecer la clara y gloriosa trayectoria de la epopeya de nuestra conquista.

Después de la muerte de Hernán Peraza a manos de Pedro Hautacuperche y también de los dos acompañantes del caballero español, que le servían como escuderos, hemos visto cómo los gomeros pusieron sitio al real de los castellanos.

Mas el valor y la animosidad de la viuda, apoyada por algunos capitanes esforzados, resolvió la situación favorablemente para las tropas españolas, muy especialmente después de la propia muerte de Hautacuperche, atravesado por una saeta o pasador. Pidió auxilio doña Beatriz al gobernador de la isla de Gran Canaria, Pedro de Vera, quien sin mayor dilación, equipando sus naves, acudió a la llamada, dispuesto a restablecer el orden en la isla.

A su llegada, los gomeros, que con la muerte de Hautacuperche se desconcertaron, temerosos ante las naturales represalias, se habían retirado al término de Garagonohe, desde donde esperaban estar a la expectativa a ver como se desarrollaban los acontecimientos.

Las tribus o clanes de Orone y Agana, comandadas por sus respectivos caudillos, habían mostrado desde la llegada de los españoles evidente animosidad y rebeldía contra los mismos, así

que cuando los matadores de Hernán Peraza solicitaron su protección, no lo dudaron por un momento y más bien encontraron en la oportunidad que se presentaba, un motivo para seguir adelante en su hostil actitud.

Dióse cuenta de todo esto el caballero Pedro de Vera y temiéndolo que una sumaria justicia en abierta persecución trajera fatales consecuencias para la estabilidad y el orden de la autoridad española en la isla, echóse a pensar en la forma de proceder para evitar estas complicaciones.

Hizo correr la voz de que nada habría de pasar y que se procedería a celebrar unas exequias fúnebres a mucha gala en memoria del difunto, acto al cual invitaba a todos los gomeros esperando le honrasen con su asistencia, con lo cual demostrarían su buena voluntad hacia los castellanos y confirmarían el hecho de que tan sangriento suceso, la muerte de Peraza, habría sido debida más bien a una personal venganza del joven Hautacuperche arrebatado por los desdenes de la hermosa Yvalla.

Celebráronse los funerales con gran concurrencia del pueblo. Aquella misma mañana las fuerzas de Pedro de Vera, junto con las de doña Beatriz, apresaron en la plaza pública, ante la iglesia, a todos los asistentes nativos, hombres, mujeres y niños. Una vez puestos todos éstos a buen recaudo, se dirigieron al lugar donde se ocultaban los participantes del motín, apresándoles igualmente y dando muerte en el acto a la mayoría de ellos.

Después, como ejemplar castigo, juzgó sumariamente a los restantes encartados, y les hizo degollar en medio de la plaza entre heraldos y pregones de justicia.

Pero desgraciadamente la cosa no quedó aquí. Se planteaba el problema de la población cautiva. En este punto se ensombrece la historia y una página negra y luctuosa se desliza por entre las páginas doradas y de rojo carmesí de tan peregrina historia.

Narra la tradición que Pedro de Vera, acuciado por las severas exigencias de la vengativa viuda del capitán asesinado, decidió masacrar la población gomera disponiendo que todos los varones mayores de dieciocho años fueran ajusticiados y el resto de la población integrada por niños, mujeres y ancianos, fueran vendidos como esclavos.

Llevóse a efecto la matanza y su horrible clamor traspasó los ámbitos del archipiélago hasta los últimos confines de aquel mundo que se abría ante los ilimitados horizontes de un moderno descubrimiento. Lo peor del caso es que Pedro de Vera, temeroso de que sus actos en La Gomera pudieran influir en la actitud de un elevado número de gomeros que con anterioridad había llevado Peraza a la isla de Gran Canaria, como aporte obligatorio que a la conquista de la misma, le había impuesto el rey, a su regreso a La Gomera, de la Corte de Castilla, a donde había sido llamado para su descargo sobre la muerte de Juan Rejón, procedió a desembarazarse de ellos y en cuanto regresó a Las Palmas, dispuso la muerte de algunos y la venta como esclavos o destierro de la mayoría, junto con sus familiares.

Trajo esto como consecuencia la natural indignación del obispo Frías, quien sin dilación se presentó al gobernador echándole en cara su abominable proceder. Pero hallábase Pedro de Vera fuertemente impresionado por todo lo acaecido y dispuesto a llevar a los máximos extremos sus rigores. En esta oportunidad, un poco fuera de sí, no sólo recriminó al obispo por lo que él consideraba como intolerable ingerencia en los asuntos de gobierno de la isla, sino que llegó a amenazar al prelado, como antaño hiciera el famoso Juan Rejón con el Deán Bermúdez.

Ni que decir tiene que al sensible Frías le faltó tiempo para trasladarse a la Corte, pero no tuvo la suerte de ver cumplidos sus deseos de justicia, puesto que la muerte le sorprendió en el suelo patrio, terminando así una trayectoria honrosa e impecable para los altos y nobles fines de la Conquista.

Posteriormente, Pedro de Vera fue llamado a la Corte. Encontrándose los reyes ante el grave dilema que su actitud planteaba, teniendo como tenía el castellano fama de noble y esforzado caballero, amparado por notables valedores, no encontraron mejor solución que relevar a Pedro de Vera de su puesto de gobierno en Las Canarias y encargarle de la dirección de la conquista por tierra de moros, en Andalucía, en cuyo desempeño, murió muchos años más tarde, cubriéndose de gloria en la conquista de Málaga y de otras plazas fuertes tomadas al árabe invasor.

Se apresuraron los reyes a dictar las oportunas y reales cédulas para que todos aquellos que hubieran sido vendidos o tomados como esclavos fueran libertados y para que, igualmente se reintegraran las poblaciones desplazadas, a sus lugares de origen, devolviéndoles sus bienes y derechos. Aunque las medidas fueran nobles y apropiadas, ellas no pudieron jamás empañar el funesto brillo que tan trágico episodio habría de proporcionar la epopeya guanche.

EL AUGUR DE GANIFAGUA

Es la isla del Hierro una de las más castigadas del archipiélago por la falta de agua, hasta el punto de que ha habido épocas en que durante muchos meses no caía de los cielos ni una sola gota.

Esta escasez daba pie para que con frecuencia relativamente periódica, los nativos organizaran procesiones y rogativas para impetrar del poder divino el agua necesaria para sus pastos y ganados, como luego veremos.

No sabemos si por esta razón, o por alguna otra que se escapa a nuestra información, los guanches de la isla del Hierro eran la gente más pacífica y tranquila de entre todas las islas, hasta el extremo de que desconociendo la guerra, no disponían de armas con qué defenderse, ni con las cuales pudieran agredir.

Por esta razón la incorporación de esta isla a la Conquista no costó sangre y el único episodio bélico, si así puede llamarse, apenas si costó la vida a un solo hombre, llamado Lázaro, cosa esta que dio origen a la conocida tradición "El corral de Lázaro".

Es posible que esta actitud pacífica y acogedora ostentada por los herreños hacia los invasores, tuviera su origen en la profecía de un antiguo faycán, llamado Canifagua, que les vamos a relatar a ustedes.

Era Ganifagua habitual oteador de los marinos horizontes y solía recogerse hacia el atardecer, a un lugar elevado, sobre

los riscos de Tigulahe, al pie de los cuales manaba el agua del árbol Santo, cuya custodia le estaba confiada.

Sabido es que este curioso árbol absorbía y filtraba el agua que alguna nube costera, al chocar contra el farallón rocoso, dejaba caer sobre la cañada, en cuya cabecera, rumbo al mar, se hallaba este legendario árbol, declarado sagrado, que los indígenas llamaban "garoe".

No sabemos, porque la tradición no lo relata, si en aquellas largas horas de vigía atalayando mares, el viejo faycán pudo sorprender alguna vez el paso de una nave por el horizonte, o si la mancha blanca de alguna ave marina se le antojó vela, mas el caso es que próximo a morir reunió a los suyos y les baticinó que un día, cuando ya sus huesos se hubieran convertido en polvo, llegarían a la isla hombres extraños, transportados en unas casas blancas, capaces de caminar por el mar, hombres que serían enviados por Dios, a los cuales había que recibir con el mayor cariño y sumisión, pues sólo bienes venían a derramar sobre los herreños. Después de tan trascendental augurio pasó a mejor vida y fue enterrado, como a su categoría correspondía, en una cueva inmediata al lugar que tantas veces él había frecuentado.

Pasaron los años, pero en la mente de los herreños perduraba esta tradición, hasta que un día las velas hinchadas, impulsando una majestuosa carabela, rompieron para siempre la monotonía de aquellos horizontes y como un jirón desprendido del lejano Teide, erguido y blanco, se aproximó a la isla como celestial mensajera, enviada por Dios.

Arremolináronse los guanches en torno a la playa cuando vislumbraron la nave, haciéndose mil conjeturas sobre la insólita aparición, hasta que uno de los más viejos, recordando el augurio, relató a todos los presentes la historia del gran faycán, que se llamaba Ganifagua.

En un afán fácilmente comprensible por confirmar el contenido de la profecía, fuéronse todos corriendo hacia la tumba del gran faycán. Con nerviosa presteza fueron retirando las piedras que obstruían la entrada hasta que a sus atónitos ojos se mostró el interior de la misma. Allí, en un rincón, hacia el fondo, unas cuantas pieles apiladas unas sobre otras, un gánigo

vacío, la vara de su dignidad sacerdotal, un pequeño escudo orlado por conchas marinas, y nada más. El gran faycan había desaparecido tragado por el tiempo y sus restos reducíanse a un puñado de polvo diseminado por entre las resecas y apergaminadas pieles. El augur se cumplía. Sus huesos se habían convertido en polvo y unos hombres extraños llegaban a la isla, habitando unas casas que caminaban sobre el mar, impulsadas por retazos de la montaña sagrada, que majestáticamente presidía la vida secular de las siete islas.

Corría el año de gracia de 1402. Juan de Bethencourt iniciaba la epopeya de la conquista. Poco podía imaginarse el atrevido conquistador que muchos años antes su acción de entonces había sido presentida por Ganifagua y mucho menos podía imaginarse que ello iba a ser la causa de aquel cordial recibimiento y de la facilidad con que en nombre del rey Enrique II iba a incorporar a la corona de Castilla aquel trozo de tierra afortunada.

Esta isla había sido denominada por anteriores historiadores Pluvialia y también Hombrión, que quiere decir “agua de lluvia”. Los naturales la llamaron Esero o (fuerte) y los franceses Fero o Fer, que significa Hierro.

El primer poblado que encontraron los invasores era conocido con el nombre de Amoco, posteriormente Valverde, y otras pequeñas agrupaciones de tipo familiar, diseminadas por la isla.

Los herreños eran gente fuerte, de mediana estatura y muy ágiles, aficionados a la danza y al canto, que practicaban con singular maestría, resaltando los historiadores la llamada “en-decha”, como canto, y como baile, la conocida folía amén de otras danzas, igualmente acompañadas de cantos alusivos al acto que se estuviere celebrando.

Su vida era sencilla. Como es natural, la agricultura no estaba desarrollada en esta isla, por lo que daban preferencia en su alimentación a los productos derivados de los animales domésticos, de algunos peces y de unas raíces llamadas aguarnanes, de tipo bulboso, de la familia de los helechos. Estas raíces eran masticadas o machacadas y mezcladas con leche o manteca, siendo indudablemente, las precursoras del gofio actual.

Ya dijimos que sus viviendas se hallaban diseminadas y eran de tipo familiar o colectivo y venían representadas por unos recintos circulares de piedra a modo de pequeños circos, en cuyo interior, adosando troncos o vigas a las paredes, construían elementales refugios, que cubrían con pieles y con helechos, sirviéndoles de habitación. Para el ejercicio del resto de los menesteres domésticos, que realizaban en colectividad, disponían de las instalaciones habituales, en el centro del recinto, al aire libre.

Hoy los aguarnanes son de harina de cebada, triturada y mezclada, una vez tostada, con queso, aunque ya va decayendo mucho esta tradición.

Hacían vino con una fruta muy parecida a la cereza silvestre. Asaban la carne sobre lajas calientes, o en gánigos de barro. A la leche llamaban "achemen", y al pan "nulan", que elaboraban con la harina obtenida de los helechos citados.

Reseñemos como datos curiosos, en lo que se refiere a la organización social y política de los guanches herreños, que practicaban la ley del Talión. De la misma manera, algunos delitos eran castigados con prácticas de mutilación e incluso enucleación de los órganos visuales.

Desde el punto de vista religioso presentan la curiosidad de un doble rito, ofrecido uno a un dios varón llamado "Eraorazan" y a una diosa hembra llamada "Moneiba", reuniéndose para sus plegarias y ritos ante monumentos megalíticos, pues carecían de edificios destinados a servicios públicos.

Políticamente estaban organizados en pequeños clanes o señoríos. La clase baja o plebe estaba en la obligación de trabajar o contribuir al sostenimiento de los respectivos señores y del culto. En esta isla tenían más importancia los faycanes que los propios jefes de clan, pues de éstos existían mayor número que de aquéllos, que en muchos casos estaban representados por solamente uno o dos faycanes para toda la isla.

RITOS Y ROGATIVAS EN LA ISLA DEL HIERRO

Tampoco en esta oportunidad he podido resistir la tentación de traer a estas páginas una tradición religiosa del pueblo guanche de la isla del Hierro, no por el significado o trascendencia de la misma, sino por la simpatía y el colorido de algunos actos colectivos por estos pueblos practicados.

Cuéntase que entre los guanches de la isla del Hierro, existía una tradición religiosa y profunda, que presentaba una peculiaridad distinta de otras islas. Ella era que la divinidad suprema, venía encarnada en un Dios para los hombres, llamado Eraorazan y para las mujeres, en una diosa llamada Moneiba, a la cual se encomendaban muy especialmente en el período de la preñez, viniendo a ser algo así como una diosa de la fecundidad.

Como el resto de los habitantes de otras islas, los herreños no rendían culto a imágenes ni tenían o disponían de templos adecuados para el culto religioso.

Frecuentemente nos encontramos con que el aborigen canario localiza el lugar de sus prácticas religiosas en las inmediaciones de alguna montaña, risco, roca o megalito con valor tumulario.

Así, en la isla del Hierro, se reunían los herreños en torno a unas piedras grandes que presidían o dejaban entre sí un espacio llano como una plazoleta. Cuando, los rigores de la sequía amenazaban con la extinción del ganado por falta absoluta de pastos y raíces, solían hacer a manera de rogativas,

organizándose en grandes grupos, dirigiéndose entre gritos y lamentaciones al lugar antes señalado. Apuntamos aquí una característica curiosa de este rito, cual era la costumbre que en tales ocasiones tenían, de llevar por delante el ganado, pudiendo imaginarse el lector el caos y la barahunda a que tales manifestaciones daban lugar.

Estas rogativas podían durar hasta varios días si el cielo no enviaba el agua necesaria, acampando sobre el mismo terreno en confusa y heterogénea mezcla hombres y animales.

Relatan los historiadores una curiosa tradición sobre estas rogativas isleñas, refiriendo que si después de dos o tres días de rogativas no llovía, cambiaban la dirección de sus plegarias, invocando la ayuda del espíritu maligno. Para ello, encabezados por el Faycan o sacerdote, se dirigían a una cueva ubicada en un lugar apartado, en la que tenían encerrado un cerdo, preparado para estas ceremonias, al que sólo podía alimentar el Gran Faycan, cerdo que representaba el espíritu del mal.

Tomaba el Faycan al cerdo y ocultándolo bajo su tamarco dirigíase con él, seguido por todos, entre grandes chillidos y gruñidos del animal y griterío de la gente, de nuevo hacia las dos piedras y otra vez allí comenzaban las vueltas y las lamentaciones, hasta que llovía. Naturalmente, la Historia no deja constancia de que este sistema fuera por completo eficaz y nos imaginamos que en aquellos casos en que seguía sin llover, terminarían por comerse al marrano.

El baile de la luna, que en otras islas se practicó con regularidad, en el período de la luna nueva y especialmente en aquellas épocas o estaciones que presidían el comienzo de las faenas agrícolas, no era practicado en esta isla con tanta intensidad, pero sí tenemos referencias de que otros ritos de tipo festivo, como los nupciales y funerarios, eran muy interesantes y que en ellos se empleaba una especie de canto, muy común en todas las islas.

Las sacerdotisas intervenían generalmente en los cultos menores y en el rito rutinario de las ofrendas, que solían hacer principalmente a base de leche y de manteca.

Por último, señalamos aquí otra curiosa costumbre de los herreños en relación con el entierro que daban a sus muertos.

A semejanza de otras islas, estos funerales o ceremonias dependían del grado o nivel social del difunto. En los casos corrientes el cadáver era depositado en un lugar retirado y agreste, cubriéndole con piedras y practicando a veces una especie de pequeños conatos de sepultura.

Pero cuando el muerto pertenecía a la nobleza o se trataba de alguna suprema autoridad o sacerdote, procedían a enterrarle, siguiendo la práctica habitual. Para ello elegían una cueva adecuada que limpiaban previamente, pero el cadáver no lo extendían en el suelo, sino que para darle un mayor verismo al carácter de tránsito que para ellos significaba la muerte, lo apoyaban, medio incorporado, contra una de las paredes, depositando a su lado, como era habitual, aquellos objetos de uso personal del muerto, emblemas y dignidades, y el imprescindible gánigo repleto de leche con manteca como postrer viático ante la recta final.

Mezclaban la celebración de estos ritos, con fiestas bacanales de muy poco carácter religioso, en las que sentándose en torno al animal sacrificado y bien asado, permanecían con gastronómica insistencia, hasta dar buena cuenta del mismo, intercalando entre hartura y hartura los consabidos bailes y cantos, que movilizaran sus pesados vientres para volver a la carga momentos después al estilo de los avanzados ciudadanos de Roma.

No hemos conservado por tradición o testimonio, las relaciones entre el dios Eraorazan y la diosa Moneiba, aunque tenemos que admitir que debieron de ser muy cordiales puesto que tampoco nos ha sido legado el testimonio de que hubiera sucedido lo contrario.

Para terminar, quiero resaltar esta curiosa coincidencia ancestral de los pueblos semitas orientales de simbolizar el espíritu del mal, bajo la forma del cerdo, con la única diferencia, en este caso y favorable a sus cultivadores, de que su carne estaba permitida y era considerada como sabroso bocado.

EL CORRAL DE LAZARO

Resulta un poco paradójico intitular este tema tal como lo hemos hecho. Es tradicional, en la historia canaria, que de todos los habitantes de sus islas, fueron los del Hierro la gente más pacífica y tranquila.

Muchas veces se nos ha ocurrido pensar en el porqué de esta condición. Por mucho que investigamos no hemos hallado la razón.

Tendríamos que retroceder en la Historia del Hombre para tratar de analizar la motivación de la actitud bélica, intentando encontrar una explicación distinta a la que tradicionalmente nos proporciona el llamado "complejo de Caín o de la envidia".

Muchos opinan que el primer conflicto entre los hombres fue suscitado por la envidia, complejo al que ya aludimos. Otros opinan que fue debido al instinto de posesión para arrebatarse a otro la presa.

Naturalmente no faltan los habituales románticos que opinan que el primer hombre se peleó con otro por una mujer. Concretamente lo que los franceses designan con la frase "cherchez la femme".

Mas, entrando en materia, una simple mirada retrospectiva al modo de vivir de los guanches en estas islas puede, en cierto modo, aclararnos un poco la cuestión.

Es indudable que para que exista lucha o disputa ha de haber algún motivo y que este motivo no puede ser más que el determinado por un interés en conflicto. Pero de inmediato echa-

mos de ver que este problema puede ser planteado bajo dos formas o aspectos distintos: el individual o personal y el colectivo. Nos referimos en el primer caso al litigio que se puede suscitar entre dos individuos por un motivo cualquiera, conflicto que se resolverá al uso y costumbres de la colectividad a que tales individuos pertenezcan. En este caso la extensión del mismo queda limitada a ambos individuos, con la posibilidad de una secuela familiar o de pequeño grupo.

En los casos colectivos ya es otra cosa. Se trata de conflictos entre grupos más o menos numerosos, que se suelen resolver mediante una confrontación masiva de ambas partes, salvo aquellos casos en que, de común acuerdo, se delega en un representante o campeón de cada grupo la solución de la querrela, mediante combate concertado al efecto.

Deducimos de todo esto que dada la tradicional forma de vivir de los guanches, prescindiendo de los motivos de litigio personal, los pleitos colectivos no tendrían en principio razón de ser, puesto que la agrupación era familiar. Ahora bien, al ir creciendo la población y diversificándose los lazos de parentesco, a la par que la autoridad se iba dividiendo en grupos cada vez mayores, es probable que el motivo principal de las diferencias entre ellos fueran por los pastos, única riqueza natural, que al no necesitar transformación por medio de la mano del hombre, era muy apetecida por ser la base del sustento de su ganado, que a la vez era principal riqueza. Así, vemos a través de la historia cómo los jefes y caudillos de las facciones de cada isla andaban a la greña con frecuencia, por este motivo de los pastos.

Pero en la isla del Hierro tenía que ser distinto. Debido a la escasez de agua el aborigen no sembraba y los pastos, cuando los había, eran muy reducidos, por cuya razón centraban hacia otras actividades alimenticias o para conseguir alimento, sus esfuerzos. Es lógico, pues, que en un ambiente tan pacífico, laborioso y tranquilo, el herreño no conociera la guerra.

Sin embargo, también los herreños tuvieron su revolución.

Cuando Juan de Bethencourt, una vez sometida la isla, la abandonó para seguir la Conquista, dejó de gobernador en el Hierro al capitán Lázaro, valiente soldado y muy aguerrido.

Era Lázaro buen soldado, pero hombre rudo y de empresa, que consideraba las situaciones y las relaciones entre conquistadores y conquistados como un mero acto convencional amparado en el derecho del más fuerte y para el cual no existía otra razón que el sometimiento por la fuerza.

Siendo así, no puede extrañarnos que al faltar en el gobierno de la isla la presencia de la prudente figura de Bethencourt, y quedar este gobierno abandonado a las inexpertas manos políticas de Lázaro, comenzaran a producirse un sinnúmero de tropelías y abusos contra los naturales, especialmente contra las mujeres, por parte de los soldados, llegando incluso el mismo Lázaro a participar holgadamente en estos escarceos amorosos, sin poder o sin querer, poner coto a tales desmanes.

Pacíficos los herreños pero pundonorosos, se quejaron reiteradamente al capitán Lázaro. Al no ser escuchados, comenzó a surgir entre ellos el descontento y el desacato. Y como la violencia engendra violencia, llegó el momento en que los pacíficos herreños no pudieron resistir más decretando secretamente la muerte del tirano.

Acaudillaba a los descontentos, que eran casi todos, el joven Adamán, de mucha reputación y prestigio entre sus hermanos de raza.

Organizaron el complot y se dispusieron a llevarlo a la práctica, aprovechando la primera oportunidad, que no tardaría en presentarse.

En efecto, celebrándose un día uno de los tantos festines a que se hallaban entregados el capitán Lázaro y su gente, presentóse un grupo de herreños a la fiesta, siendo acogidos en medio de la euforia general, con grandes muestras de regocijo, al comprobar la gente de Lázaro, que los guanches venían acompañados por hermosas nativas.

Acercóse Adamán a saludar a Lázaro. Al abrazarse ambos, Adamán, haciendo uso de un oculto puñal que llevaba preparado, apuñaló al capitán, interesándole el corazón y dejándole muerto en el acto.

La confusión que siguió a todo esto fue inenarrable. Los soldados sumergidos aún entre los vapores del vino y de la algazara, no acertaban a darse cuenta de lo que estaba pasando.

En un momento se vieron maltratados y reducidos, puestos en franca desbandada, en un último intento de acogerse a la protección de su fortaleza o torre, a la que llegaron con muchas dificultades, no sin perder algunos hombres por el camino.

Procedieron los herreños a enterrar a los muertos y lo hicieron al estilo tradicional, usado con la gente plebeya, o sea limitándose a colocar los cadáveres en una pequeña escavación en el suelo, cubriéndolos con piedras. Así enterraron al menos al capitán Lázaro. Luego, alrededor de su tumba, levantaron una pequeña pared de piedra y de aquí vino la denominación de "El corral de Lázaro", que ha conservado la tradición.

Retiráronse los herreños sin ser perseguidos por los soldados, que al verse ante una circunstancia tan inesperada y en escaso número, prefirieron esperar bien resguardados el regreso de Bethencourt.

Al retornar el conquistador y percatarse de lo sucedido, cuenta la Historia que no sólo perdonó a los herreños y se reconcilió con el valeroso Adamán, sino que incluso ordenó ajusticiar a algunos de los soldados que mayores abusos habían cometido, satisfaciendo así no sólo un anhelo de justicia por parte de los herreños, sino también una reivindicación al justo trato que los herreños merecían por la cariñosa acogida que le habían dispensado.

Cuenta la tradición que en esta isla, en lo sucesivo, todo fue paz y armonía y que jamás volvió a reinar la violencia sobre ella.

LA ISLA DE LA PALMA

Fue La Palma la penúltima de las islas en ser conquistada. Para este hecho exponemos las mismas razones que tuviéramos para explicar la demora en la conquista de la isla de Tenerife.

Denominábase esta isla antiguamente Junonia Mayor, según noticias llegadas hasta nosotros a través de los historiadores latinos, aunque de hecho ya había sido conocida con anterioridad por los griegos y por otros pueblos.

Los nativos, en su lengua guanche, la llamaban Benahoare, que quiere decir "mi tierra" o "tierra mía".

Rechazaron los palmeros las incursiones iniciales de cuantos abordaron sus costas, fueran españoles, portugueses, franceses, etc. Pero una vez que el hecho en sí de la Conquista fue decidido, pese a lo encarnizado de la contienda, el dominio de la isla por el capitán Fernández de Lugo, se llevó a efecto de una manera ininterrumpida y en un plazo relativamente breve.

Ya dijimos que esta isla era conocida desde muy antiguo y es posible que por su mismo aspecto sereno e imponente fuera una de las menos frecuentadas por los navegantes, vecinos ocasionales de sus costas.

En otros temas ya apuntamos que cada isla aporta al acervo canario detalles y características distintas, pero complementarios de un modo ideal, de la epopeya canaria. Le corresponde a esta isla la característica de lo paradisíaco, de lo bucólico, de lo bello. No es porque las demás islas no ostenten parajes de inigualable belleza, sino que en esta isla de La Palma se conju-

gan de una forma absoluta todos los factores que pueden contribuir a hacernos imaginar lo que era el paraíso terrenal. Agua, frescura, abundancia de verdor, clima excelente, carácter bondadoso y alegre de sus nativos, todo contribuye en esta isla, al estilo de lo que acontece en las de Haway, Samoa y otras universalmente famosas, a que el extraño se encuentre en un mundo soñado, distinto, casi irreal.

La Palma tiene la forma de un cono o pirámide truncados, caracterizándose porque sus laderas o vertientes llegan casi al borde de sus playas, disponiendo en su contorno de pocos espacios llanos aunque algunos, como los de Aridane, son extensos y en ellos se desarrollaron hechos que dieron fama a la isla.

Pero el atractivo fundamental en este caso es la llamada Caldera de Taburiente, ubicada en el cráter del antiguo volcán, o sea, en el seno del vértice truncado en ese cono al que antes hemos hecho alusión.

Esta caldera es extensa. En ella floreció la histórica leyenda del cacique Tanauso, que tratamos en otro tema.

Parece ser que entre los nativos esta región alta y montañosa de la isla recibió el nombre de Azeró, que significaba fuerte y en ella apacentaban sus rebaños puesto que aparte de ser entre los guanches la agricultura algo rudimentario, la naturaleza de las aguas, o de algunas de estas, que afloraban del subsuelo de dicha caldera, no reunía todas las condiciones requeridas para conseguir una cosecha de frutos de buena calidad e incluso los historiadores citan que entre sus plantas silvestres, que servían de pasto al ganado, como cabras y cerdos, había algunas que presentaban la curiosa condición de ser tóxicas para los machos y no para las hembras, cosa esta de la que no hemos encontrado ninguna referencia explicativa.

Tiene esta caldera una circunferencia de varios kilómetros, desarrollando un contorno muy regular y bien conformado. La vertiente interna en su mayor parte baja en suave declive hacia el interior, formando un valle en el que los guanches apacentaban sus rebaños. El paso de la cresta circular presentaba en algunos casos agrestes elevaciones y en esas zonas llegaba a hacer mucho frío en ciertos períodos del año.

Podemos decir, aprovechando el juego de palabras, que esta

denominación de caldera nos proporciona, que en ella se coció el más bravo episodio de la resistencia palmera.

El primer conato de intento serio de conquista que conocemos por la Historia fue un desembarco llevado a cabo en el año 1443, por Guillén Peraza, hijo de Hernán Peraza y doña Beatriz de Bobadilla.

Desembarcó Guillén Peraza por la parte de Tisuya, señorío de Chedey, que era uno de los más valientes caudillos, con tan mala fortuna que fue vencido y muerto el castellano, de una pedrada en la cara, teniendo que retirarse sus hombres diezmados y maltrechos a Lanzarote.

Cuéntanse después numerosas incursiones de franceses, que en otro tema tratamos, portugueses, etc... Pero son las que con más regularidad se llevaron a cabo por los vecinos herreños, sometidos con anterioridad, las más decisivas e importantes.

Por último tenemos la llegada de Alonso Fernández de Lugo, en el año 1490, el día de San Miguel, 29 de septiembre, que desembarcó por los términos de Aridane, cuyo señor era el cacique Mayantigo, llegada que inició la dominación definitiva de esta isla, algunos de cuyos episodios veremos más adelante.

Mayantigo ocupa un lugar preminente entre los caciques aborígenes. Para la época del desembarco de Lugo, recibía el nombre de Aganeyey, que significa "brazo cortado", pues lo había perdido en una batalla contra el cacique Chentire, que también era manco, pero lo era de nacimiento y estaba dotado de una extraordinaria fuerza física. La aureola y el prestigio de Mayantigo venía representado por este mismo nombre que quiere decir "pedazo de cielo" o sea, en cierto modo, parte del poder divino.

Esta isla también fue llamada por Ptolomeo "Herola". El nombre de Junonia Mayor, lo recoge el rey Juba, de Mauritania, en una descripción que hace de estas islas. Nos conviene aclarar que para la época del rey Juba, ya se hallaban las islas muy pobladas y eran muy conocidas, así que no podemos atribuir a este rey la colonización de las mismas y que sus contactos sólo tuvieron un carácter esporádico y circunstancial.

Es la isla de La Palma el testimonio geológico más genuino del carácter volcánico de estas islas.

Relata la tradición que en el término de Tixuya, existía una montaña llamada Tacande, palabra esta con que los nativos designaban al azufre. De esta montaña salió un río de lava que destruyó la población que se hallaba en el valle, pereciendo todos los guanches. Más tarde esta lava fragmentada y dispersa, recibiría el nombre de piedra de "malpais".

De esta condición volcánica deriva igualmente la naturaleza sulfurosa de sus aguas que la hacen inadecuada. También contribuye esta naturaleza volcánica a la aparición de brotes de aguas termales.

La primera población fundada por Lugo, recibió el nombre de San Miguel de La Palma, por haberse efectuado su desembarco en la isla el día de tal festividad.

VIDA Y COSTUMBRES DE LA PALMA

Eran los palmeros, dentro de la raza guanche, gente de aventajada estatura y robustez. Extraordinariamente ágiles, estaban dotados tanto los hombres como las mujeres de gran fortaleza física y espíritu generoso y acogedor.

Para los tiempos próximos a la Conquista hallábase la isla dividida, como el resto de las demás del archipiélago, en cacicagos o señoríos, que algún historiador hace ascender hasta doce.

Estos señoríos representaban en realidad agrupaciones más bien del tipo de clan familiar o familia heril y eran la consecuencia del continuo crecimiento y ulterior desmembración de una primitiva y dilatada familia. Por esta razón la mayor parte de estos caciques eran parientes entre sí. La población de sus señoríos estaba integrada generalmente por dos tipos o clases de individuos, uno por los familiares y allegados al jefe, predominio de casta que se mantenía rigurosamente a través de matrimonios celebrados entre colaterales muy próximos, y el otro por la plebe o gente más baja, que tenía su origen en aparejamientos heterogéneos, mezclándose individuos de unos y otros señoríos y por la descendencia irregular de muchos de estos aparejamientos de los jefes en mujeres de clase baja.

Estos señoríos se repartían de la manera siguiente:

Tenemos en primer lugar el señorío de Aridane, cuyo jefe era el cacique Mayantigo, que quiere decir "Pedazo de cielo", pues al cielo le decían "tigotán". Este jefe fue el más importan-

te y el más conocido. Posteriormente tomó el sobrenombre de Aganeyey, o sea "Brazo cortado", por haber perdido un brazo en una batalla con un cacique rival.

En segundo lugar estaba el señorío de Tisuya, cuyo jefe se llamaba Chedey o Echedey. Cuenta la Historia que el padre de este cacique había predicho en su tiempo la erupción del volcán Tacande, al que ya nos hemos referido al hablar de esta montaña.

Venía después el señorío de Guehebey, señoreado por Tamanca, del cual la historia nos ha dejado muy pocas referencias y solamente tenemos mención de su nombre.

Desde el Charco a Tígalate se extendía el señorío de Ahenguarreme, que comandaban los hermanos Chentire y Azuguahe. Chentire era manco de nacimiento. Tenía una gran fuerza en su otro brazo y además una enorme destreza. Parece ser que fue Chentire el causante de las heridas que produjeron a Magantigo la pérdida de su brazo izquierdo, que el mismo Mayantigo se amputó al cerciorarse de la inevitable pérdida de su antebrazo.

A continuación estaba el señorío de Tedote, que se extendía desde Tígalate a Tenibucar. También este señorío estaba regido por dos hermanos que eran Juguiri y Guareagua, que luego volveremos a encontrar.

Desde Tedote hasta Tunagua, hallábase comprendido el señorío de Tenibucar, gobernado por los tres hermanos Tinsuaga, Agasencio y Ventacayse, protagonistas igualmente de una conocida tradición.

Atabara era el señor de Tenagua. Y Bediesta era el capitán del siguiente señorío de Adeyahamen, que significa sumergido debajo del agua, aunque ignoramos los motivos reales de esta denominación.

En noveno lugar estaba Tagaragre, hoy Barlovento, cuyo capitán se llamaba Temiaba. Era este rey, de naturaleza enclenque, apocada y no reunía mayores dotes para el mando, por todo lo cual estaba siempre acompañado por una especie de protector o guardaespaldas llamado Antinmara, que era quien en realidad gobernaba.

A continuación aparece un nuevo Bediesta, repetición esta que no sabemos si atribuirla a un error del historiador, o si en

efecto respondía a la realidad, para regir y gobernar el señorío de Tegalgen.

Fue famoso el capitán Atogmatoma, alguno de cuyos hechos o intervenciones veremos después, que mandaba el señorío de Hiscaguan.

Todos estos señoríos se hallaban dispuestos en torno al de Aceró, al que hicimos referencia al describir la isla. En el vértice, en la propia caldera, localizábase este señorío, el más agresivo y montaraz, el más inaccesible y el que, en definitiva, representó el núcleo de la resistencia palmera, conquistando para la Historia, el honor y la fama de escribir las más brillantes páginas de la epopeya palmera. El señorío de Aceró, significa lugar fuerte, y su cacique se llamaba Tanauso, emparentado con otros caciques vecinos, pero que vivía retirado en su señorío al amparo de las agrestes y escarpadas laderas que constituían una inexpugnable defensa natural.

De los hechos realizados por algunos de estos caciques o de lo que aconteció en varios de estos señoríos, damos cuenta en futuros temas, lamentando muy de veras no poder extendernos cuanto fueran nuestros deseos en recoger y describir con profusión de detalles las incidencias de muchos de estos sucedidos conservados por la Historia y por la tradición.

Por ejemplo, la leyenda sobre los tres hermanos de Tenibucal, que nos cuenta como estos tres jefes, amigos de divertirse, concurrieron a una fiesta en un lugar próximo a su residencia. Durante la misma sobrevino una tormenta y al retirarse precipitadamente, en el llamado barranco de Agasencio, fueron arrasados por las aguas que bajaban tumultuosas de la montaña, pereciendo el cacique de este nombre y su hermano Tinsuaga. El tercero, Ventacayse, impulsado por la corriente se clavó en un muslo el tronco aguzado de una rama quebrada, de un árbol consiguiendo salvarse, pero quedando cojo para toda la vida.

Ya relatamos la tradición sobre Mayantigo y su pelea con el bravo Chentire y cómo el primero se amputó el brazo al verlo infectado y perdido.

Igualmente conservamos la tradición de la muerte de Guillén Peraza en los términos de Tisuya, a manos de las huestes de Chedey, capitaneadas por un hermano de éste.

Relatamos a continuación la única conflagración importante, de que tenemos noticia hubiera ocurrido entre estos caciques, antes de la llegada de los conquistadores.

Según se desprende de los testimonios conservados, Atogmatoma, señor de Hiscaguan, pretendía sojuzgar a otros señores, casi todos emparentados con él, pero el señorío que más le atraía y que con más ansias deseaba apoderarse por sus mejores condiciones para los pastos y la cría de ganados, era el de Aceró, que como hemos visto gobernaba Tanahuso que era un lugar difícil, casi inexpugnable.

Enzarázaronse en la lucha. De inmediato se sumaron a ella por una y otra parte amigos y parientes de los contendientes.

No pudiendo Atogmatoma vencer a su sobrino Tanahuso, pidió ayuda a Bediesta, jefe de la fracción de Adeyahamen y a su cuñado Tiniaba, que como hemos dicho era señor de Tagaragre. Entre los tres fueron acorralando a Tanahuso, que se retiró a fortalecerse al roque de Bene. cauno, pero viéndose muy comprometido pidió ayuda a sus vecinos y parientes los hermanos Juguiri y Guareagua, Aganeyey y Chenagua. Este último pertenecía al señorío de Gehebey, cuyo capitán era Tamanca, y era su hombre de confianza por lo decidido y valiente. Tomó este guerrero treinta de sus mejores hombres y fue a atacar a Atogmatoma en su propio terreno, en los llanos de Aridane. Atogmatoma por su parte atacaba a Aganeyey, dispersando su gente y tomando preso al propio padre de aquel caudillo, llamado Dajentire. Ante esta situación Aganeyey y los suyos reaccionaron con ferocidad y valentía, causando muchas bajas entre la gente de Atogmatoma. En compañía de su hermano Azucuahe, Aganeyey llegó hasta los términos de Tagaragre, uniéndose allí a los hombres de Tanahuso.

Al verse Tanahuso reforzado con los hombres de Chenanca y Aganeyey decidió dar la batalla definitiva a su tío. En esta batalla fue vencido Atogmatoma y a pique estuvo de perder la vida a manos de su sobrino el feroz y valiente Chenanca, salvándose por la intercesión de su hija Tinabuna, que sujetó el brazo de Chenanca, cuando se disponía a herir a su tío.

El final resultó un poco convencional y al clásico estilo de estos tipos de confrontaciones: La princesa Tinabuna contraía

matrimonio con Aganeyé, alianza buscada por Atogmatoma, padre de la princesa, con vistas a futuras expansiones bélicas.

También recoge la tradición histórica el episodio desarrollado en los predios del capitán Chentire, cuando un grupo de herreños al mando de un guía nativo de la isla de Hierro desembarcaron por Puntallana. Chentire consiguió escaparse. Los herreños, temiendo se alzara con gente y regresara a atacarles, prefirieron embarcarse de nuevo hacia su isla.

Otras tradiciones son recogidas en los temas que exponemos a continuación.

Tenían los palmeros un concepto muy especial de la propiedad. Para ellos, era un motivo de honrosa distinción conseguir robar o capturar algún ganado de los vecinos de otros señoríos, por cuya razón siempre andaban en litigio.

A este respecto y en lo que a la justicia se refiere, solían hacerlo por su cuenta y personal manera y una vez realizado el acto punitivo o de venganza, les bastaba pasarse a otro señorío, donde el matador o vengador, era respetado y en el que no podía ser perseguido.

Tenían un concepto peyorativo de la enfermedad y de la muerte. Por esta razón, cuando sentían aproximarse su fin o enfermaban gravemente, pedían ser encerrados por sus familiares en una cueva, junto con algunos alimentos y sobre unas pieles, pues entre ellos existía la costumbre de que la tierra no podía tocar el cuerpo. Posteriormente esta cueva sería tapiada y allí se dejaba extinguir la vida de este curioso ejemplar de condenado.

Sus armas y vestidos, así como el calzado y la forma de alimentarse, era muy semejante al resto de las islas, variando únicamente en aquellos aspectos o peculiaridades muy arraigadas a la naturaleza y a los productos del suelo.

En esta isla las mujeres desempeñaban un papel muy importante y activo en las contiendas y batallas que se originaban o que se originaron con motivo de la Conquista. Alguno de estos episodios es objeto de los temas recogidos en este libro. Influyó en esta condición de las mujeres el hecho de que personalmente la mujer palmera era fuerte, muy vigorosa y frecuentemente bastante desarrollada. Como es lógico al contar con estas cua-

lidades físicas, se encontraba en muy buenas condiciones para participar en acciones de este tipo.

Es curioso que haya llegado hasta nosotros recogida por la tradición la polémica sobre el valor y personalidad de los palmeros varones, polémica de todo punto absurda, insostenible y solamente admitida en su origen por la presencia de mujeres en los campos de batalla, pero tal presencia nunca significó un menoscabo de la capacidad luchadora y varonil del hombre palmero, sino más bien un realce integral de su raza al contar con mujeres adornadas por estas virtudes.

Entretenían sus ocios, organizando justas y torneos u otras manifestaciones de fuerza y destreza en las cuales no era raro ver tomar parte a las mujeres. Danzaban y cantaban al estilo de las demás islas. De la misma manera tenían sus ritos e invocaban al dios Aborán, palabra esta de gran parecido con la ya conocida de Acorán, nombre dado a su dios por los canarios.

Usaban de los megalitos para sus ritos y también de grandes montones de piedras blancas y pulidas que disponían con cierta gracia y arte en forma de pequeñas pirámides, en torno a las cuales cantaban y bailaban.

De la misma forma, realizaban las ofrendas que consistían en entrañas de animales principalmente, y también en leche y manteca y otros productos.

Entre su alimentación destaca el uso de un grano llamado "amagante", producido por una mata o árbol parecido a la jara, que molían y mezclaban con caldo o leche. También usaban la consabida raíz bulbosa de los helechos que encontramos en la isla de El Hierro. Anotamos como curiosidad la costumbre que tenían de usar las raíces de malva para a modo de esponja, empaparlas en leche y luego chuparlas, poniéndolas a secar al sol, una vez usadas, para volver a hacer uso de ellas en otra oportunidad.

A la leche de cabra la llamaban "adago". A la cabra "teguévite". Y al cerdo "atanavina".

Por último señalamos la diferencia que existía entre el calzado de los palmeros hecho también con tiras de piel de cerdo, curtidas, al estilo de las encontradas en la isla de Fuerteventura y otras, pero en este caso eran más fuertes y se arrollaban estas

tiras en torno a la pierna hasta casi la altura de la rodilla.

Rendían culto al sol y a la luna. En esta isla también se celebraba la danza de la luna nueva, la de la primavera o de la siembras y otras. En cuanto al espíritu del mal, venía encarnado por el demonio que se podía presentar bajo la forma de un perro o animal que ellos llamaban "iruene".

EL CRIMEN DE JACOMAR

Pese a la proximidad entre la isla del Hierro y la de La Palma fue ésta la penúltima que los españoles conquistaron, pues los primeros intentos fueron tan desafortunados que al culminar con la muerte de Guillén Peraza a manos de Chedey, hicieron abandonar a los conquistadores la idea de abordarla, hasta que Fernández de Lugo, Alcaide de Agaete, en la isla de Gran Canaria, obtuvo la correspondiente autorización y ayuda para completar la conquista, adueñándose de las dos islas que faltaban por someter: La Palma y Tenerife.

Pero en ese intervalo era frecuente que navíos que surcaban los mares en todas direcciones y por el incremento que el comercio peninsular o continental iba tomando con las islas ya sometidas, que algunos barcos tocaran en las costas aún vírgenes de invasores, tanto de La Palma como de Tenerife.

Iban con frecuencia los herreños a La Palma con la finalidad de apropiarse de lo que podían, si las cosas iban bien, o de comerciar con los nativos si las cosas iban mal, porque era preferible llegar a una playa, desembarcar y apoderarse de algún rebaño que por allí hubiera y hacerse de nuevo a la mar, que arriesgarse a unos contactos a veces no muy amistosos con los nativos o por demás, en el mejor de los casos, aún a puro trueque, costosos.

En una de estas expediciones fue en la que tomó parte el actor de nuestro relato.

Nació Jacomar en la isla del Hierro y como había sucedido con muchos de sus hermanos, habíale tomado gusto a la vida de milicia de los castellanos. Prestaba sus servicios en una compañía de guarnición en la isla del Hierro.

Llegaron Jacomar y los suyos a la costa palmera, desembarcando en terrenos de Tigalete, en donde los hermanos Juguiri y Garehagua ejercitaban su señorío.

Comenzaron los tratos con los palmeros, pero estos tratos fueron de índole muy diversa, según la naturaleza de la mercadería que cada uno trataba de conseguir.

Puso Jacomar sus pecadores ojos en una agraciada y robusta palmera llamada Abullanina, a la que intentó raptar.

Para ello pusose de acuerdo con dos de sus compañeros y aquella noche incursionaron hacia el campamento guancho con el propósito indicado. Hallaron a la moza acompañada de un cortejador. Arremetieron contra ellos pretendiendo no darles tiempo a gritar ni a defenderse.

Cayeron los dos amigos de Jacomar sobre el hombre y lo redujeron a la impotencia, mientras Jacomar trataba de apoderarse de la dama. Pero por algo la tradición atribuye a las robustas palmeras de la época una arrogancia y un valor varonil. El abrazo tan esperado, en vez de dárselo Jacomar a la palmera se lo dio ésta a él y tan fuerte lo apretó contra su pecho, en el forcejeo que Jacomar sintió que perdía la vida por asfixia y no le quedó otro recurso para librarse de la muerte, pues ni gritar podía para pedir auxilio a sus compañeros, que echar mano de su daga y apuñalar a la hermosa Abullanina, matando de hecho, así, todas sus incipientes y amorosas ilusiones.

Medio trastornado aún por el peligro corrido urgió a sus compañeros a retirarse, al amparo de las sombras de la noche.

Tiempo después, volvió Jacomar a la isla en otra expedición, adoptando esta vez una actitud menos donjuanesca y confraternizada con los nativos, y vean ustedes la paradoja, pues esta actitud le costó esta vez la vida a él. Al parecer trabó amistad con un nativo llamado Garehagua, a quien en un momento de flaca y espontánea sinceridad le contó su pasada aventura, sin saber que este Garehagua no sólo era el señor del término, sino además hermano de la difunta Abullanina. Naturalmente, a Ga-

rehagua le faltó tiempo para deshacerse de inmediato del asesino de su hermana, atravesándole con una lanza.

Otra versión de este suceso es aquella que nos relata cómo habiendo desembarcado algunos españoles en compañía de otros herreños en los términos de los hermanos citados, Garehagua y Juguero, se suscitaron varias escaramuzas, que nunca faltaban, en una de las cuales al travarse en batalla, el soldado Jacomar se vio en grave aprieto ante el acoso de la bella Abullanina, que tomaba parte en la lid como un guerro más. Ante el peligro inminente de muerte a Jacomar no le quedó otro recurso que defenderse y agredir a la bella con tan mala fortuna que la mató.

Aun en el supuesto de que esto último sea más veraz, no por ello resulta lo primero menos verosímil ni menos frecuente en cuanto a las intenciones amorosas que motivaron el suceso. Por otra parte, nos parece más adecuado el desarrollo tal como primero lo hemos narrado, a los fines del culto tradicional de una narración que puede ser tenida por hermosa.

Con toda seguridad, este dramático suceso tuvo un influjo negativo en la actitud hostil que posteriormente adoptarían los hermanos Juguero y Garehagua, ante los intentos de pacificación y conquista del Adelantado Fernández de Lugo, actitud que les llevó a unirse con Tanausu, señor de Aceró, para escribir la página más heroica de la resistencia opuesta a los conquistadores españoles en esta isla.

Es indudable que para la posteridad, la bella Abullanina, quedaría como símbolo de la mujer palmera, de su valor y heroísmo ante las pretensiones del invasor, encarnado esta vez no en un extraño, sino en un hermano de raza, que con tanta facilidad y rapidez había sabido asimilar, no sabemos si las virtudes, pero sí los capitales defectos de aquella raza de conquistadores.

GUAYANFANTA

Si especiales características y nobles virtudes adornaron a los varones de la raza guanche, no podemos decir menos de sus mujeres, algunas de las cuales, como ha acontecido siempre, ejercieron un influjo notable en los avatares de la Conquista, retrasando unas veces y acelerando otras el curso de la misma.

Siempre ha sido la mujer el primer móvil en la vida del hombre, y no podía en este caso constituir una excepción de la regla, la presencia de la mujer guanche en la epopeya canaria.

Así como la literatura universal nos ha legado la tradición de las mujeres nórdicas o de las exóticas, a través de las hermosas leyendas de las Walkirias de los Nibelungos, incluso musicalmente inmortalizadas, o de las famosas amazonas que voluntariamente se mutilaban el pecho derecho para mejor manejar su arco, así podríamos también cantar a la mujer canaria de todas las islas, pero muy especialmente a esta mujer palmera, que bien merece el título de Walkiria o amazona canaria.

Ya hemos dicho que el guanche era por naturaleza noble, pacífico y así vimos como a través de los episodios de la Conquista, prevaleció este binomio de virtudes. Cuando la nobleza dio paso a la astucia o al ardid y su pacífica forma de ser diera paso a la cólera o a la violencia, casi siempre fue debido a una reivindicación de tipo moral o de honor, al sentirse defraudados, y no a un movimiento hostil o de incompatibilidad con los invasores. Vacíos de maldad, acostumbrados al cotidiano vivir co-

mún y fraterno, hospitalarios por encima de todo, de buenos sentimientos, acogieron al extraño como a hermano y sólo cuando vieron que trataban de someterle a una servidumbre, que les cercenaba sus posesiones y libertades, reaccionaron con violencia.

Las mujeres, ¿qué hacían en caso de guerra? En estos casos los más ancianos hombres o mujeres, inútiles para la guerra, los niños, las mujeres embarazadas y los enfermos, así como aquellos que hubieren sido destinados para la custodia y mantenimiento, se retiraban a los más recónditos parajes, en donde habían de permanecer hasta el final de la lucha.

El resto de la gente, útil para el combate, iba toda en tropel al campo de batalla, y las mujeres tomaban parte en la misma con la eficacia de veteranos soldados.

Solamente no intervenían éstas cuando el litigio se dirimía mediante combate concertado entre campeones de uno y otro bando. En estos casos no tenemos noticia, ni aun con respecto a querellas locales, de que las mujeres participaran en estos actos.

Es probable que la fortaleza de la mujer canaria dependiera además de las cualidades físicas de su raza, de la vida al aire libre en parajes regalados con tan buen clima, y en otros casos influía también lo accidentado del terreno que las obligaba a realizar grandes esfuerzos físicos, cuyo ejercicio contribuía a un deportivo desarrollo.

Aparte de sus ocupaciones habituales, de labores en la casa o en el clan, y de otros menesteres propios de las mujeres, participaban también en la tarea de adiestrar a sus pequeñuelos, junto con sus propios maridos o bien cuando éstos se hallaban ausentes por algún motivo.

Tomaban parte en las faenas de la pesca, pues eran unas excelentes nadadoras. También intervenían en las labores agrícolas, allí donde esta actividad se desarrollaba, dejando a los hombres la tarea de sembrar, encargándose ellas del cuidado de las sementeras y de la recolección de los frutos, así como de las raíces y productos necesarios para fabricar los tintes con que después adornarían sus vestidos y pertenencias.

Pero aquí lo que nos interesa es enfocar esta personalidad

combatiente y aguerrida de la mujer canaria. Por ello traemos a estas páginas la historia de la princesa Guayanfanta.

Guayanfanta era hermana del cacique Mayantigo, señor de Aridane, que más tarde conoció la historia con el nombre de Aganeye, a quien ya conocemos.

Era esta princesa una mujer hermosa. Alta, fuerte, bien proporcionada. Su bronceada tez, curtida por mil soles y vientos, contrastaba con unos ojos claros, de dulce pero firme mirada. Una negrísima cabellera suave y brillante se desparramaba por encima de sus hombros, con la majestuosidad de un manto real. Era, en efecto, una verdadera princesa.

Habíase casado con el afamado Chioare, joven de singular destreza y bella estampa varonil, hombre de confianza de su cuñado Mayantigo.

No había tenido este matrimonio descendencia y quizás esto hubiera sido el motivo por el cual ambos esposos se pudieron dedicar con una mayor intensidad tanto al ejercicio de las armas y los más rudos deportes, como a la práctica de múltiples obras de caridad y ayuda entre sus hermanos de raza, por lo cual eran muy estimados y queridos.

Pero la felicidad no podía ser eterna. Un aciago día Chioare caía muerto en un combate contra los enemigos, que venidos de tierras extrañas, pretendían arrebatarles su idílica paz. Sobre su cadáver, incapaz de contener sus lágrimas, pero con un firme gesto de resolución en su bello rostro, Guayanfanta habíase prometido a sí misma, consagrarse a la defensa de su pueblo y no descansar en la lucha hasta ver alejado para siempre al invasor.

Para el tiempo en que se refiere esta historia, la princesa contaba ya alrededor de los treinta y cinco años, hallándose en la plenitud de su vigor físico y de la animosidad contra los enemigos de su pueblo.

En uno de los desembarcos efectuados por los españoles por los términos del cacique Mayantigo, habíase aprestado éste a la defensa. Naturalmente allí estaba Guayanfanta, como un bravo más, en el lugar que otrora ocupara su inolvidable Chioare.

La escaramuza fue dura y violenta. En aquella oportunidad la fortuna volvía sus espaldas a los nativos que se vieron seriamente comprometidos.

Considerándose perdida y dominada por el ardor de la refriega, Guayanfanta apresó a uno de los soldados enemigos, con todo su vigor, y sujetándole por debajo del brazo, trató de huir con él en volandas hacia un próximo risco, con la idea de lanzarse al abismo en compañía de aquel enemigo para que su muerte fuera al menos compensada de alguna manera.

Por fortuna, los compañeros de éste se dieron cuenta del rapto, logrando apoderarse de Guayanfanta y arrebatarle la presa. Mas como ella insistiera en su intento de lanzarse al abismo, no encontraron mejor solución que herirla en ambas piernas, para que no pudiera caminar, no contándonos la Historia el tiempo que tardó en reponerse de ello, ni si en lo sucesivo empleara en mejores empresas sus bélicos ardores.

¡Honor a la mujer palmera!

TANAUSU

Es sin duda la figura de este valiente canario, la más representativa del espíritu indómito y guerrero del pueblo aborigen de la isla de La Palma.

Como acontece casi siempre en este tipo de luchas de conquista, en las que el invasor ostenta una mayor fuerza y superioridad, los episodios heroicos se suceden para dar paso a ese sometimiento raras veces voluntario, que pasando a la posteridad dará origen al canto de gesta, a la epopeya de un pueblo.

Según los casos, este sometimiento será unas veces absoluto y completo dando lugar a una comunión íntima entre vencedores y vencidos, o bien en otros casos esta comunión no se lleva a efecto, y aun después de la victoria del invasor subsiste entre vencedores y vencidos una relación hosca y difícil que posteriormente engendrará muchos problemas.

Así tuvimos la oportunidad de verlo cuando hablamos de La Gomera.

En el caso de la isla de La Palma, la lucha fue dura, violenta, pero noble, al menos por parte de los vencidos. Aunque, como pasa casi siempre en este tipo de acciones de conquista, no falta por algunas de las partes la acción alevosa e insana, que en cierto modo puede ser definitiva. Así pasó con Tanausu. Sin embargo, desde el punto de vista histórico, es posible que el hecho de la traición o ardid de Fernández de Lugo se justifique, basándose en la razón de que así se evitó prolongar una lucha cruel y fatalmente decidida.

Gobernaba Tanausu el término de Azeró, que quiere decir

“lugar fuerte”, que estaba enclavado en el centro de la isla, vértice truncado que conocimos con el nombre de Caldera de Taburiente.

Ya conocemos las contundentes cualidades guerreras de este noble palmero, obtenidas a través de sus fricciones con otros caciques de la isla y ya relatamos una de sus mayores hazañas que fue la de combatir victoriosamente a su tío Aganeye, señor de Aridane que pretendía apoderarse del territorio de su sobrino, más fresco y propicio para pastar el ganado.

Así, pues, no puede extrañarnos el que más adelante, una vez llegadas a esta isla las huestes de Fernández de Lugo, Tanausu exhibiera sus cualidades de avezado estratega y no sabemos cuánto tiempo hubiera necesitado el aguerrido capitán español para dominar la isla, sino hubiera tenido que acudir para someter a este indómito guerrero a ciertos recursos cuya validez universal había de proclamar posteriormente el inmortal Príncipe de Maquiavelo.

La epopeya del sitio de Azeró nada tiene que envidiar a las más brillantes y famosas de la Historia, como vamos a ver.

Tenía Tanausu lazos de parentesco con otros jefes y guerreros de la isla, circunstancia ésta que va a jugar importante papel en la culminación de la conquista.

Alonso Fernández de Lugo no encontró mayores dificultades para someter a los notables palmeros en todo su contorno, si exceptuamos a los hermanos Juguero y Garehagua, señores del término de Tigalate, que le fueron hostiles porque aún conservaban muy reciente el recuerdo de la muerte de su hermana Abullanina a manos del herreño Jacomar, durante una incursión herreña a la isla. Estos capitanes se habían internado en los escarpados terrenos de la montaña, dirigiendo lo que hoy podríamos llamar una guerra de guerrillas.

Lugo acometió entonces la empresa de conquistar el término de Azero, para finalizar su obra.

Integrado fundamentalmente este término por la Caldera de Taburiente, tenía dos entradas, cuyo acceso era muy difícil. Una llamada Boca de Barranco del Agua, que era muy agreste y poco usada, y la otra, Adamancasis, por la Cueva de Herrera, que era la más frecuentada, donde se dio la batalla de Ajerjo, así llamado

el punto, por existir allí un naciente de agua. Muy próximo a este paraje se halla el lugar conocido con el nombre de "Ayssuragan", risco al pie del cual, cuenta la tradición que en la retirada de Tanausu hacia lugares más elevados, murieron de frío muchos niños y ancianos, según el padre Abreu.

Utilizó Lugo, después de su fracaso en la batalla de Ajerjo o "Paso del Capitán", de la que Tanausu se le escapó hacia los riscos, los oficios de un palmero, pariente de Tanausu, hombre prudente y valeroso, pero sometido, llamado Juan de Palma, para que parlamentara con Tanausu a fin de concertar una permanente alianza, pues en realidad la situación de Lugo era un tanto comprometida e incómoda por los esporádicos ataques que sufría por parte de los palmeros, comandados una vez por Tanausu y por los hermanos Juguero y Garehagua, que en nada le beneficiaban.

Se llegó al acuerdo de que una vez retirados los hombres de Lugo, del término de Azeró, ambos capitanes, Lugo y Tanausu, se entrevistarían en el lugar conocido como la "Fuente del Pico", en la cabecera de los llanos de Aridane.

Desconfiaba Tanausu, recelando alguna trampa de esta entrevista, pero Juan de Palma le convenció de la caballerosidad de Lugo, aunque no faltó quien le advirtiera de todo lo contrario, augurándole un mal fin. Aquí surge el dilema de la historia. ¿Por qué Lugo traicionó, efectivamente, a Tanausu tal como éste fuera advertido, pese a las garantías que le fueron dadas por Juan de Palma? La única respuesta a lo que después pasó en la Fuente del Pico es que Lugo, capitán experimentado en los avatares de la Conquista, juzgó más beneficioso para todos solucionar drásticamente la situación. Y así, el día señalado para la entrevista, al acudir Tanausu con sus mejores hombres al lugar de la cita, abandonando sus inexpugnables posiciones de Azeró, Lugo mandó a sus hombres que le cortaran la retirada, al acercarse al lugar convenido, y lo hizo preso, alegando a su vez que desconfiaba de la buena intención de Tanausu, a quien imputó un plan de sedición con Juguero y Garehagua. Esto no era cierto, pero la captura de Tanausu se llevó a cabo y una vez preso este caudillo, la resistencia de Azeró se terminó para siempre.

Este bochornoso hecho se llevó a cabo el día 3 de mayo de 1491, y posteriormente Tanausu, de natural indómito e insubordinable, aunque fue bien tratado por Lugo, que intentó enviarle a la Península y Corte, más que como prisionero, como exhibición de un valiente guerrero humillado a la Corona de Castilla, como testimonio de fiel vasallaje de los antiguos canarios a los Católicos reyes, pues siempre eran bien acogidos los canarios en Castilla y cargados de atenciones y honores, desdeñó la merced que se le hacía y al estilo de sus viejas costumbres, se dejó morir de hambre, impulsado por el pesar que le produjo su derrota. Esta actitud de retiro voluntario de los alimentos ante la muerte, en otros casos equivalía a la práctica de despeñarse a la usanza tradicional, o a otro tipo de suicidio.

Tanausu prefirió la muerte a ver a su pueblo sojuzgado por el invasor. Sabía que para él y para los suyos se habían acabado para siempre aquellos días de libertad y de paz, al arrullo del rumor de los vientos al deslizarse por entre los riscos de su Caldera amada. Sabía que aquel cotidiano vivir sin ambición, sin torpe afán, en íntimo contacto con la naturaleza sin exigirle al día otra cosa que el necesario sustento, no volvería jamás. De allí en adelante hombres interesados en la presa fácil y en el lucro egoísta, agostarían su libertad y les obligarían a reducirse a límites prefijados y a trabajar para ellos mediante una mezquina remuneración. Era la civilización que comenzaba y Tanausu prefirió morir también con aquella época que moría. Desconfiaba él de aquello que nacía bajo el signo del engaño. De la traición de que había sido objeto. Su alma sencilla y su espíritu simple, no podían comprender de las exigencias de la política y del desarrollo histórico de la Humanidad.

Rindamos homenaje a este héroe noble y sencillo, cuya falta de visión del futuro se derivó quizás de esta maravillosa y principal condición que por su aislamiento imprimen estas islas afortunadas a sus naturales o a todos los que venimos a permanecer en ellas, con ansia de paz fecunda y de humano entendimiento.

Esperamos que algún día una pluma canaria más autorizada que la nuestra, rinda también justo tributo a este caudillo palmero e inmortalice en un lenguaje lírico más elevado para la Historia de los tiempos, esta maravillosa gesta.

SAN PEDRO Y LA ISLA DE LA PALMA

No acierto a explicarme como en la isla de La Palma e incluso también en la de Tenerife, la tradición a la antigua usanza, no rindió a San Pedro el debido homenaje que habitualmente se rinde a todos aquellos, hombres, dioses o valedores, que por una u otra circunstancia influyen o deciden la suerte de los pueblos.

Desde los albores de su nacimiento a las religiones y una vez habituado el hombre a poner en manos transcendentales o divinas el albur de su suerte y la trayectoria de sus propios destinos, la Historia es una sucesión interminable de relatos que nos cuenta como estas intervenciones divinas, adoptando aquella curiosa modalidad del "Deus ex machina", condicionaron de una manera definitiva el rumbo de esa Historia.

No necesitamos, ni tampoco pretendemos, reseñar aquí la importancia de este fato en la conducta humana.

Nos basta simplemente recordar la frecuencia con que el hombre, ayudado por la intervención divina, corona multitud de empresas que luego consagrará a la memoria de tan generosos protectores.

En la historia de la conquista de estas islas no podía faltar esta intervención sobrehumana que tanto había de contribuir a matizar y definir aquel movimiento de expansión universal que un día se iniciara bajo los auspicios de la espada y de la Cruz.

Verdad es que en lo que respecta a Las Canarias, no nos ha legado la Historia un testimonio fidedigno de que tal intervención maravillosa se hubiera llevado a efecto como aconteció en otros episodios de la conquista en otros lugares de la Patria.

Pero nos hemos encontrado con una curiosa tradición que hoy queremos exponer a nuestros lectores, la cual nos prueba como San Pedro impulsado por no sabemos qué inescrutables designios, aunque los sospechamos, participó de forma evidente y substancial en la tarea de ayudar a los conquistadores, para que la ganancia de estos previos a la fe católica fuera un hecho definitivo. Sin más preámbulos, pasemos a la tradición.

Ya vimos cómo Alonso Fernández de Lugo, una vez viudo y animado para seguir la marcha de la Conquista, decidió solicitar a los Reyes Católicos la correspondiente autorización para continuar la obra emprendida por el malogrado Juan Rejón.

Este caballero era veterano en los asuntos relacionados con la contienda en Canarias. Ya vimos cómo en tiempos de Juan Rejón, a su llegada a Gran Canaria, había tomado parte en la batalla de Guíniguada. Más tarde, en tiempos de Pedro de Vera, fue nombrado alcaide y señor, con repartimiento, en los terrenos de Agaete.

Vino, pues, a la península y consiguió la merced que solicitaba de los augustos monarcas. Sin pérdida de tiempo trasladóse a Sevilla en donde los Comisionados Reales habían de proveerle de todo lo necesario.

Pero con toda esta ayuda real y el aporte de sus propios bienes, todavía no era suficiente el capital reunido para sufragar los gastos que la expedición representaba y andaba el bueno de don Alonso buscando el arbitrio oportuno para allegar aquellos recursos que faltaban.

Aquí entra lo extraordinario de la narración.

Entrando el capitán en la Iglesia Mayor de Sevilla para impetrar el auxilio divino, un viejo de noble porte y maneras, se le acercó en el silencioso recinto y sin mediar más explicaciones, le condujo hacia una nave lateral. Dirigiéndose a un altar, extrajo de la parte trasera del mismo, unos puñados de doblas de oro que entregó al capitán Fernández de Lugo, diciéndole que se las entregaba para ayudarle a sufragar

los gastos de la empresa que tenía entre manos, en la que había de triunfar y ganar para la religión católica aquellas tierras en las que aún no imperaba la palabra de Cristo.

Alonso, devoto creyente de San Pedro, no dudó por un momento que aquel venerable viejo no podía ser otro que el Apóstol Primado, de todo lo que dedujo no sólo la eficaz contribución de tal ayuda, sino que en ella adivinó la complacencia divina con su obra, lo que contribuyó también a proporcionarle mayor ánimo y empeño para llevarla a cabo, imbuido por tan altos y señalados designios.

Por todo lo expuesto nos ha llamado poderosamente la atención la inexplicable ausencia del testimonio de agradecimiento que supondría la tradicional consagración al Santo de las principales obras y fundaciones llevadas a cabo en estas dos islas.

Tela tienen para cortar a la hora de la profunda y serena reflexión palmeros y tinerfeños.

ISLA DE GRAN CANARIA

Así como dijimos que en el aspecto telúrico el Teide representaba simbólicamente en la ideología universal al archipiélago canario, la isla de Gran Canaria representa en la historia viva de la Humanidad el símbolo de la grandeza y del heroísmo de un pueblo, de toda una raza.

No aciertan los historiadores a procurarnos datos precisos sobre el origen del nombre y la denominación de Canaria, que en un principio tuviera esta isla, derivada tal denominación del primitivo nombre que es tema de uno de nuestros primeros trabajos en la presente obra.

Pero sí nos han dejado constancia del porqué de ese calificativo de Gran, atribuido al primer expedicionario conquistador, caballero francés Juan de Bethancourt, quien después de someter las cuatro primeras islas topó con la de Canaria, estrellándose allí su infatigable denuedo, teniendo que retirarse humillado y vencido de sus suelos, admirado por la nobleza y bravura de los canarios, apellidó a esta isla con el calificativo de Gran, quizás en un intento de minimizar así su derrota, pues es una actitud tradicional en el hombre intentar justificar su inferioridad o debilidad achacando al adversario una mayor superioridad o fortaleza, que a veces es inexistente.

Narrar la gesta gloriosa de la epopeya canaria sería cosa de ocupar mucho espacio al papel y mucho tiempo al lector, por cuya razón nos tenemos que limitar simplemente a señalar aquí aquellos jalones más importantes y trascendentales, para el desarrollo de la misma.

Ya en tiempos de Juan de Bethancourt, un rey de la isla, Ar-

temis Semidan, guanarteme a la sazón, entregaba su vida en holocausto por la libertad en una batalla sostenida muy cerca de la población que hoy se conoce con el nombre de Agüimes. Sacrificio que dio resultado, pues ya sabemos cómo Bethancourt tuvo que abandonar la isla.

Más tarde, el 12 de agosto de 1461, según los historiadores, Diego de Herrera, protagonista de varios y adversos episodios en esta isla, no encontrando otro recurso para apropiársela, desembarca con el obispo Illescas, que lo era de Rubicón, en La Isleta y mediante escribano, ante los correspondientes testigos, toma posesión de la isla en nombre de su Majestad.

Es curiosa la personalidad de Diego de Herrera, quien a nuestro modesto entender y sin menoscabo de sus virtudes y de su capacidad como soldado, reunía grandes cualidades como hábil diplomático, experto y apegado hombre de leyes, conocedor de cuanto recurso fuera útil a sus intereses e intenciones, como nos lo demostró en más de una ocasión.

Naturalmente que esta toma de posesión fue un papel mojado y la Conquista no entra en vigor hasta la llegada a los predios canarios del conquistador Juan Rejón, que también desembarcaría en La Isleta, pero animado por distintas y menos jurídicas intenciones.

De este notable conquistador mucho habría que relatar, pues su vida, en lo que atañe a la Conquista de estas islas fue una sucesión de avatares, casi siempre adversos, que culminaron con su propia muerte, acaecida de manera violenta en otra isla del archipiélago, como veremos más adelante.

En realidad, sólo con la llegada de Pedro de Vera, quien tuvo la gran idea de aprisionar al guanarteme de Galdar, para enviarlo a la Corte Española, de donde volvió convertido en caudillo cristiano, es como podemos decir que comienza la fase definitiva y más sangrienta de la lucha.

Los habitantes de la isla estaban para la época de la Conquista muy bien organizados tanto social como políticamente y, sin duda alguna, eran los más avanzados del archipiélago, pues los de Tenerife adolecían del defecto de estar fragmentados en un excesivo número de menceyatos, lo que traía como consecuencia un desarrollo menos organizado y más disperso.

En otros temas hallará el lector relatados algunos de los hechos más notables sobre la lucha desarrollada en el suelo canario.

El primer intento de desembarco en plan conquistador, de alguna importancia, y sin excluir algunos anteriores llevados a cabo por otros navegantes o expedicionarios de distintas nacionalidades, lo realiza el francés Juan de Bethencourt, en nombre de los Reyes de Castilla, al frente de una armada integrada por caballeros españoles y franceses, el año de 1405, partiendo de la isla de Fuerteventura, recién conquistada.

Después de varias tentativas, el desembarco se llevó a cabo por la parte sur de la isla, cerca de la hoy conocida población de Arginegún.

Acudieron los canarios dirigidos por el rey Artemis Semidan a defender su suelo, empleando para ello cuantos recursos tenían a su alcance, pero sirviéndose principalmente de piedras y palos y de una especie de lanzas que fabricaban con varas tostadas aguzadas en su punta a modo de azagayas.

Ya dijimos como el rey Artemis murió en una de estas reñidas y cómo los invasores tuvieron que retirarse de la isla.

Anota algún historiador que el número de canarios que llegaron a concurrir en estas batallas fue de unos cinco mil, cosa que nos resistimos a creer, excepto en el caso de que tal recuento implicara la suma de los distintos grupos que sucesivamente se fueron encontrando en las diferentes entradas o desembarcos.

Sabemos que para esa época la isla no estaba dividida todavía por lo que la autoridad de un sólo rey agrupaba a la totalidad de los canarios, que se supone en un número mayor a los diez mil.

En noviembre de 1406 anotamos otro intento serio de desembarco por parte de Bethencourt, esta vez por el puerto de Gando, más próximo a lo que más tarde llegaría a ser la capital de la isla. También esta vez fue rechazado, retirándose definitivamente a Lanzarote sin que la Historia nos vuelva a relatar nuevos intentos de desembarco en la isla de este conquistador.

Sobreviene entonces un período de calma para la Gran Canaria, durante el cual se suceden diversas incidencias en el desa-

rollo de la Conquista, pareciendo dedicarse los conquistadores a consolidarse y mantenerse en las islas que ya tenían dominadas anteriormente.

En este intervalo surgen episodios de singular trascendencia, como el ya relatado de la venta de las islas, los intentos de desembarco por parte de los portugueses y otros episodios no menos interesantes y hasta anecdóticos como el merodeo del pirata francés Pata de Palo, de cuyas hazañas nos quedó una prueba fehaciente en la isla de La Palma.

Cincuenta años más tarde, poco más o menos, llegaría Diego de Herrera a quien ya hemos hecho referencia al relatar su curioso método para anexionar las islas a la Corona. Corría el año de 1461.

En años sucesivos, repitiéronse estos desembarcos dirigidos alternativamente por unos u otros personajes vinculados a Diego de Herrera. Uno de estos episodios lo recogemos en la narración que titulamos "La Torre de Gando".

En 1467, reforzado ya Herrera con la presencia y los hombres de su flamante yerno, el caballero portugués Diego de Silva, intenta nuevos desembarcos, tanto por la parte de Gando, al sur de la isla, como por la parte de Galdar al norte de la misma, uno de cuyos desembarcos llevado a cabo por Diego de Silva, cerca de Bañaderos, relatamos en la tradición de María Tazirga.

Para entonces ya la isla estaba dividida en dos reinos, gobernados por los hermanos Ventahore y Egonaiiga Semidán, hijos del fallecido rey Artemis.

Ventahore gobernaba la parte sur, zona más extensa geográficamente y con mayor población, pero menos rica y productiva que la de su hermano Egonaiiga, que ocupaba la parte norte de la isla, zona montañosa que contaba con mayores recursos agrícolas y ganaderos. Ventahore residía en la ciudad de Telde. Egonaiiga en la de Galdar.

Ambos reyes se denominaban Guanartemes y eran ayudados en sus tareas de gobierno por los llamados Guaires, en número de seis por cada reino.

Sobre todo esto volveremos más adelante.

Tuvo también que retirarse Herra con los suyos y no vemos a encontrarlos en esta isla.

Por fin sonaría la hora de la invasión definitiva, cuando el día 24 de junio de 1477, el aragonés Juan Rejón, acompañado por Juan Bermúdez, Dean de Rebicón, en la isla de Lanzarote, que tenía a su cargo la evangelización de las islas, desembarcaban en La Isleta. Lo que sigue ya es Historia contemporánea.

El hito final de la conquista de Gran Canaria lo marcó la llegada de Pedro de Vera que consigue la pacificación de la isla, librando los últimos y más sangrientos combates en los que perecen los principales caudillos canarios o son hechos prisioneros, pacificación en la que es definitivamente secundado por Fernando Guanarteme, que no sería otro que aquel Egonaga, rey de Galdar, que otrora resistiera a los invasores.

LA TORRE DE GANDO

La torre de Gando fue construida hacia el año 1468.

Por esa época ya habían sido numerosos los intentos de los conquistadores castellanos para invadir la isla, pero siempre habían sido rechazados.

Diego de Herrera, igualmente, después de varios intentos, tomó tierra una de las veces en Gando, acompañado por el obispo Illescas, titular del episcopado de Rubicón, en la isla de Lanzarote, y entre ambos emprendieron la tarea de convencer al Guanarteme de Telde, llamado Ventahore, y a los suyos para que les permitieran radicarse pacíficamente en terreno canario.

Ventahore dudó mucho sobre tal proposición. Después de consultarlo con su hermano Egonayga, hombre de natural pacífico y tranquilo, a la sazón Guanarteme de Galdar, y con sus otros hermanos Grandes Faycanes, sometió al Sabor o consejo de sus Guayres el asunto. Terminaron por aceptar la propuesta del obispo Illescas, que consistía en ser autorizados para construir un edificio o fábrica, destinado al culto y a la oración al Dios de los cristianos.

Llevóse a efecto la construcción de dicha torre, en cuyos trabajos participaban con buena voluntad los canarios. Una vez terminada la obra fue inaugurada solemnemente, con grande pompa y le fue asignado un destacamento al mando del capitán español Pedro Chemida, para su conservación y custodia.

Volviéronse Diego de Herrera y el Obispo para Lanzarote, quedando Chemida en Gando a la espera de la ejecución de nue-

vos planes de dominio, manteniendo buenas relaciones con los indígenas y sin ser molestado por éstos.

Pasado algún tiempo, a medida que las relaciones entre unos y otros se hacían más frecuente y de mayor confianza, en una de sus correrías, Chemida, con unos cuantos soldados se apoderó de tres jóvenes canarias, hijas de un noble de por aquellos contornos.

No les pareció el método apropiado a los canarios, que reclamaron a Chemida la devolución de las jóvenes doncellas, pero éste se negó, alegando que ellas habían ido de buen grado en su compañía; que se iban a convertir al cristianismo y habrían de contraer matrimonio con los mejores de sus hombres solteros.

No convencieron estas razones a los canarios que expusieron sus quejas ante el Guanarteme Ventahore, quien de siempre receloso, ordenó a su lugarteniente el Guayre Maninidra, que rescatara a las muchachas.

La empresa no era fácil, pues los españoles estaban bien armados y pertrechados siendo bastante numerosos.

Diose Maninidra a pensar en cómo llevar a cabo la empresa. Por fin halló la solución, empleando un excelente ardid guerrero.

Dispuso que dos o tres hombres reunieran un rebaño de cabras y pasaran con él por las inmediaciones de la torre, como que iban de paso de un lugar a otro.

Un buen día, al amanecer, los habitantes de la torre se sorprendieron gratamente al columbrar en el horizonte un gran rebaño de cabras, apenas conducido por un par de canarios adultos y dos o tres niños. Consideraron la presa fácil y al momento se dispusieron a capturarlo.

Salieron varios hombres bien armados, que dirigieron hacia donde estaba el rebaño. Los canarios al verles comenzaron a espantar el ganado con grandes gritos para hacerle cambiar de dirección hacia unas lomas próximas. Tras éstas, los hombres de Maninidra aguardaban.

Dieron los castellanos en correr tras los que aparentemente huían. Cuando fueron a darse cuenta, al dar la vuelta al cerro, se vieron sorprendidos por la emboscada. Tal maña y rapidez se dieron los canarios en apresarlos, que apenas hubo lucha.

Ordenó Maninidra que varios de sus hombres se vistieran con las ropas de los vencidos y empuñaran sus armas, y que con unas cuantas cabras por delante se volvieran caminando hacia la torre.

Así lo hicieron. Lentamente fueron acercándose al fortín. Al poco rato Maninidra, con un grueso grupo a su mando, simuló perseguir a los disfrazados que llevaban las cabras. Comenzaron los canarios disfrazados a correr hacia la torre, prorrumpiendo en falsos gritos de socorro e intentando llevar las cabras por delante.

Los de la torre creyeron interpretar fielmente cuanto veían y se dispusieron a aprestarse a la defensa, pero procurando antes abrir las puertas para que los fugitivos pudieran salvarse de sus perseguidores. El resultado ya se lo pueden ustedes imaginar. Los canarios disfrazados, irrumpieron en la fortaleza, atacando a sus defensores, mientras el resto, al mando de Maninidra, hacía lo demás.

Cuentan las crónicas que no quedó piedra sobre piedra y que Pedro Chemida y los que salvaron sus vidas en el combate, fueron hechos prisioneros.

De esta prisión y de la demolición de la torre de Gando ha quedado para la Historia alguna referencia que dio origen a sugestivas y posteriores tradiciones.

Por ejemplo, aquella que se relaciona con la tan traída y tan llevada “quema de cristianos” que, aunque no llegó a llevarse a cabo, algunos historiadores han tratado de imputar, al menos intencionalmente, a los canarios, cosa que nosotros rechazamos de plano, pues la ejecución de las penas capitales no solía practicarse mediante la aplicación de este sistema, caso de llevarse a la práctica la sentencia, prefiriendo los canarios el método del “desriscamiento”, arrojando a los condenados por un precipio o bien golpeándoles en la cabeza con grandes piedras, en lugares o recintos dispuestos para ello.

Afortunadamente en aquellos tiempos, aunque no exentos de crueldad ni de malicia, los intérpretes de esta historia llegaron a reconciliarse. Chemida y los suyos, más adelante, fueron devueltos a Lanzarote. Años más tarde el mismo Maninidra había de pelear, como valiente y aguerrido capitán al lado de sus ene-

migos de hoy, tomando parte, entre otras acciones, en la conquista de Tenerife, a las órdenes de Alonso Fernández de Lugo y haciendo inmortal para la Historia aquella frase que profiriera, cuando poco antes de entrar a tomar parte en una de las batallas, Fernández de Lugo se dirigiera a él preguntándole por qué temblaba, contestándole: “Tiemblan mis carnes ante el horror de la batalla que se avecina, pero no tiembla mi ánimo”.

Este caudillo canario fue intérprete de otras muchas acciones y estratagemas urdidas contra el invasor, demostrando una rara habilidad y una inteligencia fuera de su época, esto es, muy adelantada para su tiempo y poco común dentro de la mentalidad sencilla e intrascendente de sus hermanos de raza.

ATIDAMANA

En un tiempo la isla de Gran Canaria estaba sujeta al dominio de un señor que se llamaba Ayozé, que gobernaba paternalmente a sus súbditos, sin grandes dificultades. Pero de este reinado no nos quedan más que simples conjeturas.

Ya supondrá el lector que en estas islas, para la época prehispanica a que nos referimos, la vida rutinaria del isleño, favorecida por el buen clima que preside la región, no tenía motivos para verse alterada por mayores eventos. Por lo general los hombres ocupaban sus ocios en organizar correrías por la isla, hacer excursiones piscatorias y organizar torneos de fuerza y de destreza en diversos campos del deporte.

La violencia, la lucha en realidad no estaba tan extendida e incluso se cita el caso de la isla del Hierro, por ejemplo, en la que, salvando la veracidad o no veracidad del historiador, no se conocía la guerra. Por esta misma razón la variedad de armas ofensivas que se conservan de la época, es muy limitada.

Sin embargo, no podían faltar, como en toda colectividad humana o animal, las disputas que según el motivo originaban peleas bien de tipo individual, cuando se disputaban el amor de una mujer o alguna pertenencia personal, o bien colectiva cuando disputaban por algún bien común, como era el ganado, los terrenos de pastos o por otras causas.

Al morir Ayozé no dejó hijo varón que le pudiera suceder. Su hija Atidamana, mujer de grandes energías, muy corpulenta y de ánimo esforzado, quiso hacerse cargo del mando de sus

hombres. Pero eran los canarios poco amigos de dejarse gobernar por las mujeres, por más que las respetaran en muy alto grado, especialmente en público. El consejo o Sabor se resistía a nombrarla Guanarteme.

Aprovecháronse de esta coyuntura y discrepancias algunos señores de los términos más alejados para erigirse en caciques o pequeños reyes de sus feudos, actitud esta que hubiera acrecentado la desintegración del pueblo canario si Atidamana, mujer inteligente y de grandes recursos, no hubiera hallado la solución para tan enojosa como peligrosa situación.

Como mujer de buena planta y joven que era aún, aunque no de mucha belleza, y poseedora de grandes rebaños y otros bienes heredados de su padre, por lo que era muy solicitada, pues se hallaba soltera, accedió a los galanteos de un valiente guayre llamado Gumidafe, quien naturalmente no dudó, una vez realizado el matrimonio, en usar de su poder y de su influencia para apoyar las pretensiones a la corona de Atidamana. Se convirtieron, pues, en monarcas y cuenta la Historia que consiguieron someter por completo aquellos jefes menores que habían pretendido escaparse al poder del rey, que campaban por sus respetos al sur de la isla.

Atidamana fue una gran reina. Dentro del cuadro nutrido de heroínas canarias, ha sido quizás la dotada de mayor visión política. Como siempre suele acontecer, su autoritario carácter degeneró en despotismo y aunque hubo varios intentos para derrocarla, al estilo moderno, no pudieron con su autoridad y se murió de vieja, dejando en el poder a su hijo mayor Artemi, pues era costumbre entre los guanches que la autoridad paterna, o en este caso materna, pasara al hijo mayor, aun cuando posteriormente, si hubiera más hermanos, éstos ostentarían sus respectivos señoríos, pero supeditados siempre, al menos simbólicamente a la autoridad del mayor.

El rey Artemi Semidan, personaje un poco fabuloso, pasó a la Historia como intérprete afortunado, aunque en ello perdiera la vida, de algunos episodios bélicos originados en las primeras escaramuzas que tuvieron lugar en esta isla entre los nativos y los extraños, de diversas nacionalidades, que intentaron poner pie en su suelo.

Así, el rey Artemi, fue quien dio origen al nombre de la palabra Guanarteme (de Guan, que significa duro, fuerte, poderoso y Artemi, que era su nombre), dejó varios hijos al morir, pero solamente dos de ellos encabezaron el reparto del reino, quedándose el uno, Egonayga Guanechesemidan con el guanartemato de Gáldar, que era el más pequeño en población y tierra, pero más rico productivamente y por tener una mayor densidad de población noble entre sus gentes, situado al norte de la isla. El otro, Ventahore Semidan, se quedó con el término de Telde, población fundada por su abuela, Atidamana, cuando desplazándose de Gáldar, con su marido, expandió su autoridad hacia el sur. Este guanartemato era mucho mayor y más numeroso en población, pero la mayoría de ésta no era de casta noble, estando integrada por un pueblo fundamentalmente pescador y pastor, poco desarrollado agrícolamente, pues los más ricos, los más nobles, se hallaban al norte de la isla, que presentaba mejores condiciones naturales para el cultivo.

Tenían estos dos reyes un carácter completamente opuesto. Ventahore fue altivo, impulsivo, autoritario, violento, cualidades heredadas probablemente de su abuela Atidama. Egonayga, que era mayor, por el contrario, sin menoscabo de su dignidad, fue prudente y tolerante, bondadoso, ecuánime. El primero tenía frecuentes altercados con sus propios Guayres, mientras que el segundo ejerció pacíficamente su reinado durante toda la vida e incluso bajo la nueva personalidad de Fernando Guanarteme, que así se llamó después de su sometimiento, influyó decisivamente en la terminación de la conquista de Gran Canaria, cosa que no hubiera pasado, nos referimos a esta actitud, con Ventahore, muerto prematuramente en uno de los combates sostenidos contra el invasor.

Para finalizar este tema, señalaremos a título de simple curiosidad y coincidencia, el paralelismo histórico que podríamos establecer, desdeñando naturalmente toda idea de confrontación, entre la visión política de esta gran reina canaria y la de aquella otra católica majestad que años más tarde habría de empuñar con mano firme, asistida también por un consorte esforzado y batallador, las riendas de un gran Imperio, que culminaría con la conquista de un Nuevo Mundo.

MARIA TAZIRGA

El año 1467, fue pródigo en intentonas por parte del conquistador español Diego de Herrera, para invadir la isla de Gran Canaria.

En uno de estos intentos y al ser rechazado este Capitán en Gando, envió a su yerno Diego de Silva, caballero de origen portugués y recién incorporado a la Conquista, con una carabela a intentar un desembarco por la parte de Gáldar.

Ya vimos como Diego de Silva había sido enviado por el rey de Portugal para someter a su corona las islas canarias que Massiot de Bethencourt había vendido, esto es, cedido sus derechos de señorío y gobierno al joven infante portugués, hijo del rey. Sabemos que el pleito entre ambas coronas, la de Portugal y la de Castilla había sido resuelto por el Papa en favor del rey castellano, decisión esta que no gustó a los portugueses que no cejaron en su empeño.

Es indudable que la vinculación familiar del de Silva al de Herrera supuso para éste una gran ayuda y no menor estímulo para seguir adelante su tarea conquistadora. Por eso nos encontramos al joven caballero portugués, protagonizando esta historia.

Encaminóse Diego de Silva al lugar ordenado, desembarcando por Agumaste, hoy Bañaderos e internándose con el grueso de sus hombres en dirección a Gáldar.

Apercibidos los canarios de este desembarco dejáronles hacer hasta que Diego de Silva y sus hombres hubieron llegado a un

paraje fragoso y difícil. Una vez allí, cortándoles la retirada comenzaron a atacarles.

No lejos del lugar habían construido los canarios uno de esos recintos de piedra, con paredes de mediana altura, a modo de pequeña plazoleta, en los que solían realizar sus justas y torneos, sus reuniones o sabores y en los que accidentalmente, sobre una losa colocada en el centro, solían ajusticiar a los raramente condenados a muerte.

Fue aquí donde los españoles se refugiaron y el sitio comenzó.

Comandaba el grupo canario atacante uno de los guayres del Guanarteme de Gáldar, llamado Texama, valiente y arrojado guerrero que intervino en multitud de hechos de armas, quien en compañía de otros guayres notables, como Taxarte, Doramas, Adargoma y otros tanto contribuyó a la épica policromía del mosaico canario de la resistencia.

Atacaron los canarios entre grande griterío y algazara, al considerar segura la presa cristiana.

Se defendieron los españoles con denuedo, pero el resultado de la escaramuza era evidente. Aislados, sin agua ni alimentos, poco podrían resistir. Por otra parte, las piedras y los dardos de puntas afiladas, caían sobre ellos impulsados por manos ágiles, vigorosas y aunque sus efectos no eran graves, los golpes se dejaban sentir, y más de uno de los sitiados, descalabrado ya, se hallaba fuera de combate.

Así las cosas y ante la inminente masacre que se aproximaba, surge la simpática figura de María Tazirga.

Era hija del Gran Faycan de Gáldar, hermano también del Guanarteme. Mujer de noble presencia y generoso corazón. Años antes, en una incursión de Diego de Herrera, había sido capturada junto con otros canarios, y llevada a la isla de Lanzarote, en donde se la había bautizado y puesto el nombre de María, siendo destinada al servicio, sucesivamente, de algunas casas de los más distinguidos capitanes. Entre éstos contábase Guillén de Castellanos, que en el episodio que nos ocupa venía acompañando a Diego de Silva.

Con mucha frecuencia se sucedieron durante la Conquista hechos como éste. Los españoles solían capturar nativos que

llevaban consigo en su retirada. Estos cautivos una vez incorporados al nuevo sistema de vida, eran bautizados y catequizados en la fe cristiana y, por lo general, se ponían al servicio de alguna familia notable. En muchas ocasiones, de modo deliberado eran devueltos a su lugar de origen en la seguridad de que su presencia entre los hermanos de raza aún no dominados, habría de influir en gran manera en el ánimo de los mismos ante la evidente civilización de que estos repatriados eran portadores, pues además solían ser bien tratados y salvo raras excepciones tal influencia tenía lugar tal cual los conquistadores lo habían calculado. Tenemos multitud de ejemplos sobre esta curiosa circunstancia.

Hay que tener en cuenta también que esta liberación se producía en otros casos a petición propia de aquellos que, convencidos de que la manera de vivir de los cristianos era superior a la forma de vivir de su pueblo, deseaban fervientemente introducir aquel nuevo estilo de vida y aquellas nuevas creencias entre los suyos.

María Tazirga había sido capturada siendo muy joven. Mostrando una inteligencia clara y una rara capacidad de asimilación, se había adaptado muy pronto a la nueva vida. Como, por otra parte, era hija del Gran Faycan de Gáldar, o sea, sobrina de Egonaiqa, su Guanarteme, fue tratada con especial consideración por sus señores. Siendo el canario de natural dócil y cariñoso, es fácil comprender el afecto surgido entre María y aquellas personas que habían contribuido a su nueva formación. Entre éstas hallábase el mismo Castellanos al cual quería y admiraba mucho esta doncella, sin que la tradición haya recogido aquí un tipo distinto de atracción como habitualmente suele suponerse en estos casos, para tejer leyenda.

Cuando años más tarde, por gestión del mismo Castellanos, María Tazirga fue devuelta a los suyos, propusose ella consagrarse al servicio de su pueblo, pasando a prestar servicios como sacerdotisa o "magada", a las órdenes de su padre.

Ya hemos dicho que estas sacerdotisas regían en cierto modo la vida familiar del pueblo guanche, y tenían a su cargo muchos desempeños relacionados con el quehacer de la vida diaria familiar.

Esta es, pues, la semblanza de María Tazirga. Ahora sigamos con la Historia.

Al enterarse María Tazirga de la presencia entre los sitiados de su antiguo señor, por el que aún conservaba singular afecto, intercedió ante su tío el Guanarteme, para que ordenara al guayre Texama, que diera libertad de regreso a los españoles, si éstos se rendían sin más condiciones.

Accedió el Guanarteme a la petición de su sobrina, a quien tenía en mucha estima. María Tazirga acompañada por Texama dirigióse al lugar de la pelea a parlamentar con los sitiados.

Mostrábase reacio Diego de Silva, bisoño en lides de conquista, a una tal capitulación y entrega, temeroso de que él y sus hombres fueran después asesinados. Pero Castellanos, confiando en la palabra de María Tazirga, aconsejó la rendición y así se hizo.

Llevados a presencia del Guanarteme, fueron los cristianos socorridos de inmediato en sus necesidades y los heridos atendidos solicitamente.

Protestó el Guanarteme ante aquella invasión de sus dominios. Prometióle Diego de Silva retirarse sin pretender daño alguno, restableciendo la paz. En este acuerdo, Egonayga ordenó que los españoles fueran conducidos a la playa, poniéndose él mismo con Diego de Silva a la cabeza de la expedición.

Cuenta el padre Abreu que como hubieran de atravesar un paraje escabroso, y teniendo necesidad de bajar por un acantilado muy difícil de transitar hacia la playa, los cristianos creyeron que los canarios pretendían despeñarle o hacerles grave daño, comenzando a protestar, siendo Diego de Silva el que más airadamente recriminó a Egonayga. Ofendido éste al entender las razones de Silva mandóle sujetarse a la falda de su propio tamarco y así hicieron los demás con sus conductores. De esta manera asidos llegaron a la playa y pudieron embarcarse en sus naves. Pero la prueba de desconfianza dada por Silva y sus hombres había agraviado a los canarios, especialmente al valiente y leal Texama, quien a punto estuvo de solicitar de Egonayga la retirada de su protección.

Pero ya dijimos que este Guanarteme era bondadoso y prudente y pasando por alto esta situación, que él comprendió per-

fectamente, dejó marchar a los cristianos, que, agradecidos, le colmaron de elogios y presentes.

Algún tiempo más tarde veríamos el resultado de esta aventura en una justa reciprocidad de buen trato y protección, cuando con motivo de una nueva escaramuza fueron hechos prisioneros por los hombres de Diego de Herrera, Egonaiya y algunos de sus Guayres, intercediendo Diego de Silva en su favor, consiguiendo su libertad, a la que accedió a regañadientes su suegro, según nos cuentan sus historiadores.

María Tazirga hubo de jugar después un papel muy importante en la pacificación de la isla, junto con su tío el Guanarteme.

VENTAGAY

Es quizás la personalidad del valiente Ventagay, noble Guayre del guanartemato de Telde, una de las más simpáticas y atractivas de la historia canaria.

Por su ingenio, por su astucia, por su incuestionable valor, adquirió Ventagay fama de guerrero entre los guerreros y de valiente entre los mejores.

Cuenta la tradición que este guerrero se anticipó en siglos a los grandes estrategas de la Historia, y por los relatos que nos han llegado algo hay de verdad en esta tradición.

No existe un completo acuerdo en cuanto al verdadero nombre de este caudillo guanche. Estiman algunos que el nombre de Ventagay correspondía no a su persona, sino a su señorío y que de esta misma denominación o toponimia se deriva la batalla que conocemos con este nombre, por cuya repercusión este guayre hubiera sido apellidado Ventagay. Naturalmente, no pueden faltar los que opinan todo lo contrario, afirmando que tanto el nombre de la batalla como el del lugar donde la misma se desarrolló, tomaron para la posteridad el nombre de quien de una manera tan destacada y valerosa la protagonizara.

Mas sigamos con nuestro relato.

Uno de los factores que más decisivo influjo ejerció en el ánimo de los canarios, no fue precisamente la esforzada condición y el aguerrido valor de los hombres castellanos, que era mucho y digno de tenerse en cuenta, sino simplemente un factor animal y telúrico: el caballo.

Respecto al importantísimo papel que el caballo ha jugado en la historia de la expansión imperialista de muchos pueblos, pero concretamente de nuestro pueblo, de España, creo que la Historia no ha hecho justicia ni rendido el homenaje debido a tan noble compañero, fiel y eficiente servidor del hombre, decisivo colaborador en las grandes empresas bélicas que tanta gloria proporcionaron a las armas hispanas en el ámbito universal.

No sabemos por qué razón en la heráldica de nuestro pueblo no se ha tenido en cuenta al caballo, dándose preferencia a otros símbolos zoológicos, que si bien pueden hacernos evocar elevadas y majestuosas o agresivas virtudes, no participaron como el caballo de forma tan concluyente en nuestra Historia.

Hecha a vuelo de pluma esta fugaz reivindicación por la simpática figura de tan noble animal, que en otras nacionalidades ha tenido más suerte, sigamos con la consideración que su presencia produjo a los atónitos habitantes de este archipiélago canario, en el que el caballo no era conocido.

Pasada la primera sorpresa en que con motivo de la confusión, se tejiera por los guanches en torno a los hombres de a caballo, la más variada gama de historias y de mitos, diéronse cuenta los canarios de la dificultad que había para atacar a los invasores, atrincherados generalmente en lugares llanos, debido a lo peligroso que resultaba acercarse a sus posiciones, porque una vez en contacto, los españoles sacaban su caballería y el recurso de la retirada, ágil y veloz, después del ataque, ya no era posible, puesto que los caballos eran muy rápidos.

Porque al principio, cuando los extraños que arribaban a estas costas desembarcaban sin sus caballos, las cosas se habían sucedido de otro modo, y cuando los atacados por los ágiles nativos, trataban de reaccionar, los aborígenes, más veloces y conocedores del terreno, les burlaban casi siempre, poniéndose fuera del alcance de la superioridad de sus armas.

De aquí que cuando Juan Rejón desembarca por primera vez un reducido número de caballos en esta isla, en la que antes todos los intentos de invasión se habían estrellado contra la obstinada y eficiente resistencia de sus habitantes, por primera vez también la suerte de las armas castellanas comienza a ser propicia iniciándose la conquista definitiva de tan codiciado suelo.

Pero una vez derrumbado el mito de los centauros y pasada la primera sorpresa de los canarios, comprendiendo éstos el enorme valor estratégico de aquel desconocido animal, concentraron su ingenio y sus esfuerzos a buscar la manera de destruir aquellos animales, única forma de poder equilibrar un poco con su mayor número la superioridad del armamento español.

Fue Ventagay uno de los que con más ahínco intentó poner en práctica cuanto ardid pudo para matar caballos.

En una ocasión y con objeto de documentarse adecuadamente sobre las costumbres y movimientos del Real de Pedro de Vera, Ventagay se introdujo como voluntario en el recinto enemigo, haciéndose bautizar y permitiéndoles creer que quería abandonar su vida salvaje e incorporarse al mundo civilizado.

Consiguió así permanecer unos días dentro del Real, estudiando los movimientos de aquella gente extraña, su lengua, sus costumbres y todo lo que se relacionaba con el arte de la guerra.

Observó cómo por las noches la mayoría de los soldados se iban hacia la costa a pescar y mariscar, para su sustento, dejando el Real casi desguarnecido. Otros grupos se acercaban furtivamente a las poblaciones inmediatas tratando de sorprender algún rebaño para apropiarse, por las buenas o por las malas, de algunas cabras u ovejas. Se fijó igualmente en el régimen y la disciplina militar que observaban aquellos hombres y poco a poco en su mente astuta fue perfilándose un plan.

Atacaría por dos frentes distintos. Primero enviaría un destacamento por la parte de tierra, que actuaría con el mayor alboroto posible, una vez anochecido. Como la mayoría de los soldados estarían fuera del Real, pescando, el ataque resultaría más eficaz. Entonces, pensaba Ventagay, serían llamados con urgencia los ausentes, que acudirían presurosos, a reforzar a los atacados. En este momento era cuando él proyectaba entrar en acción, atacando con otro grupo de hombres, que se aproximaría sigilosamente, amparado por la noche, por la costa, para cortar el paso a los que regresaban y caer a la vez sobre la parte más desguarnecida del Real.

Huyó del Real y una vez con los suyos propuso al Guanarteme Doramas su plan, que fue inmediatamente aceptado y puesto en práctica.

Pero... aunque Ventagay era una mente anticipada a su época, no lo eran, por desgracia, sus compañeros de acción, que no respondieron con exactitud a los planes cuidadosamente trazados por él.

La noche del ataque, el grupo que había de atacar por tierra, se retrasó y fue descubierto. En el tumulto que siguió al regreso de los soldados que habían salido a pescar, Ventagay creyó percibir la algarabía del ataque de los suyos y atacó a su vez, sin contar con la prudencia guerrera de Pedro de Vera, que sospechando hasta de su propia sombra, tenía dispuesta una fuerte vigilancia y aprestado sus hombres a la defensa, por lo que Ventagay fue duramente recibido, finalmente rechazado y perseguido.

Desde aquel día Pedro de Vera ordenó que al llegar la noche ningún soldado saliera del Real para pescar o mariscar en las proximidades de las costas, terminándose así la tradicional pesca nocturna, que en lo sucesivo se haría de día y bajo una fuerte vigilancia de soldados que protegían a los que pescaban o mariscaban.

Vengatay no había quedado satisfecho. Esta vez prefirió hacer las cosas él solo, acompañado únicamente por un amigo, que le ayudó a subir la escala de madera, por la cual trepó para saltar la pared del Real, en una noche oscura. Conocedor de la plaza, una vez dentro, se dirigió a las caballerizas, logrando dar muerte a dos caballos con un afilado cuchillo. Tuvo, al ser descubierto por el caballero, que ultimar a éste también de feroz puñalada. Huía ya, dispuesto a saltar el muro, cuando un soldado se apercibió y creyéndole un desobediente incumplidor de la orden citada de no salir de noche, le lanzó una pedrada que descalabró a Ventagay que, afortunadamente, cayó al otro lado de la muralla, donde fue recogido por su amigo y pudo huir.

Se había salido con la suya. Había dado muerte, al huir, a dos caballos que en muchas ocasiones, aún en tan escaso número, hubieran bastando para hacerles perder a los guanches una batalla, con la singularidad, en esta ocasión, de que los cuadrúpedos eran precisamente los usados por el Gobernador del Real en sus correrías.

Otros muchos episodios se cuentan de este valeroso guerrero, pero la brevedad que nos hemos impuesto al desarrollar estos temas, nos obliga a terminar aquí la narración, no sin antes señalar que Ventagay entre los muchos recursos y estratagemas que puso en práctica, rememoró el ardid que Nenedan había empleado en el episodio de la destrucción de la Torre de Gando, usando como cebo un atractivo rebaño que hizo caer a los castellanos en la celada. En otra oportunidad atacó a sus enemigos fortificados a la orilla del mar, mediante un plan anfíbio, cayéndoles por la espalda al surgir improvisadamente de las azules aguas del mar, dirigiendo un grupo de expertos y aguerridos nadadores.

Por desgracia no se han conservado para la Historia datos fidedignos sobre la ulterior suerte de este singular cacique guanche.

DORAMAS

La figura de Doramas basta para cubrir la época más brillante de la gesta del pueblo canario en su resistencia ante el invasor. Desde el mito jamás desvelado de su propio origen, pasando por sus innumerables proezas, hasta llegar a su fantástica muerte en duelo desigual, todo parece aunarse para encajar ese mosaico de leyenda que da vida a la figura de los grandes héroes.

No se tienen noticias concretas sobre su nacimiento. Algunos le suponen hijo del Gran Faycán de Gáldar, hermano del guanarteme Egonaiğa Semidán, quien a su vez era hermano de Ventahore Semidán, guanarteme de Telde, y, por lo tanto, nieto de el gran rey Artemi Semidán.

Por lo que, Doramas sería sobrino de ambos guanartemes. Otros autores le hacen Guayre, pero no sobrino del rey, y otros hay que apenas si le hacen noble.

Pero lo que aquí interesa no es su origen, sino la proyección de su gigantesca figura sobre la historia del pueblo canario.

Nosotros le suponemos hijo de Gran Faycán y por derecho, uno de los seis guayres del rey de Gáldar, su tío. Le llamaban Doramas porque tenía las narices de muy buen tamaño. Era valiente, ambicioso y atrevido, como después veremos.

Cuando murió su tío Ventahore, rey de Telde, que dejó solamente dos hijos de corta edad, varon y hembra, que luego volvemos a encontrar en la historia; Doramas vio su gran oportunidad para convertirse en rey de aquel término. Como lo pensó lo hizo, sin la aprobación de su tío y jefe, el rey de Gáldar que pensaba que la designación de sucesor debería hacerla un Sabor de ambos reinos.

Por un tiempo Doramas huyó a la montaña, que tomó su nombre, erigiéndose en rey independiente, hasta que sus amigos arreglaron las cosas en Telde, a donde se traladó posteriormente.

Cita la historia un incidente de Doramas con el valiente guayre de Telde llamado Tasarte, en el cual este guerrero, conecedor de la baja condición de Doramas le insultó y provocó a pelea, ven-ciéndole. No parece esto verosímil. Lo que sí sabemos es que Tasarte era partidario de nombrar rey al pequeño hijo de Ventahore, y hasta su muerte siguió pensando lo mismo.

Cuando comenzó en serio la conquista de Gran Canaria y Juan Rejón desembarcó en La Isleta, fundando días más tarde El Real Sitio de Las Palmas, el rey de Gáldar comprendió que había llegado el momento de unirse todos en la lucha y dispuso que su primer guayre, el famoso Adargoma, o Espaldas de Risco, se pusiera al frente de un ejército que se uniría a Doramas para combatir al invasor.

Juan Rejón envió emisarios a Doramas incitándole a la rendición y sumisión a los Católicos Reyes, o de lo contrario todos perecerían.

Entonces Doramas emitió aquella frase, drigida a tales emisarios: "Decid a vuestro capitán, que mañana le enviaré la respuesta". Naturalmente, la respuesta era la guerra.

Fue la batalla de Guinguada, primera victoria de Juan Rejón. Adargoma con Tasarte y otros atacó por la izquierda que defendía Fernández de Lugo, que después llegaría a ser Adelantado y Conquistador de Tenerife. Adargoma fue herido en un muslo, hecho prisionero y enviado posteriormente a la Península, aunque siempre fue bien tratado. Doramas trató de ir en su auxilio pero hubo de retirarse, esperando mejor oportunidad, que como veremos no tardó en presentarse.

Esta oportunidad fue la batalla de Tenoya. Juan Rejón y el batallador Dean Bermúdez, envalentonados con el triunfo, llegaron a Tenoya en otra incursión. Pero Tasarte y Doramas reaccionaron, rechazando a los enemigos, persiguiéndoles hasta más acá de Tamaraceite, logrando los españoles retirarse con algunos ganados por botín, pero sufriendo considerables pérdidas en hombres, de los que buena parte quedaron malheridos y maltrechos.

Siguieron multitud de choques y escaramuzas en las cuales la suerte corrió alterna por una y otra parte.

Algunos historiadores colocan en la época de Doramas la leyenda de los ochenta cristianos cautivos, condenados a ser quemados vivos, que fueron perdonados y puestos en libertad por este caudillo. Aquellos cristianos habrían sido los soldados hechos prisioneros en la primera batalla de Tirajana. Otros autores señalan este hecho de la pretendida quema, hecho para nosotros inadmisibles aún en su más primitiva intención, para la época de la destrucción de la Torre de Gando. Un somero análisis de las circunstancias psicológicas y ambientales que como factores pudieron influir en la existencia de este hecho, nos mueve a creer que la liberación de tales cautivos haya tenido lugar, en efecto, en una época anterior, pues para la época de Doramas los ánimos estaban más excitados y dada la dureza de la lucha, que no era otra cosa que una guerra a muerte que perseguía el exterminio del hombre por el hombre, es difícil suponer y mucho menos admitir que ninguna de las dos partes liberara gratuitamente ochenta hombres, bajo la ilusoria condición de que prometieran bajo palabra no intervenir en sucesivos actos de guerra, promesa esta de todo punto inadmisibles por la sencilla razón de que sobre cualquier hipotético sentimiento de caballerosidad, en este caso dudoso y no espontáneo, habría de prevalecer la disciplina militar por un lado y el supremo interés de la lucha empeñada por otro.

Sobre la intervención del guayre Aimedeyacoan y de su madre la magada o sacerdotisa Irema, ya hablamos en otro lugar, así como de la posibilidad de que estos dos personajes se hubieran bautizado secretamente, y por tal razón contribuido a liberar a los soldados cristianos.

Pero quizás el episodio que con mayor fuerza y vigor contribuye a destacar la semejanza histórica de Doramas es el de su propia muerte, en las circunstancias que vamos a relatar.

Por exigencias de la guerra tan ferozmente sostenida, habíase retirado Doramas de los términos de Telde y buscado refugio en aquella montaña tan amada por él, que en los albores de su iniciación a la realeza le había prestado cobijo junto con un puñado de fieles seguidores.

En esta montaña está ubicado el lugar conocido como "Trono de Doramas", en donde según nos relata la tradición se colocaba este guerrero para arengar a sus hombres antes de la batalla. Por una curiosa condición acústica, los sonidos que se puedan producir en esta vertiente montañosa son recogidos y ampliados por la sonoridad que el barranco inmediato prestan las elevadas vertientes rocosas de las montañas que le conforman, favorecido todo esto por especiales direcciones de los vientos que llevan dichos ecos a gran distancia, hasta lo más recóndito del paraje.

Acosado Doramas por las fuerzas de Pedro de Vera, decidió establecer una línea de resistencia cuyo vértice o eje sería esta zona de la montaña, cuyo terreno tan bien conocía.

Establecido el inevitable contacto con sus enemigos, Doramas propuso a Pedro de Vera un duelo singular, que evitaría la batalla y el derramamiento de sangre. En este duelo, ambos, frente a frente, cada uno valiéndose de sus propios medios, pelearían hasta la muerte o rendición incondicional del vencido.

Pero la gente de Pedro de Vera no quiso que su capitán se arriesgara. En su lugar salió un mozo, a caballo, bien pertrechado, que fue muerto por el primer venablo de Doramas. Aquí surge otro punto oscuro, por no decir negro, de la Historia.

Indudablemente, según lo acordado, las cosas, esto es, la suerte de la batalla que se planteaba, tenía que haberse decidido con esta victoria de Doramas sobre el pretendido campeón.

Seguramente por esta razón los canarios prorrumpieron en una gran gritería y manifestaciones de júbilo por la victoria alcanzada por su capitán.

Pero aquel aciago día, estaba escrito que los hados habían dispuesto que las cosas sucedieran de otra definitiva y sangrienta manera.

No aceptaron Pedro de Vera y los suyos el resultado adverso de esta situación a que les llevaba la muerte del campeón por ellos enviado y esta vez, a despecho de los suyos, fue Pedro de Vera quien incitó a duelo al caudillo canario, incitación que éste habría de acoger con la mayor simpatía, pues confiaba en sus dotes físicas y en su arrojo extraordinario, para vencer al caballero castellano y no quiso desperdiciar tal ocasión.

Concertóse nuevamente el duelo. Ambos contendientes se dispusieron a la lucha entre la expectación de sus respectivos seguidores.

Pero de Vera se lanzó, caballero en su brioso corcel, lanza en ristre, contra Doramas que le aguardaba a pie. Dos venablos le lanzó Doramas que fueron esquivados por el castellano, quien pudo acercarse al canario y herirle en el cuello con su lanza.

En medio de una exclamación de angustia proferida al unísono por sus hombres, incrédulos ante lo que contemplaban sus ojos, pues tal era la confianza y la seguridad que tenían en la victoria de su jefe, cayó Doramas desangrándose. Fue recogido por los españoles, que pretendían conducirlo al Real.

Amotináronse los canarios y dieron la batalla, breve pero sangrienta, que se decidió con el triunfo de los españoles.

Pese a la derrota, esta vez la mayoría de los canarios no se desbandaron, sino que una vez rendidos, prefirieron seguir al lado de su jefe moribundo y participar de su suerte.

Expiró Doramas cuando bajaban la cuesta de Arucas camino de Las Palmas. Antes de expirar fue bautizado y su padrino fue el propio matador, Pedro de Vera.

Los españoles no escatimaron honores ni dignidades al entierro de tan gran jefe, que fue sepultado según la costumbre canaria, en una cueva de su propia montaña.

Esta ha sido a grandes rasgos la pálida semblanza que hemos intentado llevar a nuestros lectores sobre la más grandiosa figura de la Epopeya Canaria.

ADARGOMA

La preparación y el adiestramiento de Adargoma, habían sido muy duros.

Noble de cuna, Taneiro, su padre, pariente de Semidan, había-se propuesto hacer de su hijo uno de los más notables y adiestrados guerreros de los hombres de Gáldar.

Hallábase dotado Adargoma de una excepcional constitución física que, unida a un frecuente e intenso ejercicio y adiestramiento en todo tipo de actividades deportivas y bélicas, le había proporcionado una fuerza inusitada, no habiendo entre todos los hombres de su término ninguno que pudiera competir con él.

Si a esto añadimos las cualidades morales y personales que le adornaban, como su valor probado, su generosidad, honradez, sencillez e innato sentimiento de justicia, no debe de extrañarnos, que Egonayga Semidán, su Guanarteme, le hubiera mostrado su predilección y personal afecto, siendo entre todos los Guayres el que de mayor confianza disfrutaba del rey, quien le solía encargar las empresas más arriesgadas y más difíciles en la lucha sin tregua que sostenían contra el invasor.

Este nombre, Adargoma, significa en el lenguaje guanche que se usaba en la isla de Gran Canaria, “Espaldas de risco”, o sea, “Espalda de piedra”, calificativo que le había sido aplicado por su ya dicha extremada fortaleza.

Muchas proezas narran los bardos aborígenes de este singular caudillo canario. Su relato nos llevaría mucho más tiempo y muchas más páginas, de lo que podemos disponer en el estilo anecdótico que nos hemos impuesto al escribir el presente libro.

Fue Adargoma no sólo un genuino representante de los valores y de las virtudes de la raza guanche, sino también una muestra excepcional de aquellas condiciones innatas de astuto estratega, que en otra ocasión hemos apuntado para alguno de los más notables hombres de la resistencia canaria.

Como hemos dicho al iniciar este tema, su adiestramiento había sido muy duro y muy intenso. Desde niño había sido adiestrado en el arte de esquivar las piedras y los dardos o varas que le eran lanzados por su padre o por otros familiares. Fue tal su habilidad en este arte que era capaz de esquivar a distancias relativamente cortas las piedras, que de manera continua le eran arrojadas por sus contendientes en los torneos deportivos. Del mismo modo era capaz de esquivar cuantas varas le fueran lanzadas, llegando incluso, tanto en el caso de las piedras, como en el de las lanzas, a cogerlas en el aire y devolverlas a sus contendores.

Para fortalecer sus músculos pasaba largas horas todos los días levantando enormes piedras o abrazándose a los troncos de gruesos árboles, con los que simulaba descomunal forcejeo. De igual forma procedía a mejorar su agilidad corriendo y saltando por entre los riscos, por los parajes más abruptos de su tierra natal.

Entre las muchas batallas y escaramuzas en que tomó parte, en las que en muchas ocasiones tuvo la oportunidad de desplegar sus cualidades de gran estratega mediante el uso de curiosos ardidés, tenemos el caso de "El ardid de los pescadores", que algunos historiadores le atribuyen y que se desarrolló como a continuación relatamos.

Era frecuente que las naves de los españoles se acercaran a las playas canarias, impulsados sus hombres por cualquier circunstancia relacionada con el arte de la guerra, como por ejemplo, desembarcar para apropiarse de frutos o rebaños, para apresar algún nativo que pudieran sorprender, etc.

En la oportunidad de este relato, Adargoma, a la vista de una nave que se acercaba a sus costas, dispuso que un grupo de hombres fingieran mariscar en la orilla simulando hallarse muy ensimismados en su tarea.

Cuando los españoles les avistaron y viendo que al acercarse

los hombres no hacían ademanes de huir, juzgaron venturosa la ocasión para desembarcar y tomarles prisiones y conducirles a Lanzarote.

Acercáronse, pues, los navegantes. Desembarcaron con gran comedimiento y se dispusieron a acercarse a los nativos, dándoles muestras de la mayor amistad.

Los canarios, bien impuestos de su misión, mostráronse ciertamente recelosos pero nunca hostiles ni francamente asustados, En esta actitud iban retrocediendo y alejándose, contestando con gritos ambiguos a los requerimientos de los recién llegados.

Viendo éstos que el juego se prolongaba un poco e impacientes por apropiarse de aquel botín humano, interpretando por confusión el recelo mostrado por los canarios, pretendieron darles alcance mediante una rápida maniobra envolvente. Pero los canarios más ágiles huían cada vez del lazo que se les tendía, pero sin alejarse demasiado y entre estos dardos y tomases de tira y afloja, fueron arrastrando a los cristianos hacia un paraje escogido, en el cual debidamente camuflados, Adargoma y sus hombres esperaban el momento propicio para intervenir.

El momento llegó. Los invasores fueron sorprendidos, maltratados, y se vieron en grandes apuros para ponerse a salvo nuevamente en su nave, no sin perder algunos hombres que fueron heridos y hechos prisioneros.

Sobre la integridad moral de Adargoma dice mucho el siguiente episodio que nos narra la tradición histórica.

Ya sabemos que la causa más frecuente de las disputas entre los aborígenes de estas islas eran los pastos, los que representaban los más elevados intereses en relación con el mantenimiento del ganado y por su disfrute o posesión solían enzarzarse los canarios en engorrosos e interminables litigios.

Estos litigios ya vimos cómo en la mayor parte de las veces se solucionaban mediante la confrontación de representantes o campeones de uno y otro bando en una concertada prueba o justa de habilidad y destreza: Aquel que quedara vencedor daba simultáneamente la victoria y la razón a su pueblo, estando todos los testimonios de acuerdo en que ambas partes respetaban en alto grado estos resultados que, por otra parte, evitaban en muchos casos, injustificados derramamientos de sangre.

En uno de estos litigios, suscitado entre las gentes de Telde y de Gáldar; fue designado Adargoma para combatir con el guayre de Telde llamado Garehagua, hombre menos fornido y poderoso que Adargoma, pero dotado de una mayor agilidad.

Reuniéronse en el lugar convenido y la lucha comenzó. Esta lucha cuyas características se han conservado fielmente hasta nuestros días, bajo el nombre de la universalmente conocida como "lucha canaria", consistía en el forcejeo y la maniobra adecuada entre dos hombres, para intentar uno de ellos conseguir hacer caer a su contrincante, al que tenía que hacer tocar el suelo con sus espaldas.

Trabáronse en lucha. Ante el asombro y la pesadumbre de sus partidarios, Adargoma fue puesto de espalda por su adversario, entre el enorme griterío de los concurrentes y la alegría de los partidarios de Garehagua.

Mas, de pronto, algo insólito ocurrió y ante los asombrados ojos del público que presenciaba la escena, Garehagua, que se hallaba en posición ventajosa encima de su contrincante, fue quien con ademanes desesperados, golpeó con la palma de su mano derecha varias veces el suelo en señal de admitir su derrota, en vez de hacerlo así, como todos esperaban, el caído Adargoma.

¿Qué había sucedido? Muy sencillo de comprender, lector.

Adargoma al verse caído, antes de hacer la señal habitualmente convenida para darse por vencido, abrazó a su rival, estrechándole fuertemente entre sus potentes brazos. Ya hemos dicho que Garehagua era menos corpulento y fuerte, y oprimido por aquel anillo de hierro en torno a su pecho se sintió desfallecer. Ante el temor de perder la vida en aquel mortal y postrer abrazo, prefirió otorgar la señal de capitulación.

Levantáronse los contendientes y ante los sorprendidos espectadores, declararon un resultado en tablas, o dicho de otra manera, cada uno de ellos alegaba haber sido vencido por su contrario y no hubo forma de sacarles de esta posición, que rubricaron con un fraternal abrazo, una amistad y mutuo respeto que duraría para siempre.

¿Que cómo se resolvió el litigio? Pues de la misma manera: repartiéndose entre las gentes de uno y otro bando los pastos que se disputaban.

Fue proverbial la fuerza de este guerrero. La tradición nos cuenta que una de las formas de las cuales se valía para hacer ostentación de tan notable cualidad física, era invitar a su adversario a que intentara hacerle bajar el brazo o de otra manera apartarle el vaso o recipiente con el cual se ponía a beber, o intentar al menos conseguir que derramara el líquido por fuera de la boca. Nos cuentan que nunca pudo nadie conseguir esta hazaña, pues tal era la fuerza de brazo y la firmeza de su propósito.

Pero todo héroe tiene su ocaso. La estrella de Adargoma perdió su brillo rutilante y maravilloso, el día de la batalla de Guíniguada, que en otra oportunidad relatamos y que fue dirigida por Doramas.

Herido en un muslo, fue abatido por las huestes del Estandarte Real Alonso de Jaimés, cuñado de Juan Rejón, y hecho prisionero fue conducido a España.

Cuentan que en Sevilla, recuperado ya de sus heridas y siendo como solían ser bien tratados aquellos canarios notables que eran conducidos a la corte española, le fue presentado un apuesto y arrogante mozo extremeño que deseaba medir su fuerza y su habilidad con él, desafiándole para ello a un combate sin cuartel en las condiciones que se concertaran.

Aquí surge de nuevo la nobleza del caudillo canario. Sabiéndose superior a su contrario, quiso demostrarle sin alardes su superioridad y evitarle la derrota que podía implicar hasta la muerte. Para ello con suaves y persuasivas razones convenció al extremeño para que le sometiera a la ya conocida prueba de apartarle el brazo cuando él, Adargoma, intentara beber.

Parecióle al aguerrido mozo que la prueba había de serle por completo favorable y aceptó con regocijo que fuera llevada a cabo. Pero cuál no sería su sorpresa cuando se encontró con que no era tan fácil vencer la obstinada resistencia de aquel forzado brazo. Forcejeó el mozo desesperadamente y en un último intento usó de los dos brazos para hacer desistir al canario de su gesto. Pero todo fue inútil. Materialmente colgado de aquel brazo invencible, fue paseado por el canario ante los admirados concurrentes que presenciaban la escena y no daban crédito a lo que sus ojos veían.

Posteriormente fue trasladado a la corte. Allí fue igualmente intérprete de multitud de pruebas de su fuerza sorprendente, y era muy querido por todos por su sencillez de trato y por su nobleza. Fue bautizado, agasajado y posteriormente enviado con otros compatriotas y con algunos capitanes del rey, de nuevo a su tierra en la que desempeñó, como más tarde lo hiciera su mismo rey Egonayga, la difícil tarea de pacificador.

GUAYARMINA

Constituye esta hermosa tradición lo que podríamos llamar el broche de oro de la gran epopeya canaria.

La leyenda de Guayarmina es fundamentalmente una leyenda de amor a la que no le falta ninguno de los ingredientes característicos necesarios, para dar origen a uno de los más bellos dramas de nuestra pequeña historia.

La princesa Tenesoya era hija del Guanarteme de Gáldar, Egonayga Guachisemidan que más tarde pasaría a la Historia con el nombre de Fernando Guanarteme.

Este tema de Guayarmina ha sido tratado ya por otros autores e incluso llevado al celuloide, sin embargo, a nuestro modo de ver puede conciliarse con esas versiones la que damos a continuación, versión esta que preferimos por estimar que se ajusta mejor al tono elevado que de epopeya tuvo la realidad de los hechos que se narran en esta historia.

Fue educada Guayarmina como correspondía a los hijos de la clase noble y casta real, que difería sensiblemente de la impartida a los de la plebe o clase llana.

Sin embargo, prescindiendo de la diferencia de clases, la educación y el adiestramiento de los hijos, difería mucho entre los guanches, según que se tratara de varones o hembras.

Una vez transcurrida la primera infancia, el niño pasaba a acompañar casi invariablemente al padre o a sus ascendientes varones, en todas aquellas actividades propias del sexo, que, como dijimos, diferían según su clase social.

Constituía un objetivo de especial preocupación entre los isleños la preparación de los hijos varones, quedando las hembras relegadas a una posición secundaria en cuanto a los requerimientos de su dedicación pedagógica se refiere.

Las niñas eran atendidas por sus madres o por las viejas abuelas del clan. En muchas ocasiones también eran iniciadas en los secretos del culto o en otras prácticas religiosas y profanas, especialmente en la danza, casi siempre acompañada de canto, por las sacerdotisas encargadas especialmente de estos menesteres. Sucedió esto en la clase noble.

En la clase llana se prestaba mucha menor atención a la formación de las hembras y su instrucción o adiestramiento casi nunca trascendía del ámbito hogareño unifamiliar. A este respecto recogemos una curiosa tradición que narra cómo los guanches en la isla de Gran Canaria, abrumados por la gran abundancia de mujeres, habían decretado la muerte de todas las recién nacidas, exceptuando a las primogénitas.

En verdad, no disponemos de ningún testimonio ni de ningún otro legado histórico que nos pueda confirmar esta tradición, por lo que para nosotros no pasa de ser una elucubración más, de la mente calenturienta de algún escritor, influido por las reminiscencias de la tragedia griega de Roca Terpeya.

Partimos para nuestra narración de la época que precedió, después de la muerte de Doramas en Arucas, a manos de Pedro de Vera, a la derrota de Egonayga en Gáldar y su ulterior prisión.

La muerte de Doramas planteaba un serio problema a la gente de Telde, que quedaba así sin cabeza.

Las circunstancias bélicas que presidieron las actividades comunes del pueblo canario por aquellos días, habían sembrado gran confusión entre los grupos del guanartemato del extinto Doramas y las ambiciones se habían desatado en torno a la sucesión.

Sin embargo, parecía prevalecer el criterio de un valiente guerrero llamado Taxarte, quien preconizaba el restablecimiento de la unidad canaria de los tiempos de la reina Atidamana.

Pretendía que ambos guanartematos, el de Teide y el de Gáldar, pasaran a manos de Ventajuy, hijo del fallecido Ventahore, Guanarteme del Telde, que al morir no había dejado

hijos mayores para sucederle, razón por la que Doramas se impuso, en su condición de sobrino, como sucesor.

A la reivindicación de esta pretendida usurpación, agregaba Taxarte la favorable circunstancia de haber sido preso y conducido a la Península, para su presentación en la Corte, el Guanarteme de Gáldar, por lo que ambos guanartematos se hallaban acéfalos, reinando una gran anarquía entre las gentes canarias, pese al esfuerzo de los guayres y faicanes por conservar el control y la unidad.

Ventajuy Semidán era a la sazón un joven de escasos veinte años. Por su valor y prendas personales prometía ser todo lo que de él se esperaba. Habíase criado con su tío el gran Faycan Achemagan, hermano de ambos guanartemes, y este joven había enamorado de su prima la princesa Guayarmina, que para la época tenía dieciocho años, pasando por joven de reputada y extremada belleza, cosa que nosotros ni afirmamos ni negamos, pero cualidad esta que suponemos inseparable de toda tradición amorosa y más en este caso en que se trata de príncipes y de princesas.

Veían Taxarte y Achemagan con muy buenos ojos estas relaciones, porque ellas facilitaban la unión de los dos guanartematos, por ser Guayarmina hija de Egonaga.

Después de la batalla de Arucas y de la muerte de Doramas a manos del capitán gobernador Pedro de Vera, decidió éste terminar de una vez para siempre con aquella política de contemporización y convenios con los caciques nativos, proponiéndose atacar Gáldar, poner preso al Guanarteme Egonaga y enviarlo a la Península. Así lo hizo.

Entre las personas que pudieron escapar a esta prisión se halló Guayarmina, que recogida por un pariente fue entregada a su tío Achemagan, circunstancia esta que al aproximar a ambos jóvenes contribuyó grandemente a consolidar su mutuo afecto.

En medio de aquel ambiente impregnado de las más encontradas emociones y sobresaltos, en medio de aquellos días de agonía para un pueblo que luchaba desesperadamente por su independencia, sumergidos en aquellos atardeceres de reflejos sangrientos abocados a un amanecer de efímeras esperanzas, sobresaltados por los rumores y por las sombras que los vien-

tos traían arrastrando preñados nubarrones de negros presagios, en medio del frenesí, de la lucha y del canto de guerra, Ventajuy y Guayarmina, escribieron para la posteridad de su pueblo la más bella página de una historia de amor, que terminaría con el elevado final de la clásica y suprema tragedia.

Fueron innumerables los actos bélicos en los que el joven Ventajuy tomó parte, siempre acompañado y dirigido por el fiel Taxarte. La historia de sus hazañas será algún día recogida y sobre ella ha de tejerse, con suprema justicia, el mito que mejor simbolice el sacrificio de este gran pueblo.

Regresó Egonaiiga de la Corte, bautizado y convertido en Fernando Guanarteme, investido con la alta sacrosanta misión de pacificar y convertir a su pueblo.

Es indudable que la caballeridad, las naturales y nobles prendas de este nuevo caballero adalid de la Cruz y de la espada, que fue Fernando Guanarteme, habían de fructificar en un inmediato futuro, dando fin a la tarea conquistadora. Así fue en efecto. Fernando, secundando los directos esfuerzos de Pedro de Vera, intervino como pacificador, no sólo en los conflictos armados de esta isla de Gran Canaria, sino también en el resto de los territorios isleños que quedaban por conquistar, como sucedió, por ejemplo, en la isla de Tenerife, en cuya pacificación le vemos tomar parte activa y decisiva en unión de otros notables guerreros canarios sometidos a la Corona.

Aunque no lo podamos describir por carecer de los testimonios adecuados, es fácil, sin embargo, suponer el clima de tragedia y de heroísmo que tuvo que suponer para unos y otros, guerreros nativos y nativos pacificadores, el hecho de encontrarse frente a frente defendiendo respectivamente los más absolutos e irrevocables principios. Cuantas veces, en aquellas confrontaciones, en las que agotados los recursos de la discusión y de la persuasión, se llegaba al uso de las armas, no caerían traspasados hermanos por hermanos e incluso padre contra hijos.

Puede imaginarse el lector lo angustioso de aquella lucha íntima y profunda, de aquella agonizante batalla que en su interior tendría que librar Fernando, enfrentado en su misión pacificadora no sólo con los intereses de su pueblo, sino con la vida de sus propios deudos, como aconteció ante la última y de-

finitiva batalla de Ansite en la que se enfrentaba con su sobrino Ventajuy Semidán y la felicidad de su propia hija Guayarmina.

La batalla de Ansite se localiza entre Gáldar y Tiranaja, el día 29 de abril de 1483 y es la culminación de la conquista de Gran Canaria, pues ese día las huestes canarias, siguiendo los consejos de Fernando de Guanarteme y ante la promesa de buen trato y consideración, por parte de los castellanos, renunciaron a la lucha.

Habíase atrincherado el resto de la huestes canarias integradas aproximadamente por unos mil hombres y otras tantas mujeres y niños, en los altos de Tirajana, lugar muy propicio para una efectiva y encarnizada defensa.

Pero las fuerzas de Pedro de Vera además de ser considerables y estar mejor armadas, habían rodeado las posiciones canarias y el resultado final prometíase muy adverso, aunque probablemente muy sangriento, para la causa guanche.

En estas circunstancias, Pedro de Vera solicitó los buenos oficios, como habitualmente solía hacerlo, del viejo Fernando Guanarteme, quien por última vez en su propia tierra y sobre su propia carne iba a intervenir en semejante desempeño.

Dejamos para una más cuidadosa narración, de relatar aquí los diálogos y las palabras implorantes unas veces y amenazadoras otras, pero siempre afectuosas y persuasivas por parte de Fernando, que se cruzaron entre unos y otros, terminando por fin con el triunfo de las razones de Fernando que, en nombre de la autoridad del Gobernador español, prometió a los canarios todo género de venturas y felicidades y el respeto de vidas y haciendas si se sometían sin pelear.

Pero el Gran Faycan y su sobrino Ventajuy, no aceptaron tal resolución y sin otra alternativa que favoreciera su actitud de intransigente rebeldía, prefirieron la muerte, despeñándose en un barranco cercano, en donde ulteriormente la leyenda localizó la tradición de Tirma, por ser éste el nombre del risco o piedra que preside el lugar, siendo esta muerte por despeñamiento muy tradicional entre los guanches.

Hallábase presente Guayarmina, que frustrado su intento de acompañar en la muerte a su prometido, al ser contenida fuertemente por parientes y amigos se reintegró con su dolor al hogar

paterno, añadiendo la tradición que su padre la hizo bautizar y tomar el nombre de Catalina. Tenía entonces dieciocho años y en aquella alma virgen e inocente habría de quedar grabada para siempre la impronta indeleble de la última gesta que truncaba todas sus esperanzas y escribía la última página, roja y brillante, en medio de la desesperación de su negrura, para aquel pueblo cuyas vicisitudes habían comenzado apenas cien años atrás.

FERNANDO GUANARTEME

Es la figura de Fernando Guanarteme de una magnitud tal que ella sola bastaría para cubrir dignamente la epopeya guanche, especialmente referida a la isla Gran Canaria.

Porque indudablemente la prócer figura de este noble y ejemplar guerrero y político ha sabido matizarse a través de su propia existencia de todas las virtudes, de todos los atributos y de ese rico y policromado anecdotario multicolor, que diseña la vida de las grandes figuras de la historia.

Ya desde un principio, en su misma juventud, las cualidades personales que adornaron a este personaje le hicieron completamente diferente de su hermano Ventahore Semidán, que fue Gunarteme de Telde.

Al morir el padre de ambos, que era rey de la isla, el rey Artemis, aunque tenía más hijos, sólo dos optaron por repartirse el territorio, originándose así dos guanartematos: El de Gáldar, al norte, que si bien era el más pequeño en extensión y en número de habitantes, era el más rico por las condiciones más productivas de su tierra y por ser la cuna de la nobleza canaria, sede primitiva, de aquella gran reina que se llamó Atidamana, que precediendo muchos años a Isabel la Católica, llevó la unidad a la tierra canaria, sometiendo a todos los demás reyes y señores, comenzando así el desarrollo de Canarias como una gran nación.

Al Sur extendíase el territorio del guanartemato de Telde, que si bien era de mayor superficie contaba con menos recursos na-

turales y su gente, mucho más numerosa que la de Gáldar, era en gran mayoría de la clase plebeya o llana y el género de vida más rudimentario, dando preferencia a sus actividades de pesca y marisqueo en torno a las costas y dilatadas playas, cerca de las cuales ubicaban sus poblaciones más importantes.

Fernando Guanarteme, en su primitiva época, se llamaba Egonayga Semidán o Guachesemidán, siendo el primogénito del rey Artemi Semidán. De naturaleza tranquila y apacible, poco ambicioso generoso, fuerte, gobernaba a los suyos por medio de la persuasión y del cariño, sin emplear jamás la violencia, siendo en realidad un padre para su pueblo. Heredó o tomó en el reparto que se hizo, el trono de Gáldar.

Sin embargo, su hermano Ventahore era completamente distinto, duro, ambicioso, tenaz, sumido siempre en continuos altercados con sus propios guayres y poco dado a la transigencia y a la contemporización. Seguía en edad a su hermano Egonayga, por cuya razón fue nombrado rey o señor de los términos de Telde.

Al efectuarse este reparto se distribuyeron también los altos cargos y las dignidades religiosas entre el resto de los hermanos y familiares, naturalmente nobles, más allegados.

Mucho podríamos extendernos sobre las actividades de nuestro personaje, pero hemos puesto por título a este tema Fernando Guanarteme y como tal, sólo aparece este guanarteme después de su prisión y sometimiento, con el consiguiente envío a la Península y su bautismo.

Como suele acontecer con todos aquellos personajes que desde la historia han saltado al campo de la leyenda, reservando para la posteridad más de una incógnita o enigma de imposible solución, Egonayga nos ha legado el apasionante problema que se relaciona con la supuesta paternidad de Doramas.

Ya hemos dicho al hablar de Doramas que nada se podía afirmar en concreto sobre su origen y nacimiento, sobre los cuales reinaba gran confusión y discrepancia.

Aunque sabemos que los canarios y en general la raza guanche, practicaban la monogamia, hemos de entender el significado de este vocablo ajustado estrictamente al uso y práctica de cada condición o clases sociales. O sea, que entre la clase noble, por

ejemplo, si bien era practicada y respetada la monogamia por los individuos que a ella pertenecían, era frecuente que los nobles engendraran en otras mujeres de condición inferior, que incluso podían serles ofrecidas como servidoras y sobre las cuales estos nobles ejercían ciertos derechos, que podían hacer valer por sí mismos o delegándolos en otras personas de su estimación y valimiento. A este respecto relatan algunos historiadores cierto derecho parecido al conocido jurídicamente en el derecho arcaico español con el nombre de "derecho de pernada", mediante el cual el rey o señor tenía la prerrogativa de recibir la virginidad de la futura desposada antes de que ésta fuera entregada a su marido. Como acontece con tantos otros supuestos jurídicos no tenemos pruebas de que este derecho se ejerciera palmaríamente entre los guanches, pero su suposición es completamente razonable y además sirve para aclarar algunos puntos oscuros con que nos encontramos con frecuencia en una historia poco documentada y muy escasa en testimonios fidedignos.

Nunca pudo explicarnos la razón histórica los motivos que, por una parte, pudieron alimentar las pretensiones de Doramas al trono de Telde, ni por otra, la indulgente aquiescencia de Egonayga, ni mucho menos a la admisión por parte de este rey que contaba con varios y valerosos guayres, de la jefatura de Doramas para comandar las huestes en común, de Gáldar y de Telde, en su lucha contra el invasor.

Pero sigamos con nuestra historia.

Partiremos, pues, de aquel punto crucial, en el cual el destino pone en juego la suerte de este monarca, al decidir Pedro de Vera, gobernador de la isla, apresarle para terminar con la resistencia indígena.

Reconstruyamos el escenario.

Al morir Ventahore, el trono de Telde quedó desierto, pues sólo dejaba dos hijos de menor edad, un varón y una hembra, incapaces para gobernar. Entonces vimos cómo Doramas, haciéndose con el Poder, se convirtió en guanarteme de Telde y asistimos posteriormente a su propia muerte a manos de Pedro de Vera en singular duelo.

La muerte de Doramas dejó nuevamente acéfalo el trono de Telde y este gobierno pasó a manos de los guayres, encabezados

por el noble Taxarte y el gran Faycán de Telde, viejo ya y hermano del difunto Ventahore. Éstos temían el proyecto de aguardar la mayoría de edad del hijo de Ventahore para unirlo en matrimonio con Guayarmina, hija del guanarteme de Gáldar, que vivía con su tío el gran Faycán de Telde, para así unificar en un futuro los dos reinos y resucitar el gran imperio de Atidamana.

Así las cosas, Pedro de Vera, dispuso la prisión del rey de Gáldar. Ordenó a Fernández de Lugo, alcaide de Agaete que, en compañía de Hernán Peraza, recién llegado, atacaran por Artanara sobre Gáldar, mientras él lo hacía por Arucas. Así lo hicieron aquéllos y consiguieron apresar al sorprendido Guachesemidán, junto con unos pocos guayres y otros familiares, que posteriormente entregaron a Pedro de Vera en Airaga, lugar famoso por el conocido ardid de las gaviotas.

Pero los tiempos habían cambiado. Muchos años atrás en una coyuntura semejante, Egonaiiga había sido hecho prisionero por los hombres de Diego de Herrera y éste, a ruegos de su yerno Diego de Silva, habíale puesto en libertad en pago de una acción semejante realizada por el guanarteme cuando en una escaramuza el caballero de Silva había sido hecho prisionero a su vez por los canarios de aquel término.

Ahora los años pesaban ya sobre la maciza y corpulenta figura del viejo Rey.

En una completa identificación telúrica del hombre con su paisaje, el hombre fuerte de antaño, seguía erguido y viril pero su cabellera blanqueaba ya, coronando aquella masa humana como la nieve coronaba la cima de aquel Teide, destinado a presidir para siempre la futura paz de sus convulsionadas islas por el estremecimiento de la sangrienta lucha que en muchas de ellas se estaba desarrollando.

Así, pues, esta vez Egonaiiga y los notables que con él fueran presos, fueron enviados por el gobernador Pedro de Vera a la Corte española.

Llegado que hubieron los prisioneros a la Península, siendo por todos bien recibidos y bien tratados, Guachesemidán, profundamente humano y buen observador, no dejó de ver el estilo de vida de aquella gente, su progreso y las ventajas de aquella civilización. En resumen, que una vez bautizado, apadrinado por las

propias majestades Católicas y nombrado señor de Guayayedra, lugar del reino de Gáldar, regresó a la isla, junto con sus guayres, con la misión de atraer y pacificar a su pueblo para evitar más derramamientos de sangre. Así lo prometió y así lo cumplió. Pues jamás a través de la historia del pueblo canario, nos ha llegado la noticia de que un canario, en ninguna de las islas, hubiera faltado a la palabra por él empeñada. Como era costumbre, este rey tomó el nombre cristiano de su padrino, que lo fue el rey Fernando.

De esta época de su permanencia en la Corte española, nos ha llegado a través de la leyenda un episodio que, cierto o no, pone en especial relieve aquellas cualidades de serenidad y medida que adornaban a este caudillo guanche, como también pone de relieve su extraordinaria fuerza física, mantenida a través de los años, con un raro vigor.

Se cuenta que habiendo sido invitado a una comida en Palacio, junto con otras muchas personalidades, sus anfitriones se habían concertado, conocedores de su fuerza, para jugarle una pequeña broma o jugarreta y ver así su modo de reaccionar. Para ello dispusieron que la silla en que había de sentarse fuera de hierro disimulado con fundas y cueros repujados que no se diferenciaban de las otras sillas de madera, disponiéndolas todas muy aproximadas a la mesa, de tal manera que cada comensal, en el momento oportuno de sentarse a la mesa, tuviera que arrastrar o mover hacia atrás su silla para poder colocarse en ella.

Estaban todos en el secreto de la broma y esperaban con verdadera expectación el momento culminante en que el rey canario se dirigiera a su asiento para proceder al inicio del banquete. Dieron sus Majestades la señal y todos procedieron, como queda indicado a mover sus sillas, mirando de reojo hacia el puesto reservado a Egonaiiga, dispuestos a soltar la carcajada. Pero no hubo motivo para ello, pues el valiente canario, levantando la silla con la facilidad con que los demás levantaban la suya, no vaciló ni un segundo y sin dar ninguna muestra de curiosidad o extrañeza, tomó asiento a la mesa con toda naturalidad, dejando a todo el mundo asombrado, pues la silla pesaba más de un quintal.

Su regreso a Las Palmas, con la misión que ya indicamos, fue acogido con el natural júbilo por Pedro de Vera, pero no sucedió lo mismo con sus paisanos. En este sentido su venida en tales condiciones, más bien contribuyó a exacerbar los ánimos de los rebeldes, que preferían proseguir en la defensa de la isla hasta la muerte, como eran Taxarte y los suyos.

No quiero cansar al lector con el relato de las múltiples intervenciones de Fernando Guanarteme a fin de evitar la pérdida de vidas humanas, las masacre y extinción de los suyos. Sólo referiremos que en su última intervención, en la mal llamada batalla de Ansite, intervino por última vez evitando un choque sangriento y terminando para siempre con la tenaz resistencia canaria. En esa oportunidad se despeñan el gran Faycán y su sobrino, el pretendiente de Guayarmina, que regresaría a Las Palmas con su padre, como ya vimos en otros temas.

La Historia guarda sitio de honor para este noble canario que cuando hubo lucha, supo luchar, pero que cuando vio oportunidad de atisbar un mundo mejor, tuvo el valor y el heroísmo de comprender el enorme sacrificio que la tarea civilizadora requería para cambiar en progreso aquel concepto salvaje y bello de libertad que tuviera su Pueblo.

LA VIRGEN DE CANDELARIA

He dejado para el final de estas narraciones tradicionales de la raza guanche el relato sobre la aparición de la Virgen María en tierra canaria, concretamente en el término de Güimar, en la isla de Tenerife, por considerar que esta aparición no solamente está vinculada por su propio carácter y circunstancias al suelo canario, sino que hemos de considerar también que desde el punto de vista histórico, la presencia bajo forma carnal de Nuestra Señora, es en cierto modo la estrella de Oriente que precediendo al amanecer, es precursora de la radiante luz del astro rey y así esta aparición celestial vino a anunciar el advenimiento de una nueva era para esta raza sufrida y creyente, que más tarde pagará con firme y singular devoción al culto de la Virgen tan trascendental nueva.

Por que la Virgen de Candelaria, indudablemente fue una Virgen guanche.

Nos fundamos para aseverar esta condición etnológica de la aparición de María, en la misma escrupulosa y detallada relación que del suceso nos ha transmitido el fidedigno relato de la Historia.

Porque, como hemos de ver, a través de ese relato, en ningún momento ni en ninguna parte del mismo encontramos frase o detalle que demuestre la existencia de una incongruencia, de un contraste, ni tan siquiera de una simple diferencia, que pudiera haber llamado la atención en el aspecto y en el atuendo de la Virgen aparecida, de todos aquellos que lo presenciaron, ni tam-

poco de los dos pastorcillos que primeramente la hubieron de descubrir.

Si por su aspecto, por sus ademanes, por su modo de vestir, hubiera la Señora llamado la atención de alguno de los testigos presentes, es indudable que tal circunstancia hubiera llegado hasta nosotros.

Cuando recogemos a caballo de la tradición las imprecisas narraciones sobre otras posibles apariciones en época anterior a la Conquista, como pudo haber sucedido en la isla de Fuerteventura con las sacerdotisas Tibiabin y Tamonante, testigos también ambas de marianas apariciones, se nos presenta la Virginal Imagen bajo esplendorosa apariencia, vistiendo blancos ropajes, cuyo estilo y corte llaman la atención de las atónitas sacerdotisas.

Concretamos, pues, que la Virgen de Candelaria fue una Virgen guanche genuina, representante de una raza e identificada con su pueblo.

He aquí, pues, un tradicional testimonio de cómo la Divina Providencia se quiso anticipar a la gran llamada, para servir de norte y guía y a la par que facilitar, como indudablemente facilitó, la tarea conquistadora.

Corría el año de 1380, fecha en que como sabrán ustedes, aún no había comenzado la epopeya de nuestra historia.

Para esta época, como es natural, estas islas ya eran conocidas e incluso alguna de ellas, como La Gomera, presentaban indicios de haber sido evangelizadas a partir de una fecha que sin gran seguridad se coloca después del año de 1312, antecedentes estos que ya hemos comentado en otros temas.

El escenario de esta aparición, es la isla de Tenerife, en terrenos de Güimar, señorío que pertenecía al mencey Acaimo, hijo del Gran Tinerfe. Este mencey se hizo cristiano, como también su hijo Añaterbe, así como gran parte de su gente, circunstancia esta, que, como ya hemos dicho repetidamente, influyó favorablemente en el pacífico desarrollo de la conquista o sometimiento de algunos menceyatos a la llegada de Fernández de Lugo.

Dos jóvenes pastores, se hallaban apacentando su rebaño, cuando llegada la hora del atardecer procedieron a recoger el

ganado, compuesto por cabras, hacia una cueva donde solían encerrarlo durante la noche, para sacarlo de nuevo al día siguiente.

Aquel día, un dos de febrero, según las conjeturas más autorizadas, algo raro estaba sucediendo, que los pastorcillos no se podían explicar.

Una y otra vez arreaban entre grandes gritos y ademanes a sus cabras en dirección a la gruta y una y otra vez, cerca de sus inmediaciones, las cabras retrocedían asustadas desparramándose desordenadamente por la accidentada geografía del escenario, con gran fatiga para sus cuidadores.

Hasta que aproximándose uno de ellos, impulsado por la extrañeza y la curiosidad sobre tan insólito comportamiento del ganado, sorprendió la figura de una mujer con un niño en los brazos. Viva y humana tuvo que haber sido aquella representación, pues el pastor confundido y perturbado por la inesperada presencia, con voces y ademanes trató de alejarla, advirtiéndole que no obstaculizara el retorno del rebaño.

En mucha necesidad se tuvo que ver el joven pastor para proferir en estas exclamaciones, que lanzaba de lejos y sin osar acercarse a la mujer, porque era costumbre de su pueblo no dirigir en público palabra alguna a cualquier mujer que se encontrara en el camino, que no fuera de su propiedad o familia, pues tal era el respeto que los guanches mantenían con sus mujeres.

Pero la aparecida no daba muestras de atender los requerimientos del pastor, reforzado en su airado y estentorio estruendo verbal por su compañero que había acudido al oír los gritos. Hasta que desesperado ya, el primero, agarrando una piedra se dispuso a lanzarla sobre la mujer para intentar alejarla de allí.

Y he aquí el primer milagro. En el ademán intentado por el jovencuelo, su brazo quedó paralizado y la piedra cayó de su mano en medio de un gran estupor.

Púsose a proferir alaridos de dolor. Ante esta situación su compañero, más valiente y arrojado, empuñando una filosa piedra, a modo de tabona o cuchillo de piedra que usaban los guanches, encaminóse a la señora con ánimo de herirla y alejarla

y al pretender alcanzarla en su brazo, observó con sorpresa y dolor cómo era su propio brazo, con que empuñaba el arma, el que comenzaba a sangrar entre atroces dolores.

A todo esto la mujer no se había movido de su sitio.

Espantados y doloridos los pastorcillos huyeron como alma que llevara el diablo y con tres palmos de lengua afuera llegaron al poblado, dando cuenta de tan extraordinario suceso a sus mayores.

Viendo éstos la herida que el pastor les mostraba y ante la insistencia de sus afirmaciones, el poblado en caravana se dirigió al lugar donde había ocurrido el suceso, encabezado por su mencey Acaimo.

Cuando llegaron, la mujer seguía allí, siempre quieta, siempre callada y siempre con su niño en brazos. Pronto se dieron cuenta de que era una imagen y no una mujer de carne y hueso, Esto les maravilló más todavía, pues entre los guanches no se conocía este tipo de imaginería o escultura.

Ordenó Acaimo a los pastorcillos que se acercaran a la imagen y tomándola en brazos la condujeron al poblado. Temerosos, se acercaron a la mujer sus agresores de antaño y al tocarla vieron cómo sus dolores, heridas y parálisis, desaparecían de repente, lo que les llenó de alegría.

Sorprendidos también los presentes ante aquella insólita curación, comprendieron que estaban ante un caso extraño, fuera del alcance de sus inteligencias y presintiendo de la grandeza de aquella aparición, se apresuraron a acercarse a la imagen, rivalizando en tener la ocasión de conducirla.

De nuevo, otro milagro, el cuarto. La imagen, que no era grande y parecía fabricada con liviana madera, comenzó a volverse pesada hasta el punto que los hombres que la portaban no pudieron soportar su carga y hubieron de depositarla en el suelo. Entre cien brazos que se aprestaron a levantarla, no pudieron moverla ni un centímetro de su sitio.

Hasta entonces, Acaimo y su gente se habían conducido con mera curiosidad y extrañeza. Si el mencey la mandaba conducir al poblado, era más bien interesándose por aquella desconocida imagen, como si de un objeto raro o curioso se tratara y el aspecto de la caravana que la conducía, entre grandes gritos

y algazara, distaba mucho de ser la reverente comitiva, respetuosa y sumisa, que de tal modo debiera acompañar a la Madre de Dios.

Hasta que viendo inútiles todos los esfuerzos, Acaimo, repentinamente iluminado por una idea salvadora, se dirigió reverentemente a aquella muda y pesada imagen rogándole una y otra vez que se dejara ser conducida, ruego al que se unieron muchos de los presentes, prometiéndole además que la honrarían con su culto y sacrificios.

El milagro se produjo. La imagen se aligeró y con gran alegría de todos fue llevada a la cueva del mencey, en donde provisionalmente se le acomodó un real aposento. Más tarde sería trasladada a una cueva que se le dedicó especialmente en la que se conservó su culto, con el cual se encontrara Diego de Herrera, cuando por primera vez desembarcó en esta isla por este término de Güimar.

En aquel punto donde la imagen se resistiera a seguir adelante, se fundaría años más tarde la capilla llamada del Socorro, por esta peregrina circunstancia.

Encomendaban los guanches el cuidado de las cosas sagradas o de público culto a sus sacerdotes o faycanes y también a las sacerdotisas, de que ya hemos hablado y en muchos casos estos celosos guardianes o curadores podían ser marido y mujer. Tenían la obligación de atender las exigencias del culto y conservar y vigilar aquello que les fuera encomendado. A cambio de esto el pueblo les facilitaba su sustento y necesidades viéndose además compensados con otros donativos o prestaciones que llegaban a constituir un no despreciable patrimonio, pues generalmente estos donativos que consistían en productos de la tierra y también en animales vivos, generalmente cabras, eran declarados sagrados y no podían ser comidos más que por los propios curadores o por aquellas personas que acudían al culto y celebraban determinados ritos. Como verán ustedes la medida era tan sabia como prudente.

Hay quien asegura que en la difusión de la devoción mariana en la isla de Tenerife intervino de forma muy decisiva y eficaz el legendario guanche Antón, del que ya nos ocupamos con anterioridad y que según fama fue curador del Santuario de la

Virgen de Candelaria, puesto en el que le sorprende la llegada de Fernández de Lugo.

La imagen tenía como una candela verde en una mano y en la otra sostenía al Niño, que a su vez sujetaba entre sus delicadas e infantiles manos una paloma blanca, como símbolo de la pureza y de la paz.

Se atribuye esta fecha al 2 de febrero, porque una tradición guanche señalaba que todos los años por ese día, que es el día de la Candelaria, se podían observar en la lejana playa y cerca de la cueva en cuyas proximidades hizo su aparición, el brillo de muchas luces o llamas y que al día siguiente aparecía el suelo, por aquellos contornos salpicado de muchas gotas de cera, tradición que se conservó durante muchos años.

Mucho se ha especulado en torno a este episodio, pero para nosotros tal especulación o polémica no sólo carece de valor, sino que la consideramos de todo punto negativa en orden a la hermosa proyección espiritual, cuya innegable influencia es imposible soslayar tanto por la acendrada fe y la profunda convicción que inflamaba el espíritu de aquellos conquistadores, como por la fecunda e íntima comunión a la que este lazo mariano condujo al hermanarse en el sacrificio de la entrega, entre un infinito dolor y una infinita esperanza el alma de dos razas gigantes que en nada desmerecieron la una de la otra.

Semblanzas conquistadoras

JUAN REJÓN

Es tan atractiva la apasionante y contradictoria figura de este conquistador, que no podemos resistir el impulso de pergeñar su semblanza en la brevedad de estos temas, y darle además un carácter preferente en la presentación de las semblanzas que de algunos conquistadores nos hemos propuesto dar cuenta en estas páginas, aunque cronológicamente no le hubiera correspondido tal primacía.

Y es que de todos cuantos personajes nos hemos encontrado en el deleitoso recorrer de las páginas de la breve historia de la conquista canaria, es la personalidad de Juan Rejón la que más cabalidad cuenta con los requisitos indispensables para dar vida a esos personajes fantásticos que no parecen hechos de carne y hueso, que identificamos más bien con mitos legendarios que personifican las virtudes y los defectos humanos, pero sublimizándolos hasta darles categoría de atributos sobrenaturales o divinos al estilo de los clásicos griegos.

La tenacidad, el valor, la perseverancia, la violencia y el odio, la sanguinaria crueldad, la generosidad sin límites, todo, todo aparece amalgamado en la fascinadora semblanza de este conquistador.

¿Quién fue y por qué vino Juan Rejón a la conquista de las Islas Canarias?

Ante la situación de estancamiento a que había llegado el con-

quistador Diego de Herrera, después de haber fracasado ininidad de veces en su intento de dominar las tres islas que se resistían a integrarse a sus dominios, como eran Gran Canaria, La Palma y Tenerife, los reyes Católicos, con la visión y sagacidad que caracterizaba sus actos políticos, compraron a Diego de Herrera por cinco cuentos de maravedises (cinco mil maravedises), los derechos que este conquistador ostentaba respecto al gobierno y demás privilegios, sobre dichas islas y sin más demora propusieron acelerar tal conquista, designando para ello al capitán Juan Rejón, quien al frente de una numerosa y bien pertrechada expedición, se puso inmediatamente en movimiento.

Era esposo Juan Rejón de la dama de ilustre linaje doña Elvira de Sotomayor, casada con este caballero aragonés hacía poco tiempo.

Trasladóse el capitán a Sevilla junto con doña Elvira y un hermano de ésta llamado Alonso Jaimes de Sotomayor, que posteriormente habría de acompañar a su cuñado, jugando importantes y decisivos papeles en los distintos sucesos que vamos a relatar.

Una vez arreglados y resueltos todos los trámites ante la Comisión sevillana, viajaron los expedicionarios a Cádiz, de cuyo puerto zarparon un venturoso día de 23 de mayo de 1477.

El momento tan esperado durante toda su vida había llegado para Juan Rejón, que con aquella partida veía abrirse ante sí, ilimitado y fantástico, el horizonte de sus sueños cabalgando sobre su glorioso destino que le conduciría a la fama y a la inmortalidad.

Por todo esto tenemos que suponer que aquella travesía tuvo que ser maravillosa para nuestros incipientes personajes.

No hubo novedad y los vientos soplaron favorables. El día 1 de junio, llegaban a Lanzarote, donde Rejón presentaría al gobernador Diego de Herrera, las reales cédulas de que era portador y en donde por expreso mandato de los Reyes se le uniría el Deán Juan Bermúdez, que se encargaría del aspecto espiritual de la empresa.

Recalcamos aquí el hecho de imponer los Reyes tal compañía a nuestro personaje, porque como veremos más adelante, precisamente en este emparejamiento que jamás llegó a ser del gusto

de uno ni de otro de los así coyundados, fue de donde surgió la mala semilla que habría de germinar las terribles consecuencias de la dramática vida de este conquistador.

Realizados los preparativos definitivos, Juan Rejón y el Deán Bermúdez, pusieron pie en La Isleta, puerto habitual de la isla de Gran Canaria, el día 24 de junio de 1477.

Desembarcó con 300 hombres de a pie y 30 caballos.

Una vez desembarcados, enarbolando sus pendones y dispuestos en formación militar iniciaron su progreso o avance hacia los parajes en los que tenían referencia de haberse erigido en otros tiempos una torre o fortín, que no era otro que el lugar de Gando.

Caminaban a la orilla del mar con gran contento, envueltos en una refrescante brisa, mitigados los rayos del sol por la multitud de árboles y palmeras que hallaban a su paso.

Al llegar a un lugar muy poblado de palmas y de mucha vegetación, se detuvieron a descansar, cuando hizo su aparición una vieja nativa que pidió ser presentada al capitán. Llevada a la presencia de Rejón, dióle a entender en un mal castellano, que aquel era el lugar ideal para acampar, pues reunían todas las condiciones favorables como eran la abundancia de vegetación y árboles, la presencia de un arroyo o barranco próximo y la vecindad del mar, en cuyas playas podrían mariscar y pescar para su sustento.

Resistíase Rejón en un principio a tales sugerencias, no dando crédito a las palabras de la vieja y temiendo más bien se tratara de alguna sugerencia negativa que tuviera por finalidad evitar su avance. Pero, no sabemos por qué causa, la vieja mujer terminó por convencerle y desistió de su viaje a Gando. Entonces la mujer le condujo a un arroyo próximo, donde encontraron abundante agua fresca, lugar conocido con el nombre de "Arroyo de Guiniguada". Definitivamente los castellanos plantaron allí su Real, que recibió el nombre de Las Palmas, por las muchas que por allí había.

Era Juan Rejón muy devoto de santa Ana y cuando más tarde edificó en el lugar una pequeña iglesia o capilla lo hizo bajo la advocación de dicha Santa, pues el conquistador daba por cierto que aquella mujer que se les había aparecido y que

por cierto, desapareció misteriosamente, era la propia Madre de Nuestra Señora.

Dedicáronse con ahínco los castellanos a fortificar el lugar, levantando con piedras y troncos una pared que facilitara su defensa, en torno al Real. De la misma manera y siempre valiéndose de los mismos materiales, levantaron refugios provisionales para alojarse y guardar sus provisiones, pertrechos y animales.

Pasado algún tiempo, habíanse iniciado ya algunos contactos con los nativos, pero en cuantas ocasiones Rejón y los suyos trataron de intimar con tan ariscos vecinos, nada habían podido conseguir y las salidas del Real se veían entorpecidas por la incertidumbre y el temor que la amenaza de los nativos, más ágiles y mejores conocedores del terreno, suponía para los españoles que, cuando se dirigían a la Isleta, tenían que hacerlo en grupos fuertemente armados, dispuestos a las más adversas contingencias.

No lejos del Real hallábase, aunque irregularmente diseminados, un poblado guanche, cuyo nombre no recoge la Historia.

Para el momento en que se desarrollan estos acontecimientos ya había sobrevenido la reconciliación entre Egonaiya, Guanteme de Gáldar y su sobrino Doramas, que se había erigido en guanteme de Telde, al morir su tío Ventahore. De común acuerdo era Doramas el que dirigía las fuerzas de ambos reinos ante la defensa común contra los invasores.

Doramas había conseguido reunir unos dos mil hombres y con ellos se disponía a barrer a los intrusos de sus territorios.

La tarea parecía fácil, pese a la superioridad de armamento de los castellanos. Pero no contaba Doramas con la negativa influencia que entre los suyos iba a ejercer la caballería enemiga, pues muchos de sus hombres nunca habían visto caballos y ostentaban gran temor al tener que enfrentárseles.

Por otra parte, la intervención del caballo en la estrategia isleña en favor de los invasores, modificó de forma notable el arte de la guerra que desarrollaban los canarios, generalmente apoyados en su agilidad y en el conocimiento del terreno, circunstancias estas que aprovechaban para atacar al enemigo por el sistema de guerrillas o ataques improvisados y repentinos, re-

tirándose luego con rapidez a lugares más seguros. En estos casos los españoles, aunque repelían los ataques, no se atrevían a perseguir a los canarios, por no alejarse imprudentemente de sus posiciones de defensa.

Pero la intervención del caballo dio al traste con este modo de guerrear, cuando los canarios, una vez efectuado el golpe que proyectaban, fuera o no por sorpresa, eran alcanzados en su retirada por la mayor velocidad de los caballos y por consiguientemente diezmados o apresados.

Por esta razón, Doramas creyó conveniente reunir un gran ejército y atacar frontalmente al enemigo para terminar con él de una vez para siempre.

Apercibióse Juan Rejón de los preparativos del jefe canario y anticipándose a la posible acción, envióle mensajeros ofreciéndole la paz proponiéndole un tratado de convivencia, pero Doramas, creyendo que con un ejército tan numeroso la victoria le sería fácil, contestó a los emisarios con aquella frase famosa: "Decid a vuestro jefe que mañana le enviaré la contestación".

Así se dio la batalla de Guiniguada, en la que, como ya vimos, fue derrotado Doramas y muertos muchos canarios, otros fueron apresados y heridos, como aconteció con el famoso Adargoma.

Después de esta batalla creció mucho el prestigio de Juan Rejón, no sólo entre los suyos, que mucho estimaban su dotes y virtudes guerreras, sino también entre los naturales de la isla que bien voluntariamente o por efecto de su prisión, habían pasado a prestar sus servicios en el Real.

Fue Rejón un jefe muy ducho, con gran experiencia. Trataba a sus soldados con verdadera camaradería y afecto, no exento de firmeza o disciplina. Desde un principio supo atraerse igualmente la simpatía y el afecto de los canarios por el buen trato que les dispensaba.

Probablemente las cosas hubieran seguido un rumbo mejor si el rey de Portugal, Alonso V, por quien sabe que ancestrales impulsos, recordando la venta hecha a sus antepasados por Masiot de Bethencourt, envió algunas expediciones de portugueses, que, bajo el pretexto de negociar con orchilla, por todas aquellas islas, llevaban la secreta misión de apoderarse de todas ellas,

pero muy especialmente de aquellas en las que el poderío español aún no se había organizado, y entre ellas, la de Gran Canaria, que era, por el momento, la más codiciada.

A esto hemos de agregar algunas diferencias que se siguieron entre don Alonso y el rey Fernando, quien enfrascado en tanto problema, descuidaba un poco el envío de los suministros y refuerzos que regularmente habíase comprometido a enviar a su capitán Juan Rejón.

De todo esto se deduce que la escasez comenzó a dejarse sentir en el Real y el capitán castellano, que como dijimos era muy prudente y sagaz para estas cosas de la guerra, limitaba a lo imprescindible las salidas de sus hombres, pues era mucho el riesgo y pocas las posibilidades de reparar las pérdidas que se originaran.

Y aquí es en donde comienza a hilvanarse la tenebrosa trama que habría de desarrollarse posteriormente.

El Deán Bermúdez, muy de su época, era de los que sostenía que la Cruz había que difundirla con la espada y como además era quien mandaba la caballería y se jactaba de la formidable impresión que su presencia causaba entre los atemorizados indígenas, comenzó a intrigar contra Juan Rejón, arguyendo que el capitán desatendía inexplicablemente la conquista, prefiriendo la inercia y vida cómoda del Real.

Un nuevo suceso vino a complicar la situación.

En la vecina isla de Lanzarote gobernaba Diego de Herrera. Por aquél tiempo un grupo de vecinos descontentos había tratado de socabar su autoridad intermediando con algunos valedores, ante la Corte, para que Herrera fuera sustituido, estando dispuestos incluso en llegar a la rebelión, si no eran atendidos.

Dióse cuenta Herrera de lo que se fraguaba y supo cortarlo a tiempo. Para no dar mayor trascendencia a tan desagradable asunto, un buen día hizo poner presos por sorpresa a todos los conjurados dándoles a elegir entre el exilio voluntario de su isla o peores consecuencias. Naturalmente, eligieron el destierro y embarcados en una nave, que ellos mismos fletaron, arribaron a la isla de Gran Canaria, solicitando favorable acogida de Juan Rejón, quien viendo en dicha gente un refuerzo para sus menguados efectivos, accedió de buen grado, cosa que como es lógico no

gustó a Diego de Herrera, descontento éste que después habría de aprovechar el Deán Bermúdez que no simpatizaba con Juan Rejón.

El Deán, como hemos dicho, acusó a Rejón ante los reyes, de que había hecho tregua, sin necesidad, con los canarios.

Las cosas se sucedieron así. En aquella época, como es natural y dadas las distancias, cualquier asunto o trámite, requería mucho tiempo y en el intervalo que el Deán envió la denuncia y los monarcas la consideraron y decidieron enviar como Gobernador de Gran Canaria a Pedro de Algaba, el Deán y Rejón hicieron nuevamente las paces, acordando nuevas expediciones. Se decidió que Juan Rejón fuera a Lanzarote a solicitar ayuda de Diego de Herrera.

Ante esta ida del capitán español en persona a Lanzarote, aquellos refugiados que procedían de dicha isla, solicitaron de Juan Rejón que les llevara consigo e implorara su perdón ante Herrera, cosa a la que, fatalmente, accedió Juan Rejón.

Cuando éste llegó a Lanzarote, Diego de Herrera, que estaba en antecedentes de todo y de su enemistad con el Deán, no le dejó desembarcar tan siquiera, enviándole a su hijo Hernán Pezaza, para hacerle desistir de su propósito y afearle su conducta por acompañarse de enemigos de Herrera.

Enfurecióse Rejón y al parecer al abandonar el puerto no pudo resistir su indómito e inflamable ardor militar ordenando una andanada de proa sobre el muelle que hirió mortalmente a un soldado de Herrera.

Pero una desagradable sorpresa le aguardaba.

A su llegada a Las Palmas se encontró con un inesperado recibimiento Pedro de Algaba, con todos sus papeles en regla y las reales cédulas a la vista, había llegado en su ausencia y con gran regocijo del Deán, tomó posesión de su cargo, ante los notables de la ciudad.

Terminó el Gobernador por poner preso a Juan Rejón y junto con él, a sus familiares y amigos. Rápidamente consiguió enviarlo preso a España.

Pero no era Rejón hombre que se amilanara ante cualquier contratiempo. Cuando llegó a Sevilla puso en inmediato movimiento a sus familiares y amigos. Rápidamente consiguió neu-

tralizar el mal efecto que sobre Sus Majestades había producido la carta del Deán. Una vez hecho su descargo ante el Comisario Mayor sevillano Diego de Merlo, fue restablecido en sus anteriores derechos y jerarquías y proveído con cuatro navíos bien abastecidos de gente y de bastimentos.

Esta vez los Reyes, siempre prudentes y previsores, dispusieron que Rejón fuera acompañado por Juan de Frías, en calidad de primer obispo de Rubicón, con sede en Las Palmas, en sustitución del Dean Bermúdez, ya que conocían las diferencias existentes entre éste y Rejón.

Además agregaron un nuevo nombramiento, el de Alcaide Mayor de Las Palmas en la persona de Esteban Pérez Cabito.

Así fue como Juan Rejón regresó triunfalmente a la isla.

Pero su alegría había de durarle poco, pues una vez que hubieron llegado, allá por el mes de agosto de 1479, como quiera que no era portador de Cédulas Reales, sino de un simple nombramiento otorgado por el Comisario Mayor, Pedro de Algaba no quiso admitir su autoridad, pese a los ruegos y personales garantías que sobre la validez y autenticidad de todo ello les daba el obispo Frías y poniéndole preso nuevamente, en uno de los barcos que le había traído en el viaje anterior, lo devolvió a Sevilla.

Otra vez comenzó el peregrinaje de influencias de Juan Rejón. Pero esta vez con más suerte, pues siendo su valedor un pariente que ocupaba un alto cargo en la Corte, consiguió de los Reyes aquellas Cédulas que tanta falta le hacían, y apresuradamente tornó a regresar.

Ya era la tercera vez que el conquistador perseverante y testarudo, empeñado de por vida en su empresa, retornaba a las islas. ¿Sería aquella la tercera y última vez? Veamos lo que dice la Historia.

Llegó a la isleta el dos de mayo de 1480, en una nave, con un puñado de hombres. Desembarcó sigilosamente, amparándose en las sombras nocturnas.

Pasó aviso secreto a su cuñado Alonso Jaimés de Sotomayor y al Alcaide Pérez Cabito, con quien le unía grande amistad. Puestos todos de acuerdo, ya a la cabeza de sus hombres, irrumpió al amanecer en el Real, trasladándose inmediatamente a la

Catedral, dando vivas al Rey y llamando a Asamblea a los vecinos notables y demás autoridades.

Sorprendido Algaba, levántose presto, dirigiéndose a la Catedral para restablecer el orden, pero a su llegada fue preso, engrillado y ulteriormente, sometido a proceso.

Aquí surge la nube negra que habría de empañar para siempre la estrella de nuestro personaje. En el clímax de su reprimida soberbia y llevado ciegamente por quizá justificados pero desmedidos deseos de venganza, Juan Rejón amañó un burdo simulacro de juicio y alegando mediante falsos testimonios, que Algaba se hallaba en contacto con el Rey de Portugal, para pasar las islas a sus dominios cosa absurda e inadmisiblemente, condenó a muerte a Pedro de Algaba y sin más preámbulo le hizo cortar la cabeza ante un público sorprendido y atemorizado, en la Plaza Mayor.

Pero no se había de contentar con esto. Llevado por el frenesí de su locura reivindicativa, hizo prender y procesar igualmente al Deán Bermúdez y a un grupo de caballeros, de cuya lealtad desconfiaba y aunque no se atrevió a degollarles, ordenó que fueran expulsados de la isla. Hay quien asegura que dispuso secretamente fueran abandonados en la isla de la Gomera, en el territorio de Orone, cuyo mencey o capitán era acérrimo enemigo de los españoles, con la esperanza de que una vez desembarcado, sin armas ni alimentos, serían fácilmente aniquilados por los rebeldes nativos.

Afortunadamente esta expedición fue desviada por un temporal, o por otras razones que no aclara la historia, llegando sanos y salvos a Lanzarote, donde, como es natural, fueron muy bien recibidos por Diego de Herrera, quien de inmediato, con el testimonio escrito de los recién llegados, se apresuró a dar cuenta a Sus Majestades de la catástrofe que había sucedido en las islas.

Alarmáronse los Reyes ante las insólitas noticias que les llegaban y sin demora de ninguna clase nombraron a Pedro de Vera Gobernador encargado de la isla de Gran Canaria, con la misión de abrir una extensa información sobre el asunto y remitir a la Corte a Juan Rejón si de todo ello resultare con indicios de culpabilidad.

Así fue como poco tiempo más tarde, en agosto de 1480 pisó el Puerto de la Isleta un nuevo y flamante gobernador.

Advertido Juan Rejón y examinadas las Reales Cédulas de que Vera era portador, quiso emprender viaje a la Península en la misma nave en que el nuevo gobernador había llegado, pero esta libre salida no entraba dentro de los cálculos ni de las órdenes que Vera había recibido y pretextando avería en la nave, convenció a Rejón para que esperara la llegada de sus hijos en fecha muy próxima con buenas naves, en una de las cuales podía irse cuando quisiera.

Llegado el día, Pedro de Vera invitó a Rejón y al alcalde Cabitos a visitar la nave escogida, poniéndoles presos en el momento de pisar su cubierta. Bajo fuerte vigilancia y tomando toda clase de medidas de seguridad, los envió a Castilla.

Indudablemente, en el destino de Juan Rejón, brillaron con la misma intensidad hasta el día de su muerte, dos estrellas, blanca y brillante la de su gloria y negra y opaca la de su adversidad, destacándose sobre el azul infinito que es el libro de las páginas en blanco del Tiempo.

Una vez más, rompiendo insólitamente la infalible sentencia de que a la de tres va la vencida, abrióse por cuarta vez a los halagos de la buena fortuna, la suerte de nuestro conquistador. Pues aunque nos cueste trabajo creerlo, pese a su injustificado crimen y concedores de la justicia o de la severidad que siempre animó a los Católicos Reyes, fue perdonado una vez más, y además nombrado Capitán de Conquista para la isla de La Palma, que a la sazón no tenía campeón.

Pero poco sabemos nosotros de los inescrutables designios del Destino.

En efecto, mucho era esperar la tercera y definitiva adversidad. En esta cuarta y última ventana abierta a las tenaces y obsesivas quimeras de nuestro capitán aragonés, se abriría para la inmortalidad el último horizonte que sus mortales ojos pudieran columbrar. La Muerte le llegaría empapado de azules y de soles sobre aquella tierra ocre amarillenta cuya posesión y dominio tanto deseó.

De nuevo fue Sevilla postrer escenario de las bélicas empresas de nuestro capitán, que después de preparar con mayor

entusiasmo si cabe aún, que veces anteriores, pues presentía que su tiempo apremiaba, otras cuatro naves, despidiéndose efusivamente del Comisario Merlo, zarpó, en compañía de su esposa e hijos rumbo hacia su última estrella.

Cuando llegó a la altura de Gran Canaria, quiso desembarcar, pero su cuñado Alonso Jaimes le convenció para que siguiera adelante, temiendo que Pedro de Vera les jugara alguna mala pasada.

Pero ya las precauciones no tendrían ningún valor para evitar el fin que se aproximaba. Los minutos de Juan Rejón estaban contados y una de las Parcas, no sabemos cual, con sardónica mueca se aprestaba a cortar con sus siniestras tijeras el hilo de aquella asendereada existencia.

Abandonaron Rejón y los suyos el Puerto de La Isleta, disponiéndose a seguir hacia La Palma, pero un temporal les obligó a refugiarse en una caleta de las costas de la isla de La Gomera, disponiéndose Rejón bajar a tierra para descansar del ajetreo de la tormenta y conseguir agua y provisiones para continuar el viaje.

Gobernaba esta isla Hernán Peraza, hijo de Diego de Herrera, a quien ya vimos desempeñar desagradables papeles en anteriores episodios de la vida de Juan Rejón.

Al enterarse Peraza de que Rejón había desembarcado en su isla, envió algunos hombres a encontrarle y pedirle que se trasladara a su presencia, pues temía Peraza algún contratiempo, al ver llegar tantos navíos y tanta gente.

Recibió con altivez Rejón a los emisarios de Peraza. Alegando que su desembarco se debía solamente al deseo de reponer fuerzas y aprovisionarse de algún bastimiento, pero especialmente de agua, negóse a acompañarles a la presencia del gobernador y como los soldados intentaran llevarle por la fuerza, desenvainó su espada en personal defensa. Pero de nada le valió y a los pocos minutos caía atravesado por una lanza, regando con su sangre aquella tierra generosa que cual voluble dama, tan esquiva le fue.

Lo demás... ya no tiene valor para la Historia.

El capitán Juan Rejón, primero entre los conquistadores, portador de Reales Cédulas para la conquista de La Palma y

Tenerife, yacía allí, sobre la misma tierra, cara al cielo, reflejándose en el infinito de su postrer mirada las ansias inmortales de una gloria que jamás alcanzara, pagando con el precio de su vida, en último y paradójico regateo con la muerte, el precio de su entrada al mundo de la fama.

JUAN DE BETENCOURT

Es Juan de Betencourt la primera figura que inicia el desfile de rutilantes personajes que escribieron con su sangre y con su heroísmo en hermanada mezcla con iguales ingredientes nativos, la inmortal gesta de la Conquista Canaria.

Mas ya dijimos porqué anteponíamos en la presentación de estas breves semblanzas o bosquejos biográficos de los conquistadores, la de Juan Rejón, a quien consideramos como símbolo de la epopeya, por parte de las armas españolas.

Pero a fuer de honrados y haciendo justicia a la historia, es a un caballero francés, encabezando un grupo escogido de nobles y leales compatriotas, a quien le cabe el honor de ser el primero entre los primeros y el iniciador de la conquista, aunque su empresa fuera auspiciada y dirigida por los monarcas españoles y española fuera la gente de armas que formaba el grueso de su expedición.

Por circunstancias históricas de aquellos tiempos, que no podemos pararnos a considerar aquí, pero íntimamente relacionadas con los vaivenes sufridos por las alternativas cuestiones sucesorias de la corona de Navarra, integrada entonces geográficamente por territorios hispano-franceses, y por otras circunstancias, muchos caballeros de esta última nacionalidad habían acudido a la Corte de los Reyes hispanos, radicándose en nuestra tierra, y dando origen en los solares patrios al nacimiento de nuevas estirpes que con el correr de los siglos se identificarían por completo con la hidalga nobleza del pueblo español.

Uno de estos caballeros fue Rubín de Bracamonte, a quien

el historiador Padre Abreu y Galindo, señala como tío y protector de Juan de Betencourt.

Para la época en que se inicia este relato, el caballero Betencourt, era ya un hombre maduro, soltero, y aburrido quizás en medio de la monotonía que le proporcionara el incoloro vivir en su señoría de Betencuria, que había heredado del señor de la Betencuria y de Gráville, casado con una hermana de Rubín de Bracamonte, matrimonio que al no conocer la dicha de los hijos, se extinguió sin pena ni gloria en su rincón normando, pasando Juan a heredar aquel mayorazgo.

Al verse dueño de tan cuantiosos bienes vislumbró Juan la posibilidad de realizar el sueño dorado de su vida, aletargado por un lado por la falta de medios y por otro por la blanda y suave molicie de un cómodo vivir provinciano.

Pese a haber doblado ya con generosidad la cuarentena, puso manos a la obra y allegando medios, buscando compañeros de empresa y valiéndose de su parentesco con el de Bracamonte, consiguió del rey Enrique, recientemente apoderado del trono por haber dado muerte en lucha fratricida a su hermano Pedro, con la ayuda del caballero francés barón de Douglésin, que le fuera encomendada la misión de conquistar la tierra canaria para incorporar a la corona y a la fe cristiana aquellos gentiles que no conocían la espada ni la Cruz.

Una vez todo preparado, y haciéndose acompañar de algunos caballeros de su confianza, como Gadifer de La Salle, Lancelot y otros, se embarcó rumbo a nuevos horizontes, iniciando aquella empresa que le habría de cubrir de gloria.

Acompañábanle también varios familiares, entre hermanos, primos y sobrinos, algunos de los cuales hemos visto interpretar principales papeles en distintos momentos del desarrollo de la Conquista.

Corría el año de gracia de 1403 cuando Juan de Bethancourt llegaba con sus naves a la isla de Lanzarote que, geográficamente, era la primera que se encontraba en la dirección del itinerario que se había fijado para la empresa.

No hubo resistencia armada entre los aborígenes que en cierto modo miraron con indiferencia el desembarco sin darle mayor importancia que la concedida a arribadas similares que

con harta frecuencia realizaban otros expedicionarios y gente de mar, casi siempre con carácter fortuito o bien con miras comerciales.

Pero esta vez los canarios se equivocaban y la gente de Bethancourt afirmóse en suelo lanzaroteño con ánimo de permanecer en él para siempre.

Mas, como quiera que los recién llegados no les producían ninguna molestia ni, aunque armados con extraños atuendos, intentaron hacerles ningún daño, los isleños dejáronles hacer y pronto se estableció entre unos y otros una amistosa relación que habría de perdurar.

Entonces Juan de Bethancourt mandó construir una torre o fortín. Quedó fundada la primera población, que se llamó Rubicón, pero sin que haya llegado a nosotros ningún testimonio de que hubiera proferido la famosa frase tan conocida: "La suerte está echada", como hiciera el guerrero romano.

Ya en el tema de Lanzarote explicamos los posibles motivos que pudieron inducir a los nativos de esta isla a recibir sin hostilidad a los extranjeros y hablamos también del rey Guadarfia.

No podía comenzar Bethancourt su tarea con mejores auspicios. Por esta razón, animado por tan buenos principios y deseosa su gente de seguir adelante, dio orden de pasar a la vecina isla que en lontananza se divisaba, que no era otra que Fuerteventura.

Pero en esta ocasión la suerte no quiso acompañar a los expedicionarios, quienes al mando de Bethencourt y ese mismo año, desembarcaron por el puerto de Valtarahal, lugar muy fresco, poblado de árboles y otras plantas, que causó tan buena impresión a los recién llegados, que pusieron a la isla el nombre de Fortuite, en razón del nombre genérico de Fortunadas, que las islas tenían.

Pero los nativos no recibieron la misma impresión. Rápidamente se aprestaron a defender su suelo y a rechazar aquella inesperada invasión. Lo hicieron con tanto brío y con tan grande concurrencia de gente, que el prudente capitán francés dispuso el reembarque de los suyos, regresando a Lanzarote, consciente de la poca capacidad de sus escasos efectivos y recursos para proseguir tan magna empresa.

Ante esta situación decidió nuestro caballero regresar a la Corte para acopiar recursos y solicitar del rey don Enrique el envío de más gente.

Así lo hizo. En la Corte fue bien recibido y escuchado, teniendo además como valedores a los príncipes don Fernando y doña Catalina, intervención que fue decisiva para conseguir la ayuda que necesitaba.

Había dejado para que gobernara la isla durante su ausencia a su hermano Guillermo de Bethencourt como gobernador. Ya vimos cómo los desmanes de este caballero dieron origen a lo que en su día conocimos con el nombre de "Rebelión de Guadarfia".

Con la ayuda conseguida trasladóse a Sevilla donde organizó una nueva y potente expedición integrada por seis navíos con muchos hombres y abundantes vituallas, con todo lo cual llegó de nuevo el puerto de Rubicón.

Reaccionó como ya dijimos en aquel tema, de una manera sensata y prudente, perdonando a Guadarfia aquel impulso de lógica ira y tratando de que todo fuera olvidado se apresuró a organizar el interrumpido desarrollo de sus aventuras, no sin antes ponerse devotamente bajo la protección del santo de su devoción, San Marcial, bajo cuya advocación erigió la primera capilla o iglesia que se levantó en estas islas, en la misma población de Rubicón.

Con tanta y bien armada gente, esta vez su desembarco en Valtarahal, no encontró resistencia, o si la encontró fue bien pronto vencida y ya vimos cómo también en esta isla la intervención de las sacerdotosis Tibiabin y Tamonante, le allanaron todo género de dificultades. Quizás en agradecimiento a estas buenas mujeres a quienes según la leyenda, se les había aparecido Nuestra Señora la Virgen María y por conservarse esta tradición entre los canarios aborígenes, levantó en la población de Betancuria, que allí fundara, una iglesia en honor de la Virgen María.

Habiendo pasado el Rubicón, como antaño lo hiciera el general romano, afloraron en el conquistador las ansias de inmortalizar su nombre y por esta razón dio a aquella primera población mahonesa, el suyo. Sin embargo, la Historia iba a

tener muy poca consideración con esta vanidosa pretensión del caballero francés. Dicha población iba a llegar hasta nuestros días sumida en la penumbra, sino de un olvido, que se nos antoja injustificado, sí al menos de un escaso desenvolvimiento.

Estamos en 1405. Tres años apenas hacía que este capitán había iniciado la conquista y ya tenía bajo su histórico haber dos islas de este codiciado archipiélago. ¿Continuaríale la suerte tan propicia?

Es lógico suponer que embriagados con el fácil triunfo de tan felices como rápidos sucesos, los caballeros franceses abrigaran verdadera impaciencia por extender su dominio a las islas restantes y así no puede extrañarnos que sin haber calentado apenas el asiento que al reposo les brindaba el verdor y la frescura de la isla recién conquistada, se lanzaran nuevamente al mar siendo esta vez su inmediato objeto la isla de Gran Canaria.

Pero no tenía el destino reservada tamaña empresa para el caballero normando. Desembarcó, sí, con sus hombres, por la parte sur de la isla, en el punto que hoy se conoce con el nombre de Arguineguin. Apenas sus plantas se hubieron posado sobre el suelo canario, una multitud de isleños, que algunos historiadores calculan hasta la cantidad de cinco mil, cosa que nos parece poco admisible, le salió al paso, travándose en dura y feroz pelea que terminó con la derrota de los invasores que tuvieron que regresar precipitadamente a sus naves, no sin antes infligir cuantiosas pérdidas a los canarios, dando incluso muerte a su rey, el Gran Artemi Semidán que inauguraba así la maravillosa gesta del pueblo canario.

Retiróse, pues, mohíno y contrariado el caballero francés. Para desahogar su ira y reponer en algún grado la moral de los suyos, decidió desembarcar en la isla de La Palma. Pero estaba escrito que en aquella oportunidad los hados de la conquista le serían adversos. Duramente rechazado por los palmeros, hubo de retirarse a Fuerteventura, seriamente quebrantado.

Naturalmente no era el desánimo, ni podía serlo, un defecto que formara parte de las características conquistadoras. Tan pronto como Bethencourt y los suyos repusieron sus fuerzas y se cargaron de nuevas esperanzas, volvieron al ataque, intentando por todos los medios encontrar el punto flaco de la costa

de la isla Canaria, que así se llamaba por entonces, sin conseguir el resultado apetecido. Tan inútiles fueron sus esfuerzos, que una vez más se hubieron de retirar desalentados y cuenta la tradición que en esta oportunidad, ante tan grande y feroz resistencia, Juan de Bethencourt puso a la isla el sobrenombre de Gran, quedando bautizada para siempre como Gran Canaria.

En vista de que las grandes empresas parecían por el momento vedadas a sus denodados esfuerzos y para consolarle de su infortunio y mitigar el descontento de sus hombres ávidos de repartimientos y de botín, se propuso conquistar alguna de las otras islas menores.

Puesto nuevamente en camino de victoria y con singladura de vencedor, llegó a la isla de La Gomera o Junonia Menor, nombre sobre cuyo origen hemos hablado en el tema correspondiente.

Grande fue su asombro al observar que entre los muchos indígenas que acudieron a recibirles, aunque venían en son de paz, portaban armas, indumentarias y objetos al uso de la época en Europa y que incluso alguno de ellos conocía la lengua castellana, bien que de una manera rudimentaria.

No se sorprendiera tanto si hubiera tenido conocimiento de los sucesos que ya hemos relatado en otro lugar, relacionados con la llegada a esta isla en tiempos pretéritos de otros navegantes españoles.

Era el mismo año de 1405. Una vez afincado en la isla, Bethencourt procedió a los repartimientos de rigor entre sus caballeros, esta vez en su mayoría franceses. Después de fundar un pequeño poblado que recibió el nombre de Las Palmas, junto al mismo puerto, siguió adelante, con ánimo de reducir la isla de El Hierro.

Llegó a esta isla que bautizó con el nombre de "Ile de Fer", que quiere decir isla de hierro, que los antiguos llamaban Pluvialia u Hombrión, pues era escasa en agua y en realidad sólo la surcaban ocasionalmente los arroyos formados por las aguas de lluvia.

Desembarcó por la parte de Tecorone, cerca de un puertecito conocido con el nombre de Naos. En este lugar realizó su primera fundación. Presidió este Real un pequeño fortín, al estilo

de la época, que en muchos casos no pasaba de ser un mero recinto de piedra, techado en todo o con más frecuencia en parte, destinado a guarecerse en caso de emergencia y a almacenar las provisiones o armas.

Una vez hecho esto y tomadas las previsiones de rigor, abandonó la isla, dejando a su cuidado un grupo de soldados al mando del capitán Lázaro, cuya singular historia ya conocemos por ser objeto de uno de los temas de este libro, como igualmente sabemos también la justicia que luego practicara Juan de Bethencourt, a su regreso, justicia contemporizadora que le era habitual no sabemos si por su propia y natural bondad y comprensión o si por estudiada actitud para no entorpecer la marcha de la conquista, malquistándose las voluntades de los nativos como indudablemente sucedería si de aplicar un riguroso castigo tratara, pues ya vimos como había actuado en Lanzarote, ante la muerte de su propio hermano. En esta ocasión parece que también castigó con mucho rigor, incluso con la muerte, a algunos soldados que habían abusado brutalmente de algunas jóvenes herreñas y dado muerte a quienes, entre sus familiares varones, habían tratado de defenderlas.

Pero los años no pasan en vano. Las energías del conquistador iban decayendo y su ánimo comenzaba a decaer también. La empresa, aunque brillante y notoria, no le había traído la recompensa que él esperaba y más bien cada día aumentaba el número de problemas y de preocupaciones que todo ello le causaba.

Además sus disponibilidades en hombres y en recursos disminuían a ojos vista. Al aumentar la extensión de sus dominios, complicaba grandemente su administración en cuanto a bienes, personas y medios de comunicación, dispersándose sus hombres por las islas conquistadas, lo que le incapacitaba para seguir adelante.

Por todo esto, por sentirse viejo ya y desengañado ante las dificultades encontradas, desgastado por los rigores de largas y tensas vigiliass en constante debatirse ante la incertidumbre de las alternativas que la conquista ofrecía y no habiendo encontrado aquel camino fácil que él soñara para llegar a la riqueza y a la fama, decidió regresar a las verdes campiñas de su tierra

natal, siguiendo ese misterioso y natural impulso que, premonitor de la muerte, nos empuja invariablemente hacia el rincón que nos vio nacer.

Así, un día, cuya fecha exacta no ha podido recoger la Historia, desaparecía el famoso caballero francés de los escenarios isleños, dejando tras de sí una estela de merecida fama y una sucesión predestinada a la culminación de su obra, dando a la luz de la Historia canaria una estirpe gloriosa que jamás se llegaría a extinguir y que con los siglos se había de extender al nuevo mundo, donde hombres preclaros y notables, ostentarían orgullosos su apellido vinculado a las más altas jerarquías nacionales.

DIEGO DE HERRERA

Entre la gigantesca personalidad de Juan de Bethencourt y de Diego de Herrera, caracterizado sucesor de aquél en la conquista, hubo un intervalo ciertamente confuso cuya prolija descripción ni interesa, ni encaja en el estilo en que nos hemos propuesto relatar para el lector estas semblanzas.

A caballo, pues, del tiempo, saltemos un corto período histórico, no por corto menos interesante, ni menos señalado por curiosos sucesos, como lo fue el de la venta de estas islas y pasemos al año 1444, fecha en que se señala la llegada de Diego de Herrera, caballero andaluz, a la isla de Lanzarote.

Era casado este caballero con Inés Peraza de las Casas, descendiente legítima y directa de aquel Guillén de las Casas para quien el conde de Niebla, había adquirido en su día los derechos sobre estas islas de Massiot de Bethencourt, tema este que ya tratamos en otro lugar.

Diego de Herrera era un hombre honrado y valiente, pero su estrella guerrera no alcanzó el brillo que consiguieran otros conquistadores que le precedieron y que le sucedieron en el curso de la gesta canaria.

Sin embargo, su gobierno largo y contenido, enmarcado siempre por la característica de su virtud y prudencia, fue fecundo para estas islas. A cualquiera de sus compañeros de conquista se le podría imputar algún hecho o actitud negativa, excepto a este sagaz y esforzado gobernante, que si bien no dio lustre y brillo a las armas españolas con nuevas conquistas, sí

al menos pudo mantener en una difícil coyuntura histórica plagada de adversas contingencias, una firmeza y un espíritu de servicio que ningún otro conquistador ha podido igualar.

Así, pues, la personalidad de Diego de Herrera debe ser juzgada con justicia, otorgándole el reconocimiento que se merece y comprendiendo que en toda misión conquistadora cabe destacar por ser igualmente necesarios, estos actos de organización y afianzamiento, sin los cuales los privilegios obtenidos por las armas tendrían una efímera duración.

Diego de Herrera, si bien es verdad que territorialmente no aumentó el patrimonio de la Corona, supo consolidar de una manera firme y profunda la autoridad española en las islas sometidas a su gobierno y fue, sin duda, el iniciador de la nueva nacionalidad abierta a la unión íntima de dos pueblos o razas.

Ya habrá observado el lector que a lo largo de la exposición de varios episodios que en este libro narramos, aparece nuestro personaje con mucha frecuencia interpretando a veces singulares y peregrinos desempeños.

Recoge la historia algunas hazañas bélicas de este conquistador por tierra de Berbería y aunque tales sucesos tuvieron favorable desenlace, no los considero adecuados para ser traídos aquí, pese a que se trata del bosquejo de su persona, pues en la brevedad que nos hemos impuesto, nos ceñiremos, dado que no pretendemos realizar una biografía, a los actos relacionados con estas islas.

Aunque, como hemos dicho, no hizo progresar la conquista, sí procedió, sin embargo, a curiosos y personalísimos métodos de apropiación, como lo fueron, sin duda, los dos más relevantes, empleados en la isla de Gran Canaria y en la de Tenerife, valiéndose de la pluma en vez de la espada, cosa que al fin y al cabo, en mi modesta opinión, más ennoblece que opaca su aureola y sus condiciones de sagaz gobernante, pues, sin duda alguna, si estas insólitas proezas jurídico-leguleyas hubieran tenido vigencia y efectividad, mucha sangre, mucho sufrimiento y destrucción se hubiera podido ahorrar a la gesta conquistadora. Ya el lector en los temas correspondientes, encuentra reseñados estos dos episodios.

Prescindiendo de las diferencias que un día tuviera con

Juan Rejón, que culminaron con la muerte de este notable guerrero a manos de Hernán Peraza, hijo de Diego de Herrera, en la isla de La Gomera, fatal consecuencia y fin que achacamos a la animosidad pretérita con que un día Herrera rechazara la visita de Juan Rejón a Lanzarote en solicitud de auxilio, repulsión seguramente fundada en el despecho que don Diego sentía ante la designación de Rejón por los Reyes Católicos, para la conquista de las tres islas, aún no sometidas, designación que los Monarcas habían compensado generosamente al lanzaroteño, no encontramos en la historia de este conquistador ningún punto o mancha oscura que pueda empañar el brillo de su dilatada ejecutoria.

Hubo un momento en su vida, en el que sus esperanzas se abrieron anhelantes a la pálida luz de su lejana estrella, cuando un mal día que luego se tornó venturoso, un caballero portugués, llamado Diego de Silva, al frente de nutrida y bien preparada expedición, irrumpió con sus naves en el canario océano, impaciente por afinar los pendones portugueses sobre la tierra guanche. Porque después de variadas y adversas tentativas, quebrantado y confuso, había de retirarse este caballero portugués al puerto de Lanzarote, acogiéndose a la protección y al cuidado del castellano y cual no buena sería la acogida que Herrera le dispensara, que el de Silva, noble y joven mancebo, terminó casándose con la hija de su anfitrión, poniendo a disposición de este sus propios recursos, que aunque maltrechos, no eran despreciables y menos en aquellos críticos momentos.

Con esta ayuda concibió don Diego la ejecución de vastos planes de conquista pero ya la historia se ha encargado de ofrecernos el resultado de tantas ilusiones y entre algún dime y direte con su gente y algún que otro disgusto por las travesuras de sus hijos, que no fueron pocas y no siempre de buen suceso, entregó su alma al Señor en la isla de su señorío, sin haber visto logradas sus gloriosas ambiciones.

PEDRO DE VERA

Cúpole a este conquistador desempeñar el papel de afortunado, pero inflexible finiquitador de la conquista de Gran Canaria, iniciada por Juan Rejón y la de severo juez en el pleito que los gomeros tuvieron con su gobernador y señor Hernán Peraza, pleito que terminó, como saben ustedes, con la muerte de este capitán a manos del gomero Pedro Autacuperche.

Firme, cruel, muy dado a los métodos expeditivos, era Pedro de Vera y quizá todo se lo hubiera perdonado la historia si no se hubiera propasado de una manera tan desusada como cruel, cuando de reprimir la rebelión de los gomeros, se trató y que dio origen al triste episodio que la historia conoce con el nombre de "matanza de La Gomera", a la cual nos hemos referido en otro lugar.

Fue Pedro de Vera, caballero andaluz, natural de Jerez muy conocido y estimado por los Reyes Católicos por sus cualidades y virtudes guerreras. Para la fecha en que comienza su participación en esta Conquista, ya había protagonizado multitud de hechos de armas que le habían dado gran fama y valimiento.

Cuando Juan Rejón fue llamado a la Península para responder de la muerte de Pedro de Algaba, los Reyes, alarmados, habían designado con urgencia a Pedro de Vera como gobernador de Las Palmas y éste sin más tardar habíase encaminado a su nuevo destino, haciéndose acompañar de algunos notables de su

confianza y de sus propios hijos, Hernando y Rodrigo, a los cuales se adelantó varios días en su nave capitana llegando a la isla el 18 de agosto de 1480.

Una vez en el Real de Las Palmas, mandó reunir a todas las autoridades y notables allí residenciados, quienes precedidos por el obispo Frías examinaron sus credenciales y reales Cédulas y hallándolas en un todo conforme, fue aceptado como gobernador con general contento.

Quizás uno de los que más satisfacción reflejara en su noble y bondadoso pero preocupado rostro, fue el mismo obispo, quien años atrás auspiciara y defendiera la candidatura de Juan Rejón en parecidas circunstancias. Hogañó, estaba aterrado y desconcertado por los sangrientos sucesos allí desarrollados que de modo tan cruel había protagonizado Juan Rejón.

Sin embargo, este gobernador que hoy era aclamado, sería en su día la gota que desbordaría el cáliz de amargura que nuestro buen obispo comenzara a beber cuando un memorable día fuera nombrado por sus Católicas Majestades, primer obispo de Rubicón.

Fernando e Isabel, que a su innegable capacidad política unían excepcionales dotes para la administración, sabedores del comercio y consiguiente lucro que algunos vecinos de Las Palmas estaban manteniendo con las otras islas y la misma Península, considerando que esta vez no era necesario hacer acompañar al nuevo gobernador por otros religiosos, creyeron más oportuno no desatender los requerimientos inherentes al normal funcionamiento de una buena Hacienda, enviando a esta isla al primer recaudador de los quintos reales que fue Miguel Mújica, con severas instrucciones.

Ya relatamos con cuanta cautela y sagacidad actuó Pedro de Vera cuando poco tiempo más tarde regresó a la isla Juan Rejón con papeles y sellos de la Comisión de Sevilla, autorizándole por orden Real para lanzarse a la conquista de La Pálma y Tenerife.

En esta ocasión, Pedro de Vera, en antecedentes de todo lo ocurrido y temeroso de que pudiera correr la misma suerte que su antecesor ante el posible complot de Rejón, con algunos de sus amigos que residían en el Real, actuó de manera que

se nos antoja lógica y en realidad nada creemos que se le deba de reprochar por ello.

Pero en donde creemos que su gesto fue desmedido e injustificado en cuanto a al extensión a sus actos, fue en la desafortunada represión de los rebeldes gomereros.

A la luz de los hechos narrados por la historia y a tantos siglos de distancia, no nos parece tan difícil enjuiciar y comprender la motivación psicológica que impulsó a Pedro de Vera a tan reprochable acción. En aquellos tiempos de alternativo y épico vivir, en los que la violencia y la intriga amenazaban a cada paso la vida de los hombres, amenaza que aumentaba gradualmente en relación directa con el grado y la importancia del papel que se estuviera representando no puede extrañarnos que a Pedro de Vera los dedos se le antojaran huéspedes y que consideró muy adecuada la mano dura, durísima, cuando de reprimir cualquier intento de subversión o desbarajuste se tratara.

Porque en realidad la historia no critica tanto el ensañamiento del que Vera hizo gala en la Gomera cuando aplicó justicia a los homicidas y enemigos de Peraza, ocasión en que no dudamos le faltaría el estímulo instigativo y vengador de la desconsolada pero resolutive viuda.

Lo que de verdad se le critica fue la sangrienta medida y las consecuencias que de la misma se derivaron, tomada a su regreso a Gran Canaria, en donde residían en calidad de trabajadores forzados, muchos gomereros con sus familias que años atrás fueron traídos a la isla por Hernán Peraza, por pertenecer a ciertas tribus o familias que le eran hostiles. La mayoría de estos hombres fueron muertos y sus mujeres e hijos enviados como esclavos a la Península o a las costas africanas.

Grande fue la indignación del obispo Fría, quien le afeó su conducta y protestó abiertamente ante los Reyes. En vista de que consideraba que no se le hacía mucho caso, decidió él mismo ir a la Corte, donde según nos cuenta la historia falleció lleno de pesadumbre.

Pero el acto más notable que enmarca la gigantesca figura de este conquistador, otorgándole un lugar de preferencia en la galería de los ilustres personajes que escribieron las páginas

inmortales de la conquista, fue sin duda, la afortunada decisión que tomó, cuando después de haber dado muerte por su propia mano al valiente Doramas, ordenó la prisión del guanarteme de Galdar y su posterior envío con otros notables guerreros, también hechos prisioneros, a la Corte, de la que regresaron como pacificadores.

Sobre todas estas incidencias ya hemos enterado al lector.

Terminamos, pues, apuntando que como ocurriera a alguno de los que le habían precedido en su tarea, Pedro de Vera fue relevado de su cargo de gobernador, mas esta vez destinado a más altos servicios, pues fue nombrado jefe de los ejércitos que terminaron por arrojar a los árabes de la Península, siendo el conquistador de Málaga y hallándose presente en la toma de Granada, último baluarte moro de Boadil, apellidado el Chico.

Terminadas las operaciones, viejo y quebrantado ya, no tuvo ánimo para volver a Las Palmas, pero sí lo hizo alguno de sus hijos, quedando así su linaje definitivamente vinculado a la causa canaria.

HERNÁN PERAZA

Con frecuencia nos encontramos en la vida diaria con el curioso caso de que un linaje o familia de apellido ilustre, copa, acapara, por decirlo así una determinada actividad o empresa, pasando a ser un símbolo de la misma.

En la antigüedad estos casos, a parte de mayor frecuencia, eran más fáciles de comprender porque la profesión o dedicación de los padres o fundadores de una dinastía se transmitía y conservaba por tradición en sucesivas generaciones.

Muchos ejemplos conocerá el lector de esto que acabamos de decir. En el ámbito universal, basta recordar el apellido Bach, para evocar una época dorada de la música y designar genéricamente a cualquier profesional de este arte, al uso contemporáneo de aquella prolifera y melódica familia.

En el ámbito nacional recordamos el galimatías en que nos envolvíamos cuando estudiábamos la dinastía sucesoria de la histórica estirpe catalana de los Condes de Berenguer.

Pues bien, con el apellido Peraza y aun con el mismo nombre de Hernán, nos pasa lo mismo, cuando a la hora de establecer una hilación cronológica tratamos de relacionar y ordenar los sucesos y los intérpretes de significativos hechos de la Conquista Canaria enmarcados en el ámbito familiar de este apellido.

Para evitar enojosas aclaraciones y posibles errores, en el presente tema nos limitaremos a recoger aquellos hechos que nos narra la tradición histórica referidos a uno de los más

caracterizados representantes de esta heráldica familiar que clavó tan hondo su linaje en el suelo canario.

El Hernán Peraza de esta narración, era hijo de Diego de Herrera y de doña Inés de las Casas. Entre sus hermanos recordamos a aquel Guillén Peraza muerto de una pedrada en la cara, en la isla de la Palma y también al travieso diablillo Sancho de Herrera a quien algunos historiadores y eruditos achacan el rapto, expuesto en otra narración, de la Virgen de Candelaria.

Su madre Inés de las Casas era hija de otro Hernán Peraza casado con una hermana de Guillén de las Casas junior, hijo a su vez de otro Guillén de las Casas para quien el conde de Niebla dicen que había adquirido los derechos sobre estas islas de Masiot de Bethencourt.

Por último señalaremos que éste, abuelo por vía materna de nuestro personaje, era sobrino, también por vía materna, de Hernán Peraza el Viejo, famoso en su tiempo como notable y valiente guerrero. Así que, como ustedes pueden ver, aquí podría aplicarse con toda propiedad el conocido refrán que dice: “de casta le viene al galgo ser rabilargo” o también ese otro no menos apropiado que reza: “de tal palo, tal astilla”, pues cualquiera de los dos va bien.

Distribuía Diego de Herrera a sus hijos, una vez alcanzada la mayoría de edad, por las diferentes islas bajo su dominio, encomendándole, como es natural, las tareas de gobierno y administración más delicadas y apropiadas a su rango o jerarquía.

Es así como en el momento de entrar por la puerta grande de la Historia, sorprendemos al impetuoso y joven Peraza en la isla de La Gomera, rigiendo los destinos de la comunidad guanche más rebelde y difícil de gobernar.

E inaugura su acción con un sangriento papel: el de matador o por lo menos instigador de la muerte de Juan Rejón.

En tono menor ya vimos cómo Hernán, tiempo atrás, había sido designado por su padre para rechazar a Juan Rejón en el puerto de Lanzarote y supimos del carácter violento e inflamable de este malogrado conquistador, cuando al salir del puerto, en su retirada, mandó disparar sus cañones contra Hernán Peraza y sus hombres.

Es lógico, pues, pensar que cuando Rejón llegó a La Gomera, el joven Peraza recordaba con toda fidelidad lo sucedido y le diera el recibimiento que él creía que se merecía tan inesperado como enojoso huésped.

A raíz de este luctuoso suceso fue Hernán Peraza llamado a la Corte, en donde la Reina de Castilla, prudente y sabia previsora, vimos como perdonó este homicidio a trueque del pequeño favor que Hernán le hiciera casándose con la bella dama cortesana Beatriz de Bobadilla, por quien el rey Fernando sentía alguna admiración, admiración que a la Reina se le antojaba peligrosa para la buena marcha de los asuntos del Reino.

Antes, en su adolescente juventud, Hernán había correteado, en el sentido marítimo de la palabra, por los mares que componían sus pequeños dominios y desde su niñez había aprendido a conocer y, por lo tanto, a amar aquel contenido fantástico de las islas Fortunadas que no sólo se componían de ocasos y de amaneceres.

Es posible que por esta razón y por el hecho mismo de saberse señor de los destinos de aquellas tierras gustaba este joven e impetuoso guerrero, de librar el néctar prohibido de las flores que producía el isleño y paradisíaco vergel.

No sabemos, porque la historia no lo narra, cómo fueron las relaciones entre Hernán y Beatriz una vez que, llegados a La Gomera, comenzaron a ejercer su señorío.

De todos modos no es difícil suponer el contraste que para doña Beatriz tuvo que representar cambiar el fastuoso y atrayente escenario de la Corte por aquel maravilloso, pero sin duda rústico y menos atractivo paisaje de tan lejanas tierras. Y si algún día Beatriz que había sabido inspirar cierto grado de admiración en el ánimo de su Rey, había soñado al estilo del cuento, con algún príncipe maravilloso, al aceptar su casamiento por sumiso acato ante las suaves pero firmes sugerencias de su Reina y señora, pronto trocó estos sueños por la prosaica realidad de una monótona y rutinaria vida al lado de un hombre que con frecuencia le era infiel, infidelidad que no sabemos si a su vez sería causada por la estirada y orgullosa actitud de la dama que en su nuevo medio veía frustradas sus esperanzas de cortesano brillo y fastuoso vivir.

Para no cansarle, lector, diremos que Hernán se enamoró locamente de una hermosa y agraciada gomera, llamada Ivala, cuya tradición ya hemos narrado en otro lugar.

Así como a cada conquistador le cupo representar dentro de la Conquista un papel significativo en relación con los hechos y las virtudes más destacadas de la misma, así a Hernán Peraza le tocó en suerte ser el campeón del amor, ser el héroe de la más bella y suprema tragedia que desarrollarse pudo en suelo canario, simbolizando aquella proyección total y profunda del alma conquistadora en una comunión infinita con el espíritu de aquellas nuevas gentes, atraídas por la gracia de Dios y el esfuerzo de los hombres, al concierto de una nacionalidad fecunda y forjadora de la más grande gesta universal que escribiera la Historia.

BEATRIZ DE BOBADILLA

En estos tiempos en los que la emancipación de la mujer juega un importante papel polémico en la mesa de discusión de todos los pueblos y de todas las razas, faltaríamos a un principio de justicia y de sinceridad para con nosotros mismos si, admitiendo lo apropiado de esta discusión, no trajéramos hoy aquí una semblanza femenina en representación de la parte conquistadora y con mayor motivo aún cuando, como ha podido comprobar el lector, hemos reseñado en estas páginas algunos episodios tejidos alrededor de la figura más o menos agraciada y sublime de la mujer guanche.

La figura de Beatriz de Bobadilla no la traemos aquí movidos por cualquier mal interpretada intención, consideración esta a la que el lector podría ser llevado o movido, al enterarse del contenido de este relato que en realidad, a primera vista no es muy halagüeño, ni en principio parece que pueda servir para simbolizar, o simplemente, para representar, a la mujer española en su participación en la conquista.

Pero si tenemos en cuenta el famoso aforismo francés de "cherchez la femme" no se ocultará al menos avisado de los lectores la enorme influencia que esta mujer tuvo, o pudo haber tenido, en el desarrollo de algunos acontecimientos que representaron hitos gramáticos y alguna vez extremadamente sangrientos, en la epopeya canaria, por la indudable vinculación que tenemos que presuponer existente entre esta dama y los actores de tan singulares sucesos, o en otros casos, porque fue ella misma, la que tomándose la justicia por su mano, escribió

con pulso firme y arrojado algunas de las rojas páginas de esta Historia.

Era hermosa, más que hermosa, deslumbrante. Su particular presencia inspiraba admiración y respeto a cuantos tenían la dicha de conocerla. Hábil cortesana dotada de exquisitos modales y tradicional formación palaciega, exquisita en el vestir y con un decir ágil y subyugador, fue Beatriz de Bobadilla una de las gemas más relucientes y esplendorosas de la Católica Corte.

Quizá por esta razón un malhadado día la Reina Isabel sorprendió en los ojos de su esforzado cónyuge alguna indiscreta mirada y el temor de la reina la hizo ponerse en guardia ante lo que podía ocurrir, pues ya sabemos que en todos los tiempos la fidelidad de los Reyes estuvo suspendida del débil y frágil hilo de la más humana volubilidad.

Pero es que además la aguda penetración de aquella Reina, unida a aquella rara virtud de intuir lo transcendental, le permitió adivinar en la bella pero dura mirada de la hermosa Beatriz, algo inquietante, algo pérfido quizás, algo inexplicable que vaticinaba funestos presagios.

Desde aquel día la reina no dejó de preocuparse y de buscar una discreta y adecuada solución a tan espinoso asunto.

Para ello comenzó por honrar a la bella con el cargo de dama de honor, pues de esta manera podía tenerla sometida a una mejor y más constante vigilancia, sin abandonar cualesquiera otras precauciones, que no desdeñaba.

Hasta que un día la solución llegó inesperadamente bajo la forma de un joven y un poco desenfadado caballero llamado a la Corte para responder de los cargos que se le hacían en relación con el supuesto asesinato de un capitán de la Conquista Canaria que por cierto tenía muchos y buenos valedores en la Corte. Como ya ustedes pueden suponerse se trata del joven Hernán Peraza acusado de la muerte de Juan Rejón, en la isla de La Gomera, de la que aquel era gobernador.

Inmediatamente concibió la Reina un plan de acción que llevó a la práctica sin demora y que dio como resultado el perdón real para Peraza, que de la noche a la mañana se encontró inexplicablemente enredado en la madeja de los encantos de doña

Beatriz y halagado por el beneplácito de los Reyes, que terminaron por ser los padrinos de boda.

Ya podemos imaginarnos el triunfal regreso del caballero Hernán Peraza a su pequeña isla, no sólo perdonado del crimen que se le imputaba, sino también galardonado con aquella heráldica hermosura que tan inesperadamente se había cruzado en su camino.

Luego vino lo demás... Ya lo saben ustedes. La muerte de Peraza, la masacre de los gomeros, efectuada por Pedro de Vera, instigado sin duda por los vehementes requerimientos de la voluntariosa viuda, y todo lo que siguió, que poco más o menos, fue lo siguiente.

Convertida en pálida y enlutada señora de su isla, la Bobadilla no desmayó un ápice en su firmeza ni en su actitud agravada y vemos cómo tiempo después, al ser advertida de que uno de sus súbditos, descontento, conspiraba contra ella, lo mandó prender y sin más preámbulos ordenó que le cortaran la cabeza a la luz del día, en plena plaza pública. Se trataba de un colono español, radicado en La Gomera con su mujer e hijos, agraciado en su día con un buen lote en el repartimiento que hiciera Diego de Herrera. Era Francisco Núñez de Castañeda, según nos informa el Padre Abreu. Su viuda fue a la Corte y presentó sus quejas a los Reyes Católicos, pero creyendo la experimentada Bobadilla que este tipo de punibles acciones, se solucionaban mediante un conveniente matrimonio se apresuró a abandonar su viudez, rindiéndose al asedio de otro conquistador, Alonso Fernández de Lugo, señor de Agaete, en tierra de Gran Canaria, viudo también, y precisamente de otra Beatriz y comisionado por los Reyes para completar la conquista de las islas que faltaban por someterse a la católica fe, que era la Palma y Tenerife, que antaño fueran encomendadas al malogrado Juan Rejón.

Pues aunque ustedes no lo crean, este ardid dio resultado a nuestra heroína y cuando la Reina se enteró, se encontró moralmente desalmada para castigar su crimen que bien podía disculparse como razón política y así fue como la viuda de Núñez, nada pudo conseguir y doña Beatriz, pasó a Tenerife como dueña y señora de nuevas tierras.

Pero estaba escrito que las cosas habrían de terminar trágicamente para tan extraña como fascinante mujer.

Hallándose en Tenerife, nuevamente le llegaron malas noticias de su isla. Esta vez se trataba de un conocido caballero, que ella creía de toda su confianza y a quien había confiado el gobierno de la isla, en lo que iba a ser su larga ausencia como cónyuge del Adelantado. Le susurraron que, en efecto, Hernando Muñoz, planeaba alzarse con el mando de los gomeros y someterse por especiales razones, al señorío de Sancho de Herrera, antiguo cuñado de Beatriz y señor de Lanzarote que no había visto con buenos ojos que a la muerte de su hermano Hernán, pasara la isla a poder de la viuda.

Siguiendo una vez más sus violentos e irreprimibles impulsos, y aprovechando una ausencia de su marido, la dama se trasladó en nocturno secreto a sus dominios. Una vez más dio rienda suelta a sus severos y justicieros impulsos, mandando ahorcar al pretendido traidor.

Mas esta vez la segunda y reivindicadora reciente viuda, tuvo mejor suerte. Francamente alarmada la reina, que ante la expeditiva actitud de la Bobadilla se vio en peligro de quedar sin caballeros para la conquista, la llamó a la Corte, sin que los ruegos de Fernández de Lugo pudieran evitar esta separación.

En el castillo de la Mota, afincado en tierras castellano-leonesas, de la provincia de Valladolid, a donde se había retirado la buena reina agobiada por los achaques y desgastada por el supremo esfuerzo que para ella había representado alumbrar la Hispanidad, fue recibida doña Beatriz con aparentes muestras de afecto y simpatía, cuya última sinceridad jamás pudo aclarar la historia, pues un día cualquiera, aun en la incertidumbre gris y cenicienta de otro rutilante amanecer para las armas hispanas, Beatriz de Bobadilla aparecía muerta en su camerino sin que haya quedado testimonio de cual fuera la razón de su muerte, bella y atractiva aún en aquella incipiente madurez que quizá mitigara un poco la dureza de aquellas hermosas facciones que un día fuera la principal atracción de la Corte más universal de la historia.

ALONSO FERNÁNDEZ DE LUGO

Correspondió a este firme y valiente capitán de la Conquista, cerrar con broche de oro el esfuerzo bélico de las armas españolas en tan singular tarea de incorporar al redil de la fe cristiana a los gentiles guanches que de tan obstinada manera se negaban a entrar en él.

Quizás un símbolo de esta contumaz negativa fuera la resistencia que aquel rebaño, que nos narra la tradición, de cabras o de ovejas, opusiera a los esfuerzos de los pastores cuando éstos trataban de introducir las en la cueva en que se habían de guardar, espantadas por la aparición celestial de nuestra Señora la Virgen Guanche de Candelaria, en los predios de Tenerife.

Es curioso que no habiendo sido este conquistador reputado como hombre de crueles sentimientos, ni de extremada dureza, sino más bien como corazón generoso y arrojado, justo y noble tanto en la lucha como en la paz, fuera, sin embargo, quien más descalabros hubiera de sufrir y el general que más hombres perdiera en una sola batalla, como le pasó en Tenerife.

Vino con Juan Rejón a la Conquista de Gran Canaria y en tiempos de Pedro de Vera lo encontramos señor de Agaete, con repartimiento y tierras, de una de las mejores zonas de aquella isla.

Quedó viudo de su primera esposa Beatriz de Fonseca, hermana de aquel desgraciado gobernador, primero en la historia, de la isla de Gran Canaria, que fue Pedro de Algaba, decapitado

en la Plaza de Santa Ana, del Real de Las Palmas, por el inexorable Juan Rejón, como vimos en su día.

Una vez viudo, un poco desorientado y considerándose capacitado par mayores empresas, realizó todos sus bienes y posesiones de la isla y fué a la Corte cuando supo la muerte de Juan Rejón, en la isla de La Gomera. Sabía que Rejón venía con los títulos reales para conquistar la Palma y Tenerife y creyó llegado su momento, pues contando con buenas influencias en la Corte, con su largo y apretado historial de notable ejecutoria, pensó y aceptó, que bien podría ser él el encargado de tan magna empresa.

A Toledo se fue. En Toledo consiguió el favor Real. Una vez más, un nuevo capitán, que habría de ser el último, surcó los mares con sus naves, ojo avizor por el ancho horizonte y la esperanza puesta al compás de los febriles latidos de su impaciente corazón.

Pero la tarea no era tan fácil como se la hubiera imaginado, aunque tenemos motivos para creer que él jamás hubiera pensado en que tal facilidad pudiera existir, pues había sido testigo en unos casos y protagonista en otros de multitud de hechos adversos y crueles, suficientes para aleccionar al más lerdo conquistador. Mucho había de servirle, indudablemente, esta experiencia.

Entre otras, tres fueron las principales entradas de Lugo en la isla de Tenerife.

En la primera, salió mal, pero sus pérdidas no fueron grandes, aunque su honor, en el sentido de prestigio guerrero, quedara un tanto quebrantado.

Pero la segunda fue desastrosa. Cualquiera otro que no hubiera contado con el ánimo y el tesón de nuestro obstinado caballero, hubiera desistido de tan fatal empresa, que por otra parte había dado al traste con aquellos rebuscados recursos en cuyo acopio llegó a intervenir, si la tradición no miente, el propio Príncipe de los Apóstoles, según relatamos en otro tema.

Fue, en esta segunda entrada, cuando tuvo lugar la batalla de Centejo, en la que Lugo sufrió la pérdida de más de seiscientos hombres, siendo él mismo herido de alguna consideración en la refriega.

Tornó a Sevilla y allí consiguió reunir valiosa ayuda para continuar la tarea que se había impuesto. En esta oportunidad, San Pedro, fue sustituido por un grupo de codiciosos mercaderes y por la generosa colaboración del Duque de Medinaceli, que aportó a la empresa, varios navíos, otros seiscientos hombres y cincuenta caballos, amén, de otros impedimentos y vituallas, todo al mando del aguerrido capitán Bartolomé Estupiñán, que de manera tan ostensible y victoriosa se iniciara en estas lides canarias.

Con este considerable refuerzo, consiguió Lugo tornar a su favor el hado adverso de la guerra. Un día de diciembre de 1494, cerró en Taoro, para siempre, el último capítulo de su gesta tinerfeña.

Años antes, concretamente el día 29 de setiembre de 1490, desembarcó con sus hombres en la isla de La Palma, en la que tras un paseo militar, había sometido toda la parte llana y costera en torno al macizo centra, en el que Tanausu, señor de Acero, se hiciera fuerte, junto con algunos caciques que habían huido a su sometimiento.

Ya vimos en el tema de Tanausu cómo Fernández de Lugo había hecho uso en esta ocasión de su sagacidad e indiscutible reserva mental, para atraer al guerrero guanche a una astuta celada, con la que dio fin al dominio de la isla.

Casó Lugo en segundas nupcias con otra viuda muy vinculada a la gesta conquistadora, como fue doña Beatriz de Bobadilla, señora de la Gomera.

Es muy interesante resaltar la afortunada suerte que don Alonso tuviera, al evadirse de manera inexplicable, al maléfico y trágico destino que parecía presidir la fortuna de cuantos por una u otra circunstancia, se acercaron a esta singularísima dama.

Habíase prendado Lugo de doña Beatriz, que dotada de tan particulares como personales prendas, tanto físicas como morales, representaba un partido ideal y muy conveniente para las miras hacia su futuro político del castellano, por lo que al regresar de Toledo e iniciar su empresa en la isla de La Palma, no tardó, una vez sometida la isla, en entregar su ya un poco cansado corazón a la incansable, pero fatal hermosa.

Si es cierto el viejo adagio que nos dice cómo el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra, tenemos entendido que la experiencia de su segunda viudez le sirvió a Lugo para corregirse de su impenitente tendencia hacia matrimonial coyunda y no somos sabedores de que por tercera vez, en este terreno, hubiera tentado a la suerte, aquella suerte tan veleidosa y esquiva que terminó, por fin, por rendirse ante su terca insistencia, cuando ya las canas reflejaban en su fatigada cabeza la inmensa blancura invernal del Teide altivo que vio así sojuzgadas sus islas a la bravura y al tesón de un puñado de capitanes españoles.

INDICE

Al lector	7
I. La Atlántida	9
II. Origen del nombre de las Canarias	12
III. La raza Guanche	16
IV. Primeros pobladores canarios	20
V. El lenguaje de los Guanches	25
VI. Costumbres de los Guanches	28
VII. La pesca entre los Guanches	34
VIII. La religión entre los Guanches	38
IX. Venta de las islas	43
X. El trabajo entre los Guanches	47
XI. La medicina entre los Guanches	53
XII. El Teide, padre de las islas	58
XIII. Isla de Tenerife	61
XIV. Menceyes de Tenerife	64
XV. Diego de Herrera en Tenerife	69
XVI. Leyenda de Tinguaro	72
XVII. Un milagro de la Virgen de Candelaria	75
XVIII. La Folia	78
XIX. Isla de Lanzarote	82

XX.	La princesa Ico	85
XXI.	El gigante Maha, vestigio de La Atlántida . .	88
XXII.	Rebelión de Guadarfia	91
XXIII.	Isla de Fuerteventura	95
XXIV.	Tibiabin y Tamonante	98
XXV.	Adan canario	101
XXVI.	Isla de la Gomera	104
XXVII.	Yvalla	108
XXVIII.	Matanza de La Gomera	113
XXIX.	El augur de Ganifagua	117
XXX.	Ritos y rogativas en la isla del Hierro . . .	121
XXXI.	El corral de Lázaro	124
XXXII.	La isla de La Palma	128
XXXIII.	Vida y costumbres de La Palma	132
XXXIV.	El crimen de Jacomar	139
XXXV.	Guayanfanta	142
XXXVI.	Tanansu	146
XXXVII.	San Pedro y la isla de La Palma	150
XXXVIII.	Isla de Gran Canaria	153
XXXIX.	La torre de Gando	158
XL.	Atidamana	162
XLI.	María Tazirga	165
XLII.	Ventagay	170
XLIII.	Doramas	175
XLIV.	Adargoma	180
XLV.	Guayarmina	186
XLVI.	Fernando Guanarteme	192
LIV.	La Virgen Guanche de Candelaria	198

SEMBLANZAS CONQUISTADORAS

XLVII.	Juan Rejón	207
XLVIII.	Juan de Betencourt	219
XLIX.	Diego de Herrera	227
L.	Pedro de Vera	230
LI.	Hernán Peraza	234
LII.	Beatriz de Bobadilla	238
LIII.	Alonso Fernández de Lugo	242

